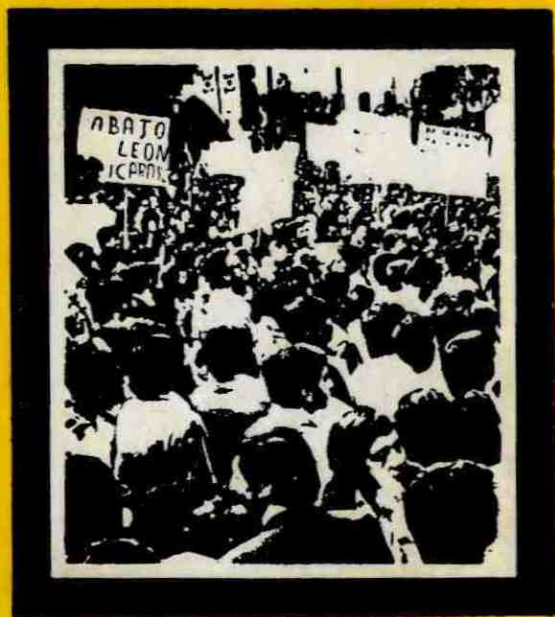


REVISTA IDIS



ENERO DE 1988

idis
18 

REVISTA IDIS

Número 18

ENERO 1988

Historia y Cultura

Presentación

Movimientos Políticos y Culturales en el Ecuador
1922 - 1986

Alejo José G. García

La producción periodística de

Nación, Cultura Nación y País

De las transformaciones literarias
de la poesía de los partidos

Proyectos Históricos, Nación

Notas para una investigación sobre
especialidad del arte y la literatura

Luis Vargas Torres. Combatiendo

Casilla No. 1566
Tlsf. 829628 - 831688 (Ext. 116)
Cuenca - Ecuador.

Revista del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Cuenca (I.D.I.S.)

Director:
Pablo Estrella Vintimilla.

Coordinador Académico:
Guillermo Henríquez Aste.

Coordinadores de los Centros:

Análisis Histórico:
Lucas Achig S.

Análisis Socioeconómico:
Paciente Vázquez.

Análisis Jurídico-Político:
Patricio Donovan.

Estudios Poblacionales:
Alejandro Guillén.

Historia y Cultura

REVISTA IDIS
Número 18
ENERO 1988

Instituto de Investigaciones
Sociales de la Universidad
de Cuenca (I.U.I.S.)

Director:
Rafael Estrella Vintimilla

Coordinador Académico:
Guillermo Hernández Asta

Coordinador de los Cursos:

Análisis Histórico:

Luzmila Acosta

Análisis Socioeconómico:

Roberto Vázquez

Edición única.

Tiraje: 1.500 ejemplares.

Impreso en los Talleres del IDIS.

Composer: Eugenia Washima.

Offset: Rómulo Mejía O.

Responsable: Carmen A. Alvarado.

IMPRESO EN EL ECUADOR

Calle No. 1288
Tel. 03328 83168 (Ext. 116)
Cuenca - Ecuador

INDICE

Presentación 9

**Movimientos Políticos y Culturales en el Ecuador:
1922 - 1986**

*Adrián Carrasco, María Augusta Vintimilla y Cecilia
Suárez* 11

PRESENTACIÓN

La producción periodística de José Peralta.

María Cristina Cárdenas Reyes 39

Nación - Cultura Nacional - Penetración Cultural.

Ricarte Soler 67

**De las transformaciones liberales a la Revolución Ju-
liana: nacimiento de los partidos políticos.**

Tarquino Orellana Serrano 81

Proyectos Históricos, Nación y Cultura.

María Augusta Vintimilla 115

**Notas para una investigación sobre la historicidad y la
especificidad del arte y la literatura.**

Cecilia Suárez 147

Luis Vargas Torres: Combatiente ejemplar.

Leonardo Espinoza 187

INDICE

9 Presentación

11 Movimientos Políticos y Culturales en el Ecuador 1912-1944
Luis Valdez Torres, María Augusta Vintimilla y Cecilia Suárez

39 La producción periodística de José Pomalá
María Augusta Vintimilla

67 Nación - Cultura Nacional - Presentación Cultural
Ricardo Güel

81 De las transformaciones liberales a la Revolución Juliana: nacimiento de los partidos políticos
Luis Valdez Torres

113 Proyectos Históricos, Nación y Cultura
María Augusta Vintimilla

147 Notas para una investigación sobre la historicidad y la especificidad del arte y la literatura
Cecilia Suárez

Luis Valdez Torres, Compañía Editora
María Augusta Vintimilla, Compañía Editora
Cecilia Suárez, Compañía Editora
Responsable: Carlos A. Alvarado

PRESENTACION

Continuando con la tradición del IDIS de publicar los avances de sus investigaciones en curso en sus distintos centros investigativos, el Centro de Análisis Jurídico-Político del IDIS tiene el agrado de presentar esta décimo-octava publicación de la REVISTA.

Esta publicación incluye un artículo de María Augusta Vintimilla "Proyectos Históricos, Nación y Cultura". Se refiere a la discusión y presentación de una propuesta metodológica para el análisis de las obras literarias en la perspectiva de reconstruir las formulaciones ideológicas en torno de la Nación, el Estado y la Cultura que desarrollaron intelectuales orgánicos de la burguesía y representantes de una tendencia nacional popular en tres momentos fundamentales de la historia ecuatoriana: la revolución liberal, el movimiento juliano y el de mayo de 1944.

Cecilia Suárez en su artículo "Notas para una investigación sobre la historicidad y la especificidad del Arte y la Literatura" comparte con nosotros sus reflexiones para precisar el objeto

científico social e histórico del arte y de la literatura. Adelanta una propuesta metodológica que permita estudiar el papel activo de la literatura en el conflictivo proceso de construcción de la nación y de sus culturas y diferenciar el lenguaje artístico literario de otras prácticas discursivas.

Estos dos artículos han sido presentados en el V Encuentro de Historia y Realidad Económica y Social del Ecuador que se realizó en la Universidad de Cuenca (IDIS) entre el 17 y 21 de Noviembre de 1986.

El proyecto "Movimientos políticos y culturales en el Ecuador: 1922-1986" de Adrián Carrasco, María Augusta Vintimilla y Cecilia Suárez quiere profundizar su proyecto anterior de investigación "Nación, Estado nacional y Cultura nacional". Este primer proyecto estuvo dirigido fundamentalmente al análisis de las formulaciones ideológicas que surgieron como propuestas de clase elaboradas por intelectuales representantes de estas tendencias. Este nuevo proyecto quiere abordar las formas históricas reales que organizaron el Estado y la cultura en cada momento de la historia del país, desde 1922 hasta hoy. El artículo nos plantea la importancia de este estudio así como sus principales hipótesis de trabajo.

Por su parte, Tarquino Orellana Serrano, con su artículo "De las transformaciones liberales de la Revolución Juliana: nacimiento de los partidos políticos", nos comunica el primer avance de una investigación que interroga por el origen de las organizaciones partidarias y el camino histórico que éstas delinean en su desarrollo dentro de la sociedad ecuatoriana entre los años 1925 a 1944.

"La producción periodística de José Peralta" de la investigadora María Cristina Cárdenas Reyes nos ofrece un conjunto documental de la trayectoria del liberalismo peraltiano y está destinado a investigadores y estudiosos de la historia ecuatoriana interesados en el examen de fuentes primarias válidas para el conocimiento del liberalismo nacional en una de sus fases más combativas. Este estudio forma parte de su libro "José Peralta y el Liberalismo ecuatoriano. Análisis docu-

mental" (Banco Central del Ecuador, en prensa).

La presente Revista, más allá de dar a conocer estos avances de investigación del Centro, ofrece un artículo inédito de Ricaurte Soler, ensayista panameño, sobre el tema "Nación, Cultura nacional y penetración cultural". El autor sostiene en este artículo que la nación y el nacionalismo no han agotado sus potencialidades de realización y desarrollo, ya sea en los Estados capitalistas ampliamente desarrollados o en los países dependientes, ya sea en el socialismo. Estudia también la cuestión nacional latinoamericana y la penetración cultural en nuestra América.

Finalmente la Revista 18 reproduce el discurso pronunciado por el economista Leonardo Espinoza en la presentación del libro "Luis Vargas Torres" editado como homenaje al centenario de su asesinato en la ciudad de Cuenca (1887).

A excepción de los artículos de Ricaurte Soler y de Tarquino Orellana todos los trabajos de la Revista son avances de investigaciones que realiza el IDIS conjuntamente con el Consejo Nacional de Universidades y Escuelas Politécnicas del Ecuador (CONUEP).

Esperamos que este conjunto de estudios pluridisciplinarios promueva el más amplio debate y contribuya al esclarecimiento de problemas tan sustanciales como los que se tratan en el presente número de la Revista.

**Dr. Patricio Donovan,
Coordinador del Centro de
Análisis Jurídico-Político**

MOVIMIENTOS POLITICOS Y CULTURALES EN EL ECUADOR: 1922 1986

Este artículo es una síntesis del proyecto de investigación
que se desarrollará en el IDIS a partir del nuevo año
académico.

Adrián Carrasco

María Augusta Vintimilla

Cecilia Suárez

El proyecto de investigación "NACION, ESTADO NACIONAL Y CULTURA NACIONAL EN EL ECUADOR: 1895 - 1944", que con auspicio del CONUEP se desarrolló en el I.D.I.S. de la Universidad de Cuenca, centró su objetivo de análisis en los proyectos históricos formulados por las clases sociales en el Ecuador, en su intento de constituir una fuerza social que diera dirección política y cultural a la sociedad ecuatoriana.

La investigación buscó reconstruir las formulaciones ideológicas en torno de la nación, el Estado y la cultura que desarrollaron intelectuales orgánicos de la burguesía y representantes de una tendencia nacional popular, en tres momentos fundamentales de la historia ecuatoriana: la revolución liberal, el movimiento juliano y el de mayo de 1944.

La investigación estuvo dirigida fundamentalmente al análisis de las formulaciones ideológicas que surgieron como propuestas de clase, elaboradas por intelectuales representantes de estas tendencias, pero no abordó las formas de realización histórica

de esas propuestas: qué formulaciones se concretaron en prácticas históricas reales que organizaron el Estado y la cultura en cada momento de la historia del país.

Los resultados obtenidos demuestran una mayor profundidad y amplitud en el análisis del proyecto histórico elaborado por los intelectuales que dirigieron la revolución liberal. Los proyectos históricos surgidos en proceso juliano y en el de mayo fueron estudiados más superficialmente, pero dieron lugar al planteamiento de hipótesis muy sugerentes que merecen un desarrollo mayor.

Por esta razón juzgamos necesario retomar su análisis bajo una nueva perspectiva que incluye una dimensión no estudiada anteriormente y que enriquecería los resultados de una investigación: tomando en cuenta el hecho de que alrededor de la década de los 30 se consolidan orgánicamente los movimientos políticos y culturales, creemos importante estudiar los proyectos históricos en tanto organizadores, animadores y cohesionadores de tales movimientos. Es decir, su análisis ya no se reduce a su dimensión puramente ideológica, sino en lo que tienen de concreción histórica real, en la práctica efectiva del quehacer político y cultural en el Ecuador, desde 1922 hasta nuestros días.

El estudio de los movimientos políticos y culturales tiene su importancia en el análisis de la sociedad ecuatoriana, por las siguientes razones:

- Es importante estudiar la génesis y desarrollo de los movimientos políticos y culturales en sus relaciones e implicaciones recíprocas, como parte del proceso de conformación de la sociedad y el Estado modernos en el Ecuador, puesto que este último se organiza no sólo como coerción, sino también como dirección política y cultural de la sociedad.

La importancia de estudiar estos movimientos, como expresión de fuerzas sociales que llevan adelante un proyecto histórico de organización de la sociedad, el Estado y la cultura,

consiste en explicar las prácticas políticas y culturales desarrolladas en el Ecuador en cada período, las formulaciones ideológicas que las guiaron y su incidencia en la configuración del país, en consecuencia la importancia del proyecto radica en lograr una explicación de la constitución de las clases sociales, sus agrupamientos en fuerzas sociales, y sus expresiones en movimientos que persiguen dar dirección política y cultural, en la perspectiva de conformar la hegemonía en la sociedad y el Estado.

Un segundo aspecto que cabe destacar en este proyecto es la novedad de su enfoque teórico-metodológico que permite dar cuenta del desarrollo cultural a partir de sus determinaciones políticas y sus proyecciones ideológicas, superando una perspectiva humanista tradicional que lo considera como un proceso que se explica y se agota en sí mismo.

Este reconocimiento no supone prescindir de la existencia de una 'lógica interna', de una especificidad artística y cultural, presentes en el origen, desarrollo y crisis de los movimientos culturales.

Esta perspectiva implica la superación de enfoques tradicionales donde la nota dominante ha sido el estudio casuístico de obras o autores, o a lo sumo de períodos arbitrariamente demarcados, que no permiten una comprensión globalizante de su función histórica ni de su lógica interna específica.

Finalmente, la configuración de los movimientos políticos y de la cultura en el Ecuador de nuestros días se origina en las posibilidades históricas que estuvieron en juego a partir del fecundo y conflictivo período que se inicia en la tercera década de este siglo, en sus realizaciones y en sus frustraciones, en sus concreciones y en lo que dejó sin hacerse. La sociedad y el Estado modernos en el Ecuador sólo pueden comprenderse a partir de los movimientos políticos y sociales que surgieron en noviembre de 1922 y del gran movimiento cultural del realismo social de la década de los 30. Se impone pues un balance sistemático que sintetice los avances y concreciones que forman nuestra tradición histó-

rica y cultural y las tareas que en sesenta años de historia todavía no han concluido.

PROYECTOS HISTORICOS Y MOVIMIENTOS POLITICO CULTURALES: HIPOTESIS PARA UNA INVESTIGACION

La revolución liberal abre en el Ecuador dos opciones para el desarrollo histórico del país: una oligárquica y otra democrática burguesa, que se jugaron abiertamente sus posibilidades de realización a partir de 1895. El primer momento de este enfrentamiento concluyó hacia 1912 con la imposición de la dominación oligárquica.

En medio de la crisis económica y política de los inicios de los años 20, con la presencia de nuevas clases sociales en la escena política del país, surge una nueva opción histórica: la popular democrática. La historia del Ecuador, a partir de entonces, ha sido la historia del enfrentamiento entre estos tres proyectos por imponer una modalidad de acumulación, una forma de constitución del poder político del Estado y una forma de organización de la sociedad y la cultura.

Las fuerzas sociales que desde entonces se han organizado en torno de estas tres opciones se expresan en movimientos políticos delimitados por su adhesión a proyectos históricos de contenidos reaccionarios, reformistas o revolucionarios.

Pero no sólo en lo político: los contenidos ideológicos que organizan a las fuerzas sociales expresan también una concepción del mundo y de la vida; de las relaciones cotidianas, del arte en todas sus manifestaciones, de la filosofía, de la moral, de la religión; es decir, las fuerzas sociales expresan también sus concepciones y propuestas en torno a la cultura y generan movimientos culturales cuyas últimas determinaciones responden a las tres opciones históricas aludidas.

La noción de "movimiento" es utilizada con frecuencia por algunas corrientes de las ciencias sociales, desde diferentes perspec-

tivas teóricas. La más extendida en la actualidad es quizás aquella que remite la noción de movimiento a un referente predominantemente empírico, que percibe lo inmediatamente visible de la realidad, lo puramente fenoménico, desligándolo de las determinaciones que permiten reconstruir la categoría de movimiento dentro de la categoría de **totalidad contradictoria**, como síntesis de múltiples determinaciones.

Nuestra investigación se inscribe dentro de un ámbito teórico que concibe a los movimientos políticos y culturales como expresiones históricas de las contradicciones de clase, aun cuando no pretendemos establecer una relación inmediata entre movimiento y clase; las mediaciones necesarias entre ambos se encuentran en las categorías de fuerza social y proyecto histórico.

Desde el punto de vista teórico es posible concebir de manera orgánica la formación y desarrollo de un movimiento político y su correspondiente expresión cultural (o movimiento cultural); ésto es como un "acto único" que da lugar al surgimiento de un movimiento político-cultural. Antonio Gramsci desarrolla este planteamiento a partir del análisis de la función de los intelectuales orgánicos, formulación que nos parece adecuada para abordar el estudio de los movimientos políticos y culturales.

Gramsci analiza el papel que juegan los intelectuales en la formación de una clase dirigente a través de la cultura y a través de los aparatos de hegemonía, en la construcción de la hegemonía y el Estado.

Esto supone una ruptura con toda aproximación humanista tradicional a la cuestión de los intelectuales, mediante una formulación política de su constitución y sus funciones.

El nuevo concepto de intelectual se define por su **función de organizador** en la sociedad, y en todas las esferas de la vida social: "ya sea en el dominio de la producción, de la cultura o de la administración pública".

Como elementos de cohesión social de un bloque de fuerzas, los intelectuales tienen la "función de organizar la hegemonía so-

cial de un grupo y su dominio estatal”.

El concepto de intelectual engloba tanto a los creadores (productores de arte, de ideología, de conocimientos, de filosofía) como a los funcionarios de los aparatos de hegemonía (de un modo descriptivo, “aparatos de hegemonía de una clase en sus múltiples articulaciones y subsistemas: aparato escolar, aparato cultural —bibliotecas, museos, instituciones—, organización de la información, la Iglesia, el marco vital y hasta los nombres de las calles”) y al intelectual productor (el organizador de la producción, el técnico, el planificador, el ingeniero, etc.)

La función del intelectual orgánico es dotar a una clase fundamental de una conciencia histórica, es decir, de la conciencia de sus propias tareas como clase, y de dar coherencia y organicidad a su dirección política y cultural.

La constitución del proletariado como clase fundamental exige entender el problema de los intelectuales orgánicos desde una nueva perspectiva, ya no en términos individuales sino como un organismo colectivo: el partido.

A partir de estas formulaciones proponemos entender los movimientos políticos y culturales desde el punto de vista de la acción de los intelectuales orgánicos en el proceso de construcción de la dirección política, intelectual y moral de la sociedad en un período histórico, en conformidad con los intereses de una clase fundamental.

Los movimientos políticos y culturales se relacionan con los proyectos históricos en la medida en que ambos se inscriben en la lucha ideológica por la construcción de una nueva hegemonía: en los movimientos está presente el contenido ideológico —que da forma a un proyecto histórico— de desarticulación crítica de una forma de existencia de la sociedad y de una nueva propuesta de organización social. En ese sentido los intelectuales son perfectamente funcionales a la formulación de un proyecto histórico y, por tanto, a la constitución de un movimiento político-cultural.

Pero además de su contenido ideológico, un movimiento político-cultural tiene una dimensión de práctica social, de concreción material, en tanto que se expresa en una producción cultural concreta (textos narrativos, textos líricos, pictóricos, musicales, pero también porque opera transformaciones en la sensibilidad, en el gusto, en la apreciación estética; porque crea un público), y en cuanto se traduce en formas del quehacer político colectivo. Por otro lado, esta dimensión de práctica social de los movimientos políticos y culturales puede llegar a dirigir la organización material de la cultura y de la sociedad política, cuando se convierte en poder estatal.

Es necesario advertir que la unidad orgánica entre movimientos políticos y culturales no se presenta siempre en forma transparente y directa. No se puede encontrar en todo movimiento cultural una filiación inmediata a un movimiento político. La unidad que pretendemos investigar debe ubicarse en el proceso de formación de una fuerza social que pretende ser hegemónica y puede llegar a ser poder en el Estado.

Para una investigación sobre los movimientos político culturales en el Ecuador entre 1922 y 1986, proponemos las siguientes hipótesis:

1. La unidad orgánica de un movimiento político-cultural se constituye por su filiación a un proyecto histórico general (a una opción histórica) que, por ser una propuesta de organización global de la sociedad, contiene elementos ideológicos de carácter político y cultural.

Cada proyecto histórico general, cada opción histórica general, adquiere características específicas en un período histórico concreto, con el objetivo de configurar una fuerza social en torno a los intereses de una clase fundamental.

En consecuencia, en cada período histórico surgen distintos movimientos político-culturales que adhieren a los contenidos ideológicos de las grandes opciones históricas

2. En el Ecuador entre 1922 y 1986 se puede apreciar la existencia de tres proyectos históricos generales (opciones históricas), nucleados alrededor de tres grandes tendencias ideológicas:

- **El proyecto reaccionario**, que dirige la evolución y consolidación de la dominación oligárquica, desde las formas oligárquicas tradicionales hasta la actual oligarquía monopólica (en el sentido leninista), cuyo desarrollo está condicionado por la evolución de la sociedad ecuatoriana desde un capitalismo agro-exportador con fuertes rezagos feudales hasta el actual capitalismo monopólico neocolonial. Este proyecto encuentra sus expresiones orgánicas en el Partido Conservador, el sector oficial del liberalismo, el velasquismo, el socialcristianismo.

En lo político el elemento ideológico articulador está dado por el contenido burgués oligárquico caracterizado por la adopción de los elementos formales de la democracia burguesa, y la instauración de una forma de dominación excluyente, autoritaria y desnacionalizadora. Esto se manifiesta en la escasa o nula participación política de los sectores populares, un ejercicio del poder fundado en los mecanismos de coerción y no en los del consenso, y la sujeción incondicional a los dictados de la metrópoli imperialista.

En lo cultural, el elemento ideológico articulador es el contenido **no nacional** de este proyecto, caracterizado por la sujeción a modelos culturales metropolitanos, coloniales y neocoloniales; y en lo interno, por la prescindencia de los elementos culturales provenientes de los diversos constitutivos de la nación (clases y etnias), con lo que la cultura adquiere un carácter marcadamente elitista y excluyente. Desconoce la plurali-

dad cultural y se atribuye la representación única de la nación y la cultura.

- **El Proyecto Reformista**: cuyo referente es la construcción de una sociedad burguesa típica, por la vía de una revolución democrático-burguesa. Esta opción histórica estuvo presente en el horizonte político ideológico de la sociedad ecuatoriana en el período que va desde la revolución liberal hasta 1975. Fue retomada con características específicas en distintos momentos, por parte de los movimientos políticos que protagonizaron los hechos históricos de la "revolución juliana", y de la "revolución de Mayo", movimientos que retomaron las tareas inconclusas de la revolución democrático-burguesa, adaptándolas a las nuevas condiciones históricas. Orgánicamente esta tendencia está representada por un sector del partido liberal radical (fundado en 1923); por la tendencia reformista del partido socialista; y las expresiones actuales de la socialdemocracia y la democracia cristiana.

En lo político, el elemento ideológico articulador es el contenido **democrático-burgués**, caracterizado por el reconocimiento formal de la igualdad política y la soberanía delegada a una élite gobernante.

En lo cultural, se define por un **proyecto nacional democrático** que se orienta hacia la búsqueda de las raíces nacionales, fundamenta su concepto de nación en las clases medias ilustradas, y delega a la acción del Estado el papel protagónico en la promoción y transformación cultural. Desconoce la existencia de una multiplicidad de culturas y sus contradicciones, velándolas con la ilusión ideológica de la "cultura de la nación".

- **El Proyecto Revolucionario**, cuyo referente es la cons-

trucción de una nueva sociedad, que por diferentes vías plantea la instauración del socialismo.

Opción histórica que se abre con el movimiento de masas de 1922, cobra forma orgánica con la fundación de los partidos Socialista y Comunista, alcanzando un alto grado de conducción de la lucha de masas en 1944, para entrar luego en una aguda crisis que provocaría su fragmentación interna y su dispersión en la dirigencia de masas hacia los años sesenta, hasta llegar al actual momento de reconcentración y reagrupamiento de fuerzas.

En lo político el elemento articulador, en una de las tendencias revolucionarias, se constata en la evolución histórica del carácter constitutivo de la fuerza social revolucionaria que va desde la alianza de obreros, campesinos y soldados que surge en los años treinta, hasta la actual tesis de la incorporación de amplios sectores antimonopólicos opuestos al dominio neocolonial, conservando la hegemonía del proletariado. Otra tendencia en lo político ha evolucionado desde el privilegio de los sectores medios, como conductores del proceso revolucionario (tesis de los años treinta), hasta la actual de una inmediata revolución socialista.

En lo cultural, se trata de una formulación de carácter nacional popular que, reconociendo la existencia de una pluralidad de culturas contradictorias, incorpora los componentes fundamentales de la nación ecuatoriana (las nacionalidades indígenas, los sectores populares urbanos, obreros, campesinos, amplios sectores medios, etc.) y hace de lo popular la base de la cultura nacional.

3. Las tres grandes tendencias históricas señaladas en la anterior hipótesis adquieren características específicas en las diver-

sas fases de evolución del Estado oligárquico al Estado neocolonial, de acuerdo a los problemas concretos que surgen de la dinámica específica del desarrollo capitalista en el Ecuador, de sus relaciones con el imperialismo y de las formas concretas que asume la lucha de clases. En otras palabras, se organizan en movimientos políticos y culturales que adquieren expresiones concretas en cada fase de la historia político social del país en el periodo de nuestra investigación.

4. El proceso histórico de constitución de la sociedad ecuatoriana moderna inicia una fase general con la Revolución Liberal y su correspondiente proyecto histórico. El movimiento de la historia que se abre con este proyecto tiene como referente posible la construcción de una sociedad capitalista mediante la realización de una revolución democrático-burguesa. Hacia 1975 se agotan las posibilidades democrático-burguesas abiertas en 1895, pues para entonces el Ecuador es ya una sociedad capitalista plena, constituida no bajo la forma de un proceso democrático-burgués, sino oligárquico dependiente.

El proceso de constitución del Estado y la cultura burguesas en el Ecuador (1895-1975) siguió una vía reaccionaria: se dio una evolución burguesa (no una revolución) en el sentido de un perfeccionamiento ininterrumpido del Estado oligárquico hacia el Estado neocolonial actual.

Desde el punto de vista de la evolución de los contenidos políticos y culturales, la consolidación del Estado y la cultura burguesas en el país, por esta matriz reaccionaria, se da bajo una dialéctica bloqueada, en tanto se incorporan las reivindicaciones democrático populares y algunos elementos de la cultura nacional popular, pero descargándolos de su contenido revolucionario, refuncionalizándolos a la cultura oligárquica y a la cultura oficial. Por tanto no se produce un proceso revolucionario burgués sino que prevalece el elemen-

to pasivo: el estado y la cultura burgueses se construyen sobre bases atrasadas (reaccionarias) sin permitir el desarrollo de los contenidos democráticos-nacionales (revolucionarios burgueses) ni tampoco de los contenidos nacional populares.

LOS MOVIMIENTOS POLITICO CULTURALES EN EL ECUADOR ENTRE 1922 y 1986

Las tres grandes tendencias históricas señaladas en la segunda hipótesis adquieren características específicas en las diversas fases de evolución del Estado oligárquico al Estado Neocolonial, de acuerdo a los problemas concretos que surgen de la dinámica específica del desarrollo capitalista en el Ecuador, de sus relaciones con el imperialismo y de las formas concretas que asume la lucha de clases. En otras palabras, se organizan en movimientos políticos y culturales que adquieren expresiones concretas en cada fase de la historia político social del país en el período de nuestra investigación.

Un planteamiento hipotético del desarrollo de las tres opciones históricas entre 1922 y 1986 es el siguiente:

A. El Proyecto reaccionario; que había nacido escindido entre una tendencia liberal oligárquica y otra conservadora terrateniente (oligárquica gamonal), encuentra sus primeros elementos de unificación como respuesta a la crisis de dominación que se da entre 1922 y 1938. Los núcleos problemáticos unificadores, en lo político-económico, se dan en relación a un irrestricto respeto a la propiedad privada frente a las propuestas "colectivizantes" del reformismo y el socialismo: el sometimiento de la libertad social al individuo propietario como principio de la libertad verdadera; y el respeto a las libertades públicas como garantía de procedimiento de la libertad política individual, aunque siempre restringida a la élite propietaria gobernante.

En lo cultural esta tendencia se expresa en el MODERNIS-

MO ARISTOCRATICO de la segunda década de este siglo; su contenido fundamental se desarrolla como una reacción aristocratizante en contra de las transformaciones liberales y el surgimiento de una sociedad y una cultura burguesas, se manifiesta en una actitud de frío distanciamiento frente a las nuevas clases urbanas (Noboa, Fierro, Borja) y en una actitud pasadista, idílica y nostálgica por la colonia (Zaldumbide). Fiel a su matriz ideológica, su concepto de Nación se desplaza de la aristocracia de la sangre a una "aristocracia del espíritu"; su negación del mestizaje, tanto étnico como cultural, conduce a una búsqueda de modelos culturales europeos, por lo que su modernismo no se inscribe en la corriente latinoamericana (Martí, el segundo Darío, González Prada) cuyo interés por expresar lo nacional latinoamericano, es ajeno a la ideología y la sensibilidad oligárquica señorial.

Un segundo movimiento inscrito en esta tendencia puede observarse en el COSTUMBRISMO que expresa la readecuación de la ideología conservadora terrateniente a las nuevas formas oligárquicas. Sustentado en un casticismo lingüístico y en las formas clásicas, este movimiento intenta conformar lo nacional como una manifestación particular de lo hispánico. Los intelectuales orgánicos más importantes son Remigio Crespo Toral y Remigio Romero.

Entre 1945 y 1962 se advierte un proceso de recomposición y búsqueda de nuevas expresiones orgánicas dentro del proyecto político reaccionario que no se ubiquen en la tradicional confrontación entre liberales y conservadores, y que puedan convertirse en una representación orgánica del capital. (ARNE, SOCIALCRISTIANISMO).

En lo cultural, si bien los movimientos modernista y costumbrista se agotan hacia los años treinta, su permanencia en la cultura ecuatoriana se debe a la intervención de los aparatos culturales que imponen sus prácticas, sus contenidos y su ideología como la cultura oficial del Estado. Un gran desarrollo de estos aparatos se inscribe en el período que va desde 1945 hasta 1960,

y especialmente a partir del Gobierno de Plaza, cuando el Estado se desarrolla también como organización de la sociedad civil. En esta fase el sistema educativo, la difusión periodística, la académica, los sistemas de premios, crean un gusto y una sensibilidad en el público bajo los cánones del modernismo.

En este período se advierte una renovación de la ideología conservadora que, abandonando su concepción señorial, concede a la cultura un papel fundamental en el ejercicio de la dominación capitalista; es posible advertir un auge de los estudios históricos, patrocinados desde el Estado, y orientados a la búsqueda de las raíces históricas que legitimen el poder ya no de una fracción de clase sino del conjunto de la burguesía; este interés por la historia se manifiesta en un movimiento orgánico que tiene como intelectuales a Jacinto Jijón y Caamaño, Salvador Lara, Gabriel Cevallos.

Entre 1963 y 1975, continúa el proceso de unificación del proyecto oligárquico hasta llegar a una integración completa, con la desaparición de la confrontación entre liberales y conservadores, y la crisis de sus representaciones orgánicas. Con lo que la representación oligárquica pasa a otras expresiones políticas.

Todo este proceso está determinado, en este período, por la conversión de la oligarquía tradicional en oligarquía monopólica financiera y su fusión con el capital monopólico transnacional, con lo cual se configura la base económica de la sociedad neocolonial. La pugna por imponer una ideología neoconservadora en los aparatos partidistas (liberal, conservador y socialcristiano) produce escisiones que se radicalizan y fundan las actuales expresiones orgánicas del reformismo.

En lo cultural, asistimos al proceso de transnacionalización de la cultura, y al auge de los medios de comunicación masiva que imponen la adopción de hábitos y normas de vida norteamericanos, de apreciación cultural y estética. Incapaz de generar un movimiento cultural, esta tendencia se impone desde el control de los aparatos culturales, fundamentalmente de los aparatos privados que se desarrollan masivamente en este período. (prensa, televi-

sión, cadenas radiales, sistema educativo privado, fundaciones, etc.)

Entre 1975 y 1986 se logra la homogenización total de la ideología oligárquica, bajo la forma neocolonial en lo político y neoconservadora en lo ideológico. Se constituye el Estado neocolonial, controlado por la fusión de la oligarquía financiera con el capital transnacional.

Este Estado neocolonial se caracteriza también por remozadas formas oligárquicas de exclusión política de sectores burgueses no monopólicos, pequeño burgueses y sectores populares y, en consecuencia, por el predominio de la dominación coactiva frente a las formas consensuales de la hegemonía.

En lo político-económico, la imposición del modelo de competencia perfecta sirve de base para establecer una confrontación contra el socialismo y el Estado reformista interventor y planificador: la crisis económica y política, según el neoconservadorismo, sería fruto de la excesiva intervención y dirección del Estado en la sociedad, lo que ha provocado el burocratismo, la ineficiencia y la pérdida de confianza en la capacidad individual; de aquí la necesidad de retornar a la libre empresa y al individualismo, como rectores de vida económica y social.

La fusión total entre la oligarquía monopólica nacional y transnacional se opera también en el campo de la cultura. La concepción desnacionalizadora llega a su más alto grado de desarrollo en la adopción absoluta de las normas y valores ideológicos del neoconservadorismo mundial que conforman una cultura definitivamente antinacional.

Los principales rasgos definitorios de esta tendencia cultural reaccionaria podría resumirse en la presencia de una cultura de la violencia que legitima la represión a toda expresión diversa de la "cultura occidental", la discriminación de las culturas de las nacionalidades indígenas, la exclusión de las manifestaciones de la cultura popular que no pueden ser refuncionalizadas, la hostilización y deformación de la imagen social del intelectual, del artista, el

aliento al individualismo y al éxito mercantil como medida del valor de sus producciones, el bloqueo al desarrollo científico y tecnológico por su subordinación absoluta al proceso capitalista de producción, etc.

En síntesis, una falsa configuración cultural que no surge de la vida social sino que se impone desde el control absoluto de los aparatos culturales.

B. El Proyecto reformista; el proyecto democrático burgués que surgió con la Revolución Liberal tuvo un carácter revolucionario en el momento insurreccional, porque representaba los intereses del conjunto de clases y sectores opuestos al poder terrateniente. Al consolidarse la dominación oligárquica en las dos primeras décadas de este siglo, se evidencia la incapacidad histórica de la burguesía ecuatoriana para dirigir un proceso revolucionario de carácter democrático nacional; incapacidad determinada por su subordinación al imperialismo que le impide representar consecuentemente el interés nacional, tarea que desde entonces es asumida por el proyecto revolucionario, desde un contenido nacional popular.

Sin embargo, desde 1922 hasta 1975, está siempre presente la posibilidad de cumplir las tareas inconclusas de la revolución democrático-burguesa.

El proyecto reformista se inscribe dentro de los contenidos programáticos que dan forma a esta opción histórica.

Elaborado por sectores radicalizados de la débil burguesía y de la pequeña burguesía, la culminación de la Revolución democrático-burguesa es delegada siempre al Estado: a una élite política que asuma la dirección de un proceso que la burguesía no puede cumplir en la sociedad.

En el período 1922-1944 el proyecto reformista se plantea como tarea el desmantelamiento del Estado oligárquico pero sólo en sus expresiones políticas formales, para sustituirlo por una democracia de amplia participación. En lo económico su objetivo

es la creación de un sistema de dirección y control del funcionamiento de la economía, pero sin afectar la base de las relaciones de producción; es decir, busca la creación del Estado interventor.

Más que una crítica política real, de cuestionamiento al fundamento clasista del poder, es una crítica social de la forma como se ejerce el poder en la sociedad: los rezagos feudales, la falta de libertades, el elitismo cultural, etc.; reclamo de transformación que, en suma, se resuelven en una ampliación del marco burgués, y cuya realización estaba a cargo del mismo Estado. Esta tendencia buscó formas de expresión orgánica, como movimiento político, inicialmente en el Partido Liberal Radical (fundado en 1923) y luego en ciertas tendencias del Partido Socialista y en VANGUARDIA Socialista Revolucionaria Ecuatoriana.

En lo cultural, la tendencia nacional democrática se manifestó en dos movimientos:

— Una vertiente del Realismo Social, que se inscribe en el pensamiento humanista, de afirmación y desarrollo de una conciencia burguesa moderna. Asume el problema indígena (y en general agrario) como una excrecencia de la dominación colonial y de rezagos feudales. La integración a la nación se asienta sobre los valores democrático-burgueses de igualdad y libertad, mediante la acción cultural del Estado; su objetivo es la homogenización de los elementos culturales de una totalidad superadora de contradicciones, guiada por los grandes valores universales de la inteligencia, la democracia y el progreso.

Otro movimiento que se inscribe en esta tendencia nacional-democrática, aunque anterior cronológicamente al descrito es el MODERNISMO MUNDONOVISTA, cuya clara adhesión al arielismo rodoniano asume las nuevas condiciones de la sociedad ecuatoriana desde una perspectiva marcadamente intelectual y culturalista.

La cuestión indígena es vista como la afirmación de la "raza cósmica", visión que lleva a afirmar la perspectiva nacional latinoamericana frente al imperialismo como una oposición étnico-cultural. Frente al utilitarismo, al pragmatismo, al materialismo, propios de la raza anglosajona, lo latinoamericano se definiría por una proyección espiritual hacia las grandes realizaciones del espíritu. Las clases medias ilustradas encarnan esta posibilidad de realización cultural.

En el período 1945-1962, la tendencia reformista no logra aún encontrar una expresión orgánica definitiva: toma posiciones más sólidas al interior del Partido Socialista la que se expresa a través de la acción política durante el gobierno de Galo Plaza, y luego en la constitución del Frente Democrático Nacional, nucleado en torno a una alianza entre liberales y socialistas en un período de integración al poder del Estado de todas las fracciones de burguesía (bajo la hegemonía de la burguesía comercial y exportadora), el reformismo pierde fuerza en la conducción ideológica y pasa a expresarse más bien en los aparatos estatales bajo la forma de una "ideología de la modernización", con criterios de eficiencia y tecnicismo. Esto determina que, en lo concerniente a la forma de Estado, comience a sostener el paso del Estado Interventor al Estado Planificador, responsable directo del desarrollo ya no sólo de la regulación y control del proceso económico. En consecuencia, el tópico de la Reforma Agraria, se convierte también en un pilar de la ideología reformista de la modernización.

Desde el punto de vista cultural, en este período la tendencia nacional democrática pierde características orgánicas, es decir que no se puede hablar de un movimiento cultural. Se prolonga y profundiza el pensamiento humanista burgués generado en el período anterior, y se expresa en las individualidades, como Benjamín Carrión, Raúl Andrade, en ensayo; Alfredo Pareja, Jorge Icaza, Demetrio Aguilera, en la narrativa; Escudero y Carrera Andrade en la poesía.

La tónica dominante del período, se define por el acomoda-

miento a las condiciones generales de la dominación burguesa: la radicalización democrática nacional de los sectores medios, animado en el período anterior por la lucha antioligárquica se vuelve conformista y comprometido con el Estado. La incorporación de los intelectuales a la institucionalidad de los aparatos mediatiza la radicalidad de los planteamientos formulados en la década del treinta, y la acción cultural impulsada desde el Estado pretende dividir las contradicciones y construir una síntesis homogénea que pueda ser presentada como la "cultura de la nación".

El período que va desde 1963 y 1975 es de formación de la tendencia reformista actual, bajo el impulso de: los cambios de las relaciones de producción (descomposición total de la estructura agraria tradicional y proceso de industrialización); la expansión de la actividad política y económica del Estado; y la reactivación de tendencias reformistas en las Fuerzas Armadas.

En el Ecuador, se hace presente también el fenómeno de "internacionalización de la ideología y la política", resaltado por algunos autores para América Latina: del antiguo estilo "provincial y espeso" de hacer política se pasa a un complejo proceso de relaciones e interdependencias internacionales, mediante la activa presencia al proyecto y organizaciones políticas del mundo capitalista desarrollado, lo que da como resultado la diversificación de la vida partidista en el país, con el surgimiento de la democracia cristiana (1964) y la social democracia (1970).

La ideología de la modernización económica, política y cultural domina el pensamiento nacional democrático y la certeza de convertirse en poder político crean la ilusión de un desarrollo capitalista autónomo. La tónica del pensamiento reformista se asienta en la necesidad de conducir el proceso de modernización del país, mediante la realización de un conjunto de reformas sociales (agraria, tributaria, educacional, sindical, etc.) y la incorporación de nuevas fuerzas sociales al consumo ampliado.

El latinoamericanismo vuelve a ser elemento constitutivo de lo nacional, expresándose bajo la forma de un impulso a las formas de integración económica y política.

Entre 1960 y 1975 esta tendencia gira en torno a la posibilidad de encontrar un desarrollo autónomo de la cultura y se orienta a la búsqueda de raíces que la sustenten. En este sentido se da una incorporación neutralizada de lo popular, como sustento del poder político reformista en una acción que no surge de un movimiento cultural sino desde los aparatos culturales tanto públicos como privados.

El eje fundamental lo ocupa el desarrollo de las ciencias sociales orientadas por distintas corrientes del pensamiento burgués: estructuralismo, neomarxismo, dualismo estructural, las teorías cepalinas, desde una perspectiva marcadamente institucional, y definido por una internacionalización del pensamiento político-social.

Este período está marcado por la profesionalización del trabajo intelectual, el gran desarrollo de los aparatos culturales de hegemonía y la institucionalización del movimiento cultural.

Hacia 1975 en el Ecuador culmina el proceso de constitución de la economía capitalista, del Estado y la sociedad burguesa, mediante una vía reaccionaria que da como resultado la conformación de una sociedad y un Estado Neocoloniales. En las condiciones de dominación neocolonial de culminación de un proceso capitalista reaccionario se clausura toda posibilidad de profundización en las transformaciones democrático burguesas.

Los proyectos históricos se polarizan entre el burgués oligárquico y el revolucionario, liquidándose la opción reformista como conductora del proceso social general. Esto no supone que los movimientos políticos reformistas no tengan posibilidad de llegar al gobierno, sin embargo el contenido democrático burgués que informó el proyecto político reformista hasta 1975 queda neutralizado y absorbido por las condiciones objetivas de la dominación neocolonial.

A pesar de esta inviabilidad histórica el movimiento político reformista ha experimentado una consolidación orgánica en

sus estructuras partidistas, en su vinculación e influencia sobre las organizaciones de masas y en el control de los aparatos de hegemonía. Este robustecimiento opera en última instancia como un mecanismo idóneo para el objetivo burgués oligárquico de mediatizar y enmascarar los contenidos sustantivos de la lucha de clases en el Ecuador. El reformismo se convierte en la falsa conciencia, en el seno del movimiento popular, mediante lo cual la dominación oligárquica financiera encubre sus objetivos.

Desde el punto de vista de la cultura, la última década es la fase de sujeción definitiva de la tendencia nacional democrática al Estado, coincidiendo con la clausura del proyecto democrático burgués como una opción con viabilidad histórica en el Ecuador. A partir de entonces, esta tendencia se desarrolla dentro de los límites definidos por las políticas culturales impulsadas por el Estado, que adquieren por primera vez un carácter orgánico de ocupación, ordenamiento y control de todos los espacios de la sociedad civil.

Coincidimos plenamente con la afirmación de Alejandro Moreano: "estamos asistiendo a un proceso de impulso estatal de la sociedad civil como la instancia privilegiada del dominio político".

En estos años, la consolidación plena de la sociedad burguesa en el Ecuador imprime su sello característico sobre el producto cultural y empiezan a dominarse los principios mercantiles sobre los valores estéticos e ideológicos. Al mismo tiempo, la división y especialización del trabajo impulsa una creciente profesionalización de los intelectuales, lo cual determina una inserción cada vez mayor de los aparatos institucionales y la separación cada vez más radical entre producción intelectual y producción política, con el predominio de los criterios académicos y profesionales sobre los políticos.

En el pensamiento de las ciencias sociales existe un desplazamiento del contenido **revolucionario**, aún la revolución democrático burguesa, como subvertor de un orden político y social caduco

—cómo se había concebido en todo el reformismo anterior— pasa al contenido reformista pleno: la búsqueda de la democracia como un límite de construcción racional voluntaria, de constante perfeccionamiento consensual. La utopía reformista se diluye en mala conciencia del Estado frente a la tendencia irracional y autoritaria que, en la práctica, conforma la dominación neocolonial.

Este desplazamiento determina el carácter predominante de las investigaciones sociales en los últimos años: la fragmentación de las ciencias sociales, por la creciente especialización y autonomía de sus diversas áreas, que ya no buscan la comprensión global totalizadora de la sociedad y el desarrollo histórico sino el estudio particular de casos.

Desde el punto de vista del arte, es un período de marcado auge de funciones artísticas sobre las no artísticas. Ya no se trata solamente de la disposición del escritor a generar más y mejor su oficio sino de concebir el lenguaje artístico como objeto y fin de sí mismo.

C. El Proyecto revolucionario; el desarrollo de la sociedad civil en el Ecuador como fruto de la Revolución Liberal determinó a inicios de los años veinte, el paso de la lucha por los intereses gremiales y corporativos a la lucha por los intereses clasistas cada vez más diferenciados. Noviembre de 1922 marca un hito de ruptura en la definición y autonomización del movimiento obrero revolucionario en su presencia histórica en la sociedad ecuatoriana. La década de los veinte marca también el inicio de la organización de los intereses clasistas en formas políticas partidarias bajo la presión directa de una abierta lucha social: el Partido Liberal (1923), el Partido Conservador (1925), el Partido Socialista (1926) y el Partido Comunista (1931). Con estos dos últimos partidos, se organiza políticamente el proyecto revolucionario y adquiere forma orgánica un movimiento cultural de carácter nacional popular.

Los principales núcleos problemáticos que estuvieron en dis-

cusión en los diez primeros años de vida del proyecto revolucionario giraron en torno a la definición del carácter de la Revolución y la fuerza social que debía constituirse en el sujeto revolucionario y, dentro de ella, la clase hegemónica; la definición del carácter internacional del partido.

A partir de las respuestas dadas a estas interrogantes se organizan las dos expresiones políticas partidistas que estuvieron en el origen del movimiento revolucionario: el socialismo y el comunismo.

El Partido Comunista del Ecuador se definió por una Revolución agraria ant imperialista, como etapa inicial de la transición a la dictadura del proletariado; tal fuerza social dirigente debía conformarse sobre la base de la alianza obrero-campesina, hegemoni- zada por el proletariado.

La tendencia revolucionaria del Partido Socialista, definió desde sus inicios el carácter socialista inmediato de la revolución ecuatoriana, cuya fuerza dirigente debía ser una alianza entre trabajadores manuales e intelectuales, hegemoni- zada por la pequeña burguesía intelectual.

La disputa inicial entre comunistas y socialistas apareció fundamentalmente alrededor de la afiliación o no a la III Internacional como el centro de las discrepancias; en realidad lo que estaba en discusión era la base clasista del partido y el papel de los intelectuales en el proceso revolucionario, es decir la definición de una estrategia y una táctica para la resolución del problema fundamental: la toma del poder.

En el campo de la cultura, advertimos la presencia de una tendencia nacional popular que se origina en una vertiente del realismo social de los años treinta y que originó en un movimiento que concebía la cultura como elemento formador de la conciencia de clase, y por lo tanto, ligado orgánicamente a las expresiones políticas de los sectores populares. Lo popular (lo indígena, lo campesino, lo proletario) es concebido como sujeto de su propia historia, y a la vez como sustento de la nación ecuatoriana; de ahí que

el núcleo temático fundamental del arte, particularmente de la Literatura sea precisamente lo popular. Si bien, temáticamente lo popular está también presente en el costumbrismo y en la vertiente reformista del realismo social, hay en la tendencia nacional popular una novedad fundamental: lo que en el costumbrismo es descripción de lo más superficial y externo de los modos de vida de los sectores populares, y en la tendencia nacional democrática es crítica de los efectos de la dominación, en la Literatura de la tendencia nacional popular es cuestionamiento de la esencia de la explotación y de las condiciones sociales que la hacen posible.

A partir de 1936, y especialmente desde la década de los cuarenta, en el proyecto revolucionario el problema del poder pasa a un segundo plano: en el Partido Socialista prima una ideología pequeño burguesa que se traduce en la colaboración con algunos gobiernos y en el Partido Comunista el planteamiento estratégico de un gobierno obrero campesino es desplazado por el de un proyecto de desarrollo nacional autónomo, desarrollo de las fuerzas productivas y de reorientación de la economía nacional en beneficio de los intereses nacionales.

En el período que va de 1945 a 1962, las organizaciones políticas del movimiento revolucionario son mediatizadas y acomodadas a la dominación burguesa integrada. El carácter marcadamente antifeudal del proyecto revolucionario determina que, a finales del período, el contenido revolucionario se exprese en torno a la lucha por la reforma agraria.

La discusión estratégica en el movimiento revolucionario ecuatoriano se desplazó al enfrentamiento entre la tesis de la revolución democrática burguesa bajo la orientación del proletariado y la de la revolución socialista ininterrumpida. Paralelamente a la pérdida de vigencia del problema del poder en el movimiento revolucionario en estos años, pierde sustentación práctica la discusión sobre la base clasista del partido: El Partido Comunista ecuatoriano se refugia en un burocratismo, tanto en sus prácti-

cas internas como en su relación con el movimiento obrero y campesino organizado, manteniendo la lucha clasista dentro de los límites marcados por su incorporación a la institucionalidad del Estado: se privilegió la lucha por reivindicaciones económicas, en desmedro de la conducción política.

El Partido Socialista por su parte, conjuga un ultrismo verbal y declaratorio con prácticas liberales en lo orgánico, con lo cual escamotea la posibilidad de construcción real de un partido proletario como base para la realización de la supuesta "revolución socialista inmediata y permanente".

En el campo de la cultura, el vigoroso movimiento de renovación y ruptura que fecundó el período anterior pierde organicidad e impulso, y entre 1944 y 1960 se aprecia la inexistencia de un movimiento cultural tanto en la tendencia nacional popular como en la nacional democrática. Esto no significa una ausencia de producción cultural, pero ahora es fruto de individualidades aisladas, y en buena parte es desarrollo de la temática de los años treinta que llega a su límite y crisis. El compromiso con la creación de una cultura nacional y popular pierde organicidad y se disgrega hacia el compromiso individual. Si el efecto de la intervención del Estado sobre la tendencia nacional democrática fue la integración de sus intelectuales a los aparatos e instituciones estatales; en la tendencia nacional popular generó una dispersión y aislamiento al tiempo que confiscaba algunos de sus contenidos, para refuncionalizarlos a los objetivos de la dominación burguesa, descargándolos de su proyección revolucionaria. Es quizás en el ensayo donde puede advertirse una expresión de crítica y búsqueda de nuevas orientaciones políticas y culturales (Pedro Saad, Manuel Agustín Aguirre entre otros).

En el período 1963-1975 el movimiento revolucionario enfrentó una crisis que se expresa en una gran dispersión y fragmentación orgánica, en una discusión ideologizada sobre el carácter de la sociedad ecuatoriana y de las vías de la revolución, y en un refugio de la práctica en la disputa por el control de las direcciones

sindicales y del movimiento estudiantil.

Las causas de la crisis podrían encontrarse en la extensión de las prácticas burocráticas e inorgánicas anotadas en el período anterior; en la influencia del foquismo derivado de una incorrecta comprensión del proceso revolucionario cubano; el agotamiento de la perspectiva de culminación de las tareas democráticas burguesas contempladas en el programa de la lucha antifeudal que impulsó la acción de la izquierda en el período anterior.

La crisis orgánica del movimiento de izquierda determinó que el eje de la agitación y lucha social pase al movimiento estudiantil e intelectual: la Reforma Universitaria, la disputa con el Estado por la dirección de los aparatos culturales, y la misma discusión en el seno de la izquierda sobre el carácter de la formación social ecuatoriana y sobre el carácter de las vías de la revolución son signos de ese desplazamiento, y de la debilidad de la izquierda en la conducción política del movimiento popular.

En lo cultural, a partir de 1960, bajo el influjo de la Revolución Cubana surge un movimiento que tiende a confundir ética política y arte. Se plantea como objetivo fundamental la "Revolución" y la creación de una cultura nacional popular a partir de la destrucción de la herencia cultural y la tradición política precedente, planteado como un enfrentamiento entre los intelectuales y el poder, y desligado en la práctica de toda vinculación orgánica con los sectores populares organizados y con sus expresiones políticas, el movimiento cultural de los sesenta se piensa a sí mismo como el verdadero sujeto revolucionario. El intelectual es concebido como instrumento de la encarnación en el pueblo del espíritu de la Revolución. Pero el pueblo es visto como escenario y destinatario de la producción cultural, no como sujeto. Provoca una transformación radical en la práctica cultural y en la concepción de la cultura. En su intento por devolver a la cultura su dimensión política, el movimiento termina por confundir los términos a partir de una concepción "culturalista" de la política,

antes que por una adecuada comprensión política de los hechos culturales.

La confusión entre arte y política, y la inadecuada relación entre pueblo y cultura, junto con su desenraizamiento de la historia cultural y política del país marcan sus propios límites.

Para el proyecto revolucionario, el período 1975-1986 inaugura condiciones inéditas para la acción política. Las condiciones de la dominación neocolonial y la consolidación de la oligarquía financiera en el Ecuador clausuran la viabilidad histórica del proyecto reformista, y cancelan la posibilidad de un proyecto nacional burgués de amplia convocatoria a la participación política de todos los sectores de la sociedad.

Por otra parte dentro del propio movimiento revolucionario, se abre un nuevo espacio en el que la situación de dispersión, y fragmentación comienza a superarse.

En el movimiento popular se ha generado una nueva forma de pensar la política desde una dimensión nacional y popular. El movimiento obrero se ha constituido definitivamente en motor del proceso revolucionario, el movimiento campesino se ha integrado a la lucha nacional, y las nacionalidades indígenas alcanzan a incorporar sus reivindicaciones propias a los contenidos generales del proyecto nacional popular; el deterioro de las condiciones de vida que, como consecuencia del proceso de transnacionalización y de monopolización interna de la economía, afecta a amplios sectores de artesanos, empleados, maestros y los incorpora como constitutivos de la lucha antiimperialista y antioligárquica. Este desarrollo del movimiento popular permite plantear sobre bases reales la unidad de la izquierda y abre condiciones diferentes para retomar la discusión sobre el que ha sido el problema permanente de la izquierda: la base clasista del partido revolucionario, tomando como núcleo fundamental la unidad obrero-campesina como dirigente de la constitución de una fuerza social revolucionaria compuesta por diversos sectores sociales.

La virtual absorción por parte del Estado de todos los aparatos

tos y espacios que condicionan el sentido y los efectos de las prácticas culturales limita el desarrollo del arte, la ciencia y la cultura a la necesidad de configurar los contenidos ideológicos que sostienen la dominación neocolonial.

La tendencia nacional popular se define en este periodo por una marcada lucha antiinstitucional y por una recuperación de las manifestaciones culturales que surgen de la propia vida social. Es difícil decir si se ha logrado consolidar un movimiento orgánico, pero se advierten algunas líneas fundamentales que apuntan en esa dirección.

Sobre la base de una reformulación de la dimensión política de la cultura, la tendencia nacional popular cuestiona la ilusión ideológica de la unidad cultural de la nación como una construcción artificial que oculta la complejidad cultural de las nacionalidades ecuatorianas y las contradicciones clasistas que se manifiestan en las expresiones culturales.

Frente a ella empieza a formular una concepción de cultura nacional que la pone en relación con la existencia real de las nacionalidades y con las formas históricas de nuestra constitución nacional.

Cuestiona la concepción de la cultura como producto individual, y lo piensa como creación histórica colectiva de las fuerzas sociales que se disputan la hegemonía en la configuración de la conciencia del pueblo-nación.

Con todo esto, la tendencia nacional popular busca conformar un movimiento cultural que se vincule orgánicamente con un proyecto político por la toma del poder, como expresión de los conflictos generados por la historia de nuestro tiempo: la lucha de los pueblos por su liberación y la revolución proletaria.

LA PRODUCCION PERIODISTICA DE JOSE PERALTA

María Cristina Cárdenas Reyes

Las colecciones de periódicos del siglo XIX constituyen una fuente documental histórica de invaluable riqueza y validez para el estudio de la turbulenta vida política que luchaba por la constitución de un Estado basado en principios libertarios y democráticos. Bien sabemos que el carácter de aquel periodismo fue entendido fundamentalmente como tarea de combate ideológico, fanático a veces, enérgico siempre. Particularmente brillante es la producción periodística de José Peralta en la época anotada, y sus escritos posteriores no volverán a tener aquel estilo demoledor y fulgurante que marcó el ápice de la conflictiva transición del Estado confesional al Estado laico en Ecuador. Sus "años de lucha" son aquellos en que su extraordinario sentido de la historia, que luego se atenuaría para diluirse en un espiritualismo ecléctico, coincidía plenamente con la exigencia de una sociedad que marchaba dificultosamente en pos de un mundo abierto y renovado. Y ese sentido histórico, plasmado en un estilo hiperbólico ajeno a todo dogmatismo, desmesurado precisamente por la amplitud del objetivo perseguido, generaría un conjunto de artículos de periódico de es-

pléndida factura, portadores en su mayoría del fermento de ruptura que entonces representaba "la luz del progreso".

La polémica era, como se ha subrayado, el arma común de lucha que recorría toda la gama literaria "desde el libelo hasta la sátira o desde el ensayo erudito y elevado hasta el poema épico en prosa", afirma Carrera Andrade en su "Galería de místicos y de insurgentes". ¿Cómo ignorar la punzante ironía de aquellos artículos anticlericales que originaron la violenta serie de mutuas invectivas entre Federico González Suárez y José Peralta? Los escritos de este debate son relativamente conocidos, mas no sucede lo mismo con los primeros números de "El Constitucional" (Quito, 1889), con que Peralta abrió las brechas decisivas de lo que hasta entonces había sido un espacio político clausurado.

Resulta interesante observar el contraste con los escritos periodísticos del joven Peralta entregados en "El Deber" (Cuenca, 1877), cuyo ardor libertario indesmentido a lo largo de su vida revestía entonces, a los 22 años de edad, los rasgos de un catolicismo acendrado que luego sería motivo de injustas acusaciones con relación a su evolución ideológica. Este tránsito se hace evidente en "El Escalpelo" (Cuenca, 1887), que lamentablemente conocemos sólo a través de la referencia brindada por el excelente libro de Alfonso Andrade Chiriboga sobre el diarismo cuencano.

A partir de ese momento, el pensamiento político de Peralta, incluyendo necesariamente componentes anticlericales que deben ser entendidos con criterio histórico, irá mostrando su maduración en sucesivos y fulminantes escritos periodísticos y folletos, sin excluir aquella visión romántico-paternalista del trabajador teñida por una coloración iluminista que no logrará superar. La serie de artículos reproducidos en "La Razón" (Cuenca, 1895-1896) condensan el durísimo proceso exigido por la desarticulación superestructural de moldes ideológicos-sociales inadecuados para la creciente incorporación del país al capitalismo dependiente, marcando a su vez la culminación de los "años de lucha".

La etapa del diarismo como exponente de la ruptura históri-

ca había concluido y Peralta se concentrará en las tareas de construcción demandadas por el ejercicio del poder. Luego de la caída, la respuesta a los problemas planteados por los nuevos signos históricos no tendrá la lucidez que Peralta había mostrado en el pasado. Pero el aporte y la lección de aquellos años de lucha habían marcado la historia ecuatoriana de manera impercedera.

El conjunto documental que ofrecemos en esta ocasión está destinado a investigadores y estudiosos de la historia ecuatoriana interesados en el examen de fuentes primarias válidas para el conocimiento de la trayectoria del liberalismo ecuatoriano en una de sus fases más combativas. Ha sido recogido en la Biblioteca del Banco Central del Ecuador, sucursal de Cuenca (BBCC), en la Biblioteca-Archivo "Aurelio Espinosa Pólit" (BAEP) y en la Biblioteca Municipal de Quito (BMQ), y forma parte del libro "José Peralta y el liberalismo ecuatoriano. Análisis documental" (Banco Central del Ecuador, en prensa), resultante a su vez del proyecto "El pensamiento social de José Peralta: un estudio semiótico-ideológico", financiado por el Consejo Nacional de Universidades y Escuelas Politécnicas en co-auspicio con la Universidad de Cuenca (IDIS).

En cuanto a la modalidad de ordenamiento en la presentación, una secuencia cronológica nos ha parecido la más adecuada para ilustrar evolutivamente la trayectoria del liberalismo peraltiano.

Cuenca, Agosto de 1987

FICHAS DE PERIODICOS

"Prospecto". **El Deber** (1). Imprenta del Clero. Cuenca, abril 28 de 1877. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (151).

Comentario sobre la relación religión-patria y defensa de la religión.

BBCC

"Pongámonos en pie". **El Deber** (1). Imprenta del Clero. Cuenca, abril 28 de 1877. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (151).

Llamamiento al pueblo del Azuay para la defensa de la patria y de la religión, en contra de regeneradores y progresistas impíos.

BBCC

"Desde la cárcel". **El Deber** (3). Imprenta del Clero. Cuenca, mayo 11 de 1877. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (151).

Defensa de la posición ideológica que ha ocasionado su encarcelamiento.

BBCC

"Los apóstoles del error". **El Deber** (3). Imprenta del Clero. Cuenca, mayo 11 de 1877. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (151)

Cuestionamiento frontal a las autoridades del momento, propagadoras de los principios liberales.

BBCC

"Cuatro palabras". **El Deber** (4). Imprenta del Clero. Cuenca, mayo 25 de 1877. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (151).

Justificación ante los lectores de "El Deber" por la obligatoria suspensión de la publicación.

BBCC

"¿Quiénes son los conspiradores?". **El Deber** (4). Imprenta del Clero. Cuenca, mayo 25 de 1877. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (151).

Crítica a la revolución veintimillista y ataque al movimiento de los regeneradores liberales.

BBCC

"Partidos políticos". **La Libertad** (3). Ajax (seud.). Cuenca, julio 18 de 1888. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (263).

Comentario sobre el comportamiento de los partidos políticos ecuatorianos.

BBCC

"Plumada". **La libertad** (7). Ajax (seud.). Imp. de José María

Montesinos e hijos. Cuenca, octubre 9 de 1888. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (263).

Crítica a los falsos devotos.

BBCC

"Algunas palabras al partido terrorista". **La Libertad** (8). Ajax (seud.). Imp. de José María Montesinos. Cuenca, octubre 20 de 1888. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (263).

Llamado a los conservadores para unirse en torno al Estado ecuatoriano, simbolizado por "la Cruz bienhechora".

BBCC

"Pecavi". **La Libertad** (12). Imp. de José María Montesinos. Cuenca, noviembre 17 de 1888. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga",

Comentario a una hoja titulada "Junta Patriótica" del 9 de noviembre de 1888, sobre la recluta forzosa.

BBCC

"Al público". **La Libertad** (12). Imprenta de José María Montesinos e hijos. Cuenca, noviembre 17 de 1888. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (263).

José Peralta se presenta al público como Jefe de Redacción de **La Libertad** y reconoce haber escrito antes con el seudónimo de Ajax.

BBCC

"Introducción". **La Verdad**. (1). Imprenta de R. Torres. Cuenca, febrero 9 de 1889. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (436).

Elogio al respeto del gobierno (del Presidente Flores) por los derechos del hombre, lo cual infunde nueva vida a la nación y contribuye al progreso moral del país.

BBCC

"Pío IX y las libertades públicas". **La Verdad** (1). Imprenta de R. Torres. Cuenca, febrero 9 de 1889. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (436).

Argumentación a favor de la libertad de imprenta, cuyo mejor ejemplo hitórico ha sido Pío IX y su mayor enemigo, los reaccionarios católicos.

BBCC

"La prensa terrorista". **La Verdad** (1). Imprenta de R. Torres. Cuenca, febrero 9 de 1889. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (436).

Cuestionamiento a la prensa terrorista (conservadora), la cual no discute sino insulta en su propósito de destruir al liberalismo.

BBCC

"En la arena". **La linterna** (1). Cuenca, febrero 13 de 1889. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (265).

Reclama la luz del progreso para disipar las tinieblas en la conciencia, en el altar, en la vida pública, señalando a los católicos como enemigos de toda libertad.

BBCC

"Obediencia al Papa". *La Linterna* (2). Cuenca, febrero 25 de 1889. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (265).

Denuncia la actividad política del Obispo de Cuenca, Miguel León, desobedeciendo las indicaciones del Papa León XIII.

BBCC

"Antonio Flores, Presidente del Ecuador". *La Linterna* (3). Cuenca, febrero 26 de 1889. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (265).

Reproduce decreto del Presidente Flores que garantiza la libertad electoral.

BBCC

"Católicos a la moda". *La Linterna* (4). Cuenca, febrero 27 de 1889. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (265).

Insistencia en denunciar la desobediencia clerical a la autoridad del Papa al intervenir en actividades políticas.

BBCC

"Nuestro lema". *El Constitucional* (1). Quito, miércoles 5 de junio de 1889.

Afirma como lema del periódico a la Constitución vigorizada por la libertad de expresión y por cambios sociales paulatinos que eviten las revoluciones violentas, impropias de pueblos civilizados.

BAEP

"Romparamos el silencio". *El Constitucional* (1). Quito, miércoles 5 de junio de 1889.

Rechaza acusaciones de impiedad formuladas por el Obispo Flores, de Cuenca, en un diario local editado por la Imprenta del Clero.

BAEP

"Discurso en conmemoración del 67 aniversario de la batalla de Pichincha". *El Constitucional* (1). Quito, miércoles 5 de junio de 1889.

Señala necesidad de continuar la tradición de los libertadores de la Patria ecuatoriana.

BAEP

"El proletario". *El Constitucional* (2). Quito, miércoles 12 de junio de 1889.

Visión paternalista-romántica del trabajador.

BAEP

"Concilio provincial". *El Constitucional* (2). Quito, miércoles 12 de junio de 1889.

Ante un próximo Concilio provincial de la Iglesia Católica ecuatoriana, Peralta señala que el mismo no debe convertirse en asamblea política.

BAEP

"Aviso". **El Constitucional** (3). Quito, miércoles 19 de junio de 1889

Anuncio de lugar y horario de trabajo como abogado. A los pobres defiende gratis.

BAEP

"La iglesia y el estado". **El Constitucional** (3). Quito, miércoles 19 de junio de 1889.

Tomando como punto de partida la violación del Concordato por el Obispo Flores, de Cuenca, afirma que la iglesia debe estar subordinada al Estado.

BAEP

"Diezmos". **El Constitucional** (3). Quito, miércoles 19 de junio de 1889.

Reclama la abolición completa del diezmo.

BAEP

"Al sacerdote autor de las Rectificaciones Históricas". **El Constitucional** (4). Quito, miércoles 26 de junio de 1889.

Utilizando un estilo altamente irónico, Peralta subraya, en su

respuesta a González Suárez, la necesidad de que la Iglesia católica se mantenga fiel a sus verdaderos valores.

BAEP

"¡No calumniéis!". **El Constitucional** (4). Quito, miércoles 26 de junio de 1889.

Rechaza acusación (del Sr. Flores) de escribir propaganda radical con sueldo del Estado.

BAEP

"A los sacerdotes de las Rectificaciones Históricas". **El Constitucional** (5). **El Redactor** (seud.). Quito, miércoles 3 de julio de 1889.

Rechaza la acusación de herejía y ataca al clericalismo.

BAEP

"A los sacerdotes de las Rectificaciones Históricas". **El Constitucional** (6). **El Redactor** (seud.). Quito, miércoles 10 de julio de 1889.

Desmiente la acusación formulada en las Rectificaciones Históricas de haber plagiado a Francisco de Paula Vigil en su artículo "La Iglesia y el Estado".

BAEP

"La época". **La Epoca** (1). Cuenca, julio 13 de 1889. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (187).

La transición a un período de verdaderas libertades está ge-

nerando una ola de críticas por parte del tradicionalismo que no se resigna a perder posiciones. Llama a luchar por la libertad y el progreso.

BBCC

"La inquisición por Norte y Sur". *La Epoca* (1). Cuenca, julio 13 de 1889. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (187).

Denuncia prohibición de "El Constitucional" en Quito y de "El Diario de Avisos", este último por parte del Obispo Masía, de Loja.

BBCC

"Monseigneur Macchi". *La Epoca* (1). Cuenca, julio 13 de 1889. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (187).

Manifiesta su esperanza en que el Enviado Papal comprenda y compruebe los rectos intereses del Partido Liberal, el cual integra la mayoría católica ecuatoriana que reconoce a un mismo jefe, el de la Iglesia Romana.

BBCC

"A los Sacerdotes de las 'Rectificaciones Históricas' ". *La Epoca* (2). Imprenta de R. Torres. Cuenca, julio 24 de 1889. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (187).

Se defiende ante una acusación de plagio que le hacen sobre una obra de Vigil respecto a la "Rectificación VI".

BBCC

"Las censuras". *La Epoca* (3). Cuenca, agosto 3 de 1889. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (187).

Impugna la tesis del Ministro de Justicia y Cultos (Eliás Lasso), manifestada en "El Telegrama" (35), según la cual "para exigir la responsabilidad criminal del autor de una publicación debe tomarse por base la censura eclesiástica para aplicar, por medio del juez, los artículos correspondientes del Código Penal. Señala prohibición eclesiástica sucesiva de la Libertad, El Pueblo, la Verdad, la Razón, la Linterna, la Carta al Pastor, La Nación, el Globo, el Diario de Avisos, El Constitucional, El Perico, La Epoca.

BBCC

"A los Sacerdotes de las 'Rectificaciones Históricas' " (II parte). *La Epoca* (3). Imprenta de R. Torres. Cuenca, Agosto 3 de 1889. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (187).

Comentario sobre la "Rectificación VI". Crítica a la actitud del clero.

BBCC

"Causa criminal contra el redactor de "El Constitucional". *El Constitucional* (8). Quito, miércoles 7 de agosto de 1889.

Se solicita al alcalde Ramón Gortaire, imparcialidad en el juicio seguido contra "El Constitucional".

BAEP

"A los sacerdotes de las rectificaciones históricas". **El Constitucional** (9). Ajax (seud.). Quito, lunes 9 de septiembre de 1889:

Extenso artículo en que refuta a su oponente González Suárez y la reprocha un completo alejamiento de las prácticas cristianas inspiradas en el evangelio. Rechaza el calificativo de hereje y se proclama católico ante Dios y su conciencia.

BAEP

"Al sacerdote de las rectificaciones históricas". **El Constitucional** (10). Ajax (seud.). Quito, martes 24 de septiembre de 1889:

Señala que la novena rectificación (de González Suárez) es una repetición de las anteriores y cuestiona severamente los fundamentos morales de una religión que considera lícito cualquier medio para su defensa.

BAEP

"Introducción". **La Tribuna** (1). Cuenca, Abril 29 de 1891. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (410).

Fundamenta la candidatura liberal de Clemente Ballén en la necesidad de elegir un presidente que respete la Constitución.

BBCC

"Nuestra opinión". **El Observador** (1). Imprenta del Pueblo. Cuen-

ca, noviembre 9 de 1891. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (306).

Justifica la no participación en las elecciones con candidatos propios, en nombre de los "Verdaderos Liberales"; crítica a las candidaturas conservadoras.

BBCC

"Volvemos a la barbarie". **El Voto Libre** (37). Imprenta de Gómez Hermanos. Guayaquil, diciembre 9 de 1891. Periódicos Generales, Primera serie, Tomo 7.

Con fecha 2 de diciembre, denuncia que en Cuenca, el Sr. Miguel Dávila, hermano político de Luis Cordero, le amenazó de muerte, lo que fue impedido por Roberto Abad, Manuel Palacios y por rápida acción de la policía.

BCARG

"Armas Mohosas" **El Observador** (5). Imprenta del Pueblo. Cuenca, diciembre 29 de 1891. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (306).

Comentario sobre las críticas conservadoras a los liberales. Referencia al artículo "A los Sacerdotes de las Rectificaciones Históricas".

BBCC

"Despedida". **La Regeneración** (3). Imprenta de la Universidad. Cuenca, Septiembre 14 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (373).

Reclama la luz del progreso para disipar las tinieblas en la conciencia, en el altar, en la vida pública, señalando a los católicos como enemigos de toda libertad.

BBCC

"Obediencia al Papa". *La Linterna* (2). Cuenca, febrero 25 de 1889. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (265).

Denuncia la actividad política del Obispo de Cuenca, Miguel León, desobedeciendo las indicaciones del Papa León XIII.

BBCC

"Antonio Flores, Presidente del Ecuador". *La Linterna* (3). Cuenca, febrero 26 de 1889. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (265).

Reproduce decreto del Presidente Flores que garantiza la libertad electoral.

BBCC

"Católicos a la moda". *La Linterna* (4). Cuenca, febrero 27 de 1889. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (265).

Insistencia en denunciar la desobediencia clerical a la autoridad del Papa al intervenir en actividades políticas.

BBCC

"Nuestro lema". *El Constitucional* (1). Quito, miércoles 5 de junio de 1889.

Se despidе públicamente de amigos y colaboradores, por traslado a Guayaquil, conjuntamente con José L. Alfaro y Elías Troncoso.

BBCC

"Nuestro propósito". *La Razón* (1). Imprenta del Pueblo. Cuenca, octubre 19 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Justifica la aparición de "La Razón".

BBCC

"La Revolución". *La Razón* (1). Imprenta del Pueblo. Cuenca, octubre 19 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Crítica a Luis Felipe Carbo por buscar lo que Peralta estima un absurdo político, llamar a colaborar en el gobierno a los enemigos de la revolución liberal.

BBCC

"Raza de Vívoras" (Estudio sobre el Partido Conservador Ecuatoriano). *La Razón* (1). Imprenta del Pueblo. Cuenca, octubre 19 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Explica el origen histórico del pensamiento conservador, como fundamento del Partido Conservador Ecuatoriano; fundamentalmente con relación a la religión. (I parte).

BBCC.

"Raza de Vívoras" (Estudio sobre el Partido Conservador Ecuatoriano). **La Razón** (2). Imprenta del Pueblo. Cuenca, octubre 26 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Expone el origen histórico y la constitución del Partido Conservador Ecuatoriano. (II parte).

BBCC

"Luis Vargas Torres". **La Razón** (2). Imprenta del Pueblo. Cuenca, octubre 26 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Describe la agonía del Coronel Luis Vargas Torres, fusilado el 20 de marzo de 1887, con una breve exposición de su pensamiento.

BBCC

"Ultima hora". **La Razón** (2). Imprenta del Pueblo. Cuenca, octubre 26 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Denuncia la amenaza de la que han sido objeto los impresores de "La Razón" por parte del Obispo León y el clérigo Ortega Alcoser. Protesta por violar la libertad de imprenta.

BBCC

"Fiat lux". **La Razón** (3). Imprenta del Pueblo. Cuenca, noviem-

bre 9 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Reclama una orientación precisa en cuanto al rumbo que tomará la Revolución Liberal.

BBCC

"Veintimilla y Caamaño". **La Razón** (3). Imprenta del Pueblo. Cuenca, noviembre 9 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Afirma que Veintimilla y Caamaño son continuadores de la política conservadora, en la línea de García Moreno.

BBCC

"El Tercer Partido". **La Razón** (3). Imprenta del Pueblo. Cuenca, noviembre 9 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Sostiene que A. Flores, Plácido Caamaño y el Clero, fundaron un "Tercer Partido" con el objeto de engañar al pueblo y asegurar la elección de Caamaño como Presidente.

BBCC

"Muertos que comen". **La Razón** (3). Imprenta del Pueblo. Cuenca, noviembre 9 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Crítica a las prácticas de algunos sacerdotes en el día de los difuntos, porque desarrolla las supersticiones y el engaño al pueblo.

BGCC

"¡Justicia!". **La Razón** (3). Imprenta del Pueblo. Cuenca, noviembre 9 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Pide la sanción para los responsables de crímenes cometidos durante el gobierno de Caamaño y en especial por la ejecución de Luis Vargas Torres.

BGCC

"El Nuevo Ministerio". **La Razón** (3). Imprenta del Pueblo. Cuenca, noviembre 9 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301)

Saludo de "La Razón" al nuevo gabinete y felicitaciones a los ciudadanos que han sido llamados a colaborar con el gobierno de Alfaro.

BGCC

"Advertencia". **La Razón** (3). Imprenta del Pueblo. Cuenca, noviembre 9 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Advierte que debido a lo extenso del artículo "Raza de Vivas", se publicarán únicamente algunos capítulos como artículos sueltos.

BGCC

"Los terroristas". **El Atalaya** 1 (3). Cuenca, noviembre 19 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (23).

Los telegramas intercambiados entre José M. Plácido Caamaño y los ejecutores de Luis Vargas Torres, revelarían que los principales autores del asesinato fueron Alberto Muñoz Vernaza y su grupo de colaboradores.

BGCC

"Los conspiradores"; **El Atalaya** 1 (4). Cuenca, noviembre 20 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (23).

Denuncia conspiración de los conservadores para matar a todos los liberales del interior a la misma hora; una especie de matanza de San Bartolomé.

BGCC

"Puñal y veneno". **El Atalaya** 1 (5). Cuenca, noviembre 22 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (23).

Se insiste en la acusación de conspiración criminal por parte de los conservadores en contra de los liberales, mencionándose nombres como los del Coronel Antonio Vega y Muñoz Vernaza.

BGCC.

"¡Nunc aut nunquam!". **La Razón** (4). Imprenta del Pueblo. Cuenca, noviembre 23 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Propone impulsar la revolución, sancionando a los tiranue-

los que han gobernado el Ecuador y se han aprovechado arbitrariamente. Defiende los principios liberales de Alfaro.

BBC

"José Luis Alfaro". **La Razón** (4). Imprenta del Pueblo. Cuenca, noviembre 23 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Exalta las virtudes que adornan al Coronel José Luis Alfaro.

BBC

"Lizardo García". **La Razón** (4). Imprenta del Pueblo. Cuenca, noviembre 23 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Lamenta la separación de Lizardo García del Gabinete.

BBC

"Honrosas Felicitaciones". **La Razón** (4). Imprenta del Pueblo. Cuenca, noviembre 23 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Agradece a escritores y políticos liberales por sus elogios al trabajo que viene realizando por servir a la Patria.

BBC

"El proyecto". **El Atalaya** 1 (6). Cuenca, noviembre 23 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (23)

Aplaude proyecto del Ministro de Justicia Rafael Elizalde relativo al establecimiento de comisiones codificadoras como trabajo previo a la Convención.

BBC

"El Libre Pensamiento" (Dedicado a los Prelados). **La Razón** (4). Imprenta del Pueblo. Cuenca, noviembre 23 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Pondiera la libertad de pensamiento y expresión.

BBC

"El nuevo ministro". **El Atalaya** 1 (7). Cuenca, noviembre 25 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (23).

Lamenta renuncia de Lizardo García a la cartera de Hacienda y Crédito Público (20 nov.) y desea éxito a su sucesor, Francisco de Paula Roca.

BBC

"El Pauperismo". **La Razón** (5). Imprenta del Pueblo. Cuenca, diciembre 4 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301)

Reflexiona sobre los efectos del despotismo en general y el despotismo conservador ecuatoriano, al que compara con los gobiernos españoles de antes de la independencia; hace hincapié en la agricultura.

BBC

"Carta al Pastor" Ilmo. y Rvmo. Señor Obispo Masías y Vidiella. **La Razón** (5) Imprenta del Pueblo. Cuenca, diciembre 4 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301)

Se defiende de las acusaciones de impiedad que le hace el Obispo Masía y Vidiella.

BBCC

"El Señor Vindex". **La Razón** (5) Imprenta del Pueblo. Cuenca, diciembre 4 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Réplica a un folleto publicado en Quito por Vindex, a propósito de los artículos publicados en "La Razón" sobre "los sacerdotes indios, egipcios y cristianos".

BBCC

Sin título. **La Razón** (5). Imprenta del Pueblo. Cuenca, diciembre 4 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Petición a la administración de correos para que no interfiera en la correspondencia mantenida en calidad de canje con otros periódicos.

BBCC

"El Liberalismo". **La Razón** (6). Imprenta del Pueblo. Cuenca, di-

ciembre 14 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Proclamación de los principios de soberanía popular y de los derechos del hombre como fundamento de un sistema político

BBCC

"Impiedad y Fé". **La Razón** (6). Imprenta del Pueblo. Cuenca, diciembre 14 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Crítica al oscurantismo y supersticiones de la Edad Media, reproducidos en el Ecuador de su época.

BBCC

Vindex". **La Razón** (6). Imprenta del Pueblo. Cuenca, diciembre 14 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Réplica a Vindex por sus comentarios publicados en contra de los artículos de "La Razón" (II parte).

BBCC

"Por sus frutos los conoceréis. **El Atalaya** 1 (18). Cuenca, diciembre 23 de 1895. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (23).

Acusa a Emiliano Crespo y a la familia Cordero de ser autores de agitaciones políticas en Cuenca.

BBCC

"La Clerofobia". **La Razón** (7). Imprenta del Pueblo. Cuenca, febrero 8 de 1896. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Puntualiza las posiciones liberales frente al clero.

BBCC

"Avanzamos". *La Razón* (7). Imprenta del Pueblo. Cuenca, febrero 8 de 1896. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (301).

Comentario de la reorganización de la Sociedad Liberal Azuaya, siendo "La Razón" su órgano oficial.

BBCC

"Los condezueros". *El Rebenque* 1 (1). Cuenca, abril 25 de 1896. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (363).

Denuncia negocios fraudulentos de Luis Cordero, familiares y de Alberto Muñoz Vernaza.

BBCC

"Carta al Ministro Presidente de la Corte Superior" /Cuenca, enero 30 de 1906. *El Noticioso* (1). Cuenca, febrero 6 de 1906. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (297).

Solicita se juzgue al ex-Tesorero Dr. Guillermo Ochoa por malos manejos económicos.

BBCC

"Orden general". *El Noticioso* (4). Imprenta de la Universidad. Cuenca, febrero 13 de 1906. Hemeroteca "Alfonso Andrade Chiriboga", Col. de Periódicos (297).

Ordena la libertad de algunos detenidos. Prohíbe la recluta forzosa. Prohíbe la requisición de animales.

BBCC

"¿Por qué ha fracasado el Canciller Ponce? El juicio a los muertos" (I)/ Veritas (pseud). *El Día* (3.477). Quito, miércoles 10 de septiembre de 1924. pp. 1 y 4. Colección de Periódicos.

Sostiene inutilidad del Protocolo Ponce Castro Oyanguren debido a que no contiene ni define la fórmula mixta para llevar a cabo el arbitraje de Washington, motivo por el cual el fondo del Tratado conduce a un arbitraje total nefasto para el país.

BMO

"¿Por qué ha fracasado el Canciller Ponce? La confesión de parte" (II)/ Veritas (pseud.). *El Día* (3.448). Quito, jueves 11 de septiembre de 1924. p. 4.

Indica que el Canciller Ponce ha realizado las máximas concesiones al Perú y que su gestión ha fracasado por una política contradictoria y vacilante en cuestiones internacionales.

BMO

"¿Por qué ha fracasado el Canciller Ponce? El consejo inaceptable" (III). Veritas (pseud.) *El Día* (3.450). Quito, sábado 13 de septiembre de 1924. pp. 1 y 2.

Analiza comentario de "El Comercio" sobre acierto en la firma del Protocolo Ponce-Castro Oyanguren y sostiene que si

bien no es inconstitucional, dicho Protocolo conduce al arbitraje total.

BMO.

"El liberalismo ecuatoriano: sus luchas, sus conquistas, sus mártires: lo excelso de su credo". El Telégrafo, Año XLVII, Sección V. Guayaquil, 14 de agosto de 1930. pp. 63, 64, 66.

Síntesis histórica del desarrollo del liberalismo en el Ecuador, de su aporte y de sus conquistas.

BAEP

NACION - CULTURA NACIONAL PENETRACION CULTURAL

Ricaurte Soler

A Mario Calvit

Muchos temas de la literatura contemporánea en torno al fenómeno nacional invitan a una más detenida consideración de proposiciones generalmente aceptadas, pero en torno a las cuales no se ha realizado, quizás, una reflexión suficiente. Entre aquellas proposiciones cuentan la de que la nacionalidad ha agotado su virtualidad histórica progresista por constituir un fenómeno al desarrollo de las fuerzas productivas, consideradas éstas a escala internacional; la de que las culturas nacionales, con el advenimiento del socialismo, se extinguirían para dar paso al despliegue de una cultura proletaria o, finalmente, la de que nación y nacionalismo constituyen fenómenos progresistas en los países dependientes, pero ya sin racionalidad histórica en los desarrollados. Estos temas son, evidentemente, previos a la consideración más específica de la cuestión nacional latinoamericana y al de la penetración cultural en nuestra América. Pero también es obvio que con ella están indisolublemente vinculados.

— 1 —

Sin duda ayudaría a despejar muchos de los problemas rela-

tivos a la cuestión nacional el que nos remitiéramos a su génesis a partir de la época moderna. Lo vivo y lo muerto del proceso iniciado entonces, las continuidades y discontinuidades surgidas de su desarrollo histórico, permitirán aclarar, con seguridad, la trascendente significación del fenómeno nacional, y el de las culturas nacionales, en la perspectiva más amplia de la humanización y universalización del hombre. Aquella génesis y esta significación exigen por ello, aunque breve, inevitable consideración.

Atendiendo a la premisa de que todo hecho histórico requiere la identificación de su base material, el fenómeno nacional se ha relacionado con las nuevas formas de comunidad de relaciones económicas que surgen con el hundimiento del modo de producción feudal. Estamos en los pródromos del capitalismo, en un período de transición. El estado absoluto, en lo político, y la burguesía mercantil, en lo económico, convergen en "la unificación de la sociedad civil". A la fragmentación que caracterizan las relaciones de producción serviles, sucede, entonces, la cohesión económica y política implantadas por la monarquía absoluta y la burguesía mercantil en los albores de la época moderna.

Pero aquella cohesión, importa recordarlo, es limitada y desigual. Es la limitación y desigualdad de los espacios económicos nacionales, dentro de los cuales el nacionalismo económico del mercantilismo se afianza como práctica histórica consciente, deliberada. Hoy pareciera olvidarse que precisamente el desarrollo desigual y combinado del capitalismo guarda relación con los diferentes espacios dentro de los cuales, en los umbrales mismos de su gestación, hubo de implantar su predominio. Y que a estas desigualdades reales de las condiciones histórico-sociales no podría suponerse ninguna quiddidad económica que irradie decretos de lo universal, escindida de lo particular.

El fenómeno nacional, en su génesis, es pues indesligable de los orígenes mismos de las relaciones de producción capitalistas. Y en el Estado moderno encuentra los resortes superestructurales y coercitivos para el reordenamiento, y nueva articulación, de los va-

rios elementos de la sociedad civil. Condicionada por estos orígenes, la nación inicia su despliegue histórico. Su potencia y limitaciones para la humanización y el progreso se señalarán en directa relación con el carácter progresista, real o virtual, de los contenidos económico-sociales que albergue en su seno.

Los elementos emocionales que acompañan las distintas ideologías en su estimación del hecho nacional, parecieran haber relegado a un plano subordinado la decantación racional de sus aportes históricos. Precisa recordar, por ello, que la sociedad, como tal, es la primera y principal de las fuerzas productivas. Y que la sociedad nacional, entre todas las formaciones sociales surgidas en la historia, es la que mejor ha permitido avances cualitativos en el dominio y apropiación de la naturaleza por el hombre. Toda sociedad, es cierto, solidariza los factores de la estructura y la superestructura para ofrecer su perfil homogéneo. Pero la comunidad territorial y de relaciones económicas en la base social, y la comunidad de lengua y cultura en la superestructura, convierten a la nación en el poderoso instrumento de desarrollo y progreso que efectivamente es. La cohesión de la estructura, acrecida por la comunidad de lengua y cultura*, entraña, en efecto, un movimiento totalizante que, en escala superior a las sociedades globales precedentes, define el espacio social para el despliegue de las fuerzas productivas y la configuración de la conciencia colectiva. Aquella totalización es esencia de lo nacional. En sus espacios extensivos (cultura material) e intensivos (cultura espiritual - Lukács) ninguna sociedad, como la nacional, ha permitido el despliegue revolucionario de las relaciones del hombre con la naturaleza y consigo mismo.

La amplia extensión del concepto *cultura* incluye la lengua. No obstante, el mismo idioma lo puede ser de diferentes naciones, en tanto que la cultura nacional no podría ser multinacional. Desde este punto de vista, parece legítimo conservar la "comunidad de cultura" como uno de los elementos esenciales en la definición de fenómeno nacional.

Si fijamos la atención en los aspectos propiamente superestructurales, resulta también que el fenómeno nacional entraña potencialidades inéditas en la historia. La comunidad de cultura —y dentro de ella la comunidad de lengua—, nunca podría sólo pensarse como homogenización de un *quantum* determinado de individuos. Muy por el contrario. Como creaciones colectivas y expresiones de la nacionalidad, lengua y cultura se constituyen en concreciones específicas del ser social. En esa misma medida se sientan las condiciones, la posibilidad, de la apropiación individual de la riqueza espiritual forjada colectivamente. Desde esta perspectiva podemos afirmar que el proceso de nacionalización es una mediación colectiva para el enriquecimiento de la personalidad como no lo hubo nunca en la historia universal. Homogenización de la comunidad y diferenciación de la personalidad asumen por ello, en el fenómeno nacional, una calidad superior en su interacción dialéctica. La exaltación del individuo, y el antropocentrismo renacentistas, tan magistralmente descritos por Burkhart en su obra clásica, no son ajenos a la comprobación histórica de que aparecen en relación directa con el surgimiento de los primeros procesos de nacionalización.

Pero la nación no es, en modo alguno, un hecho cancelado en la burguesía o clausurado por las relaciones capitalistas de producción. Por el contrario, sus potencialidades sólo en limitada medida son desplegadas por la sociedad burguesa. Los antagonismos y las antinomias sociales internas, y las contradicciones nacionales externas, apenas si permiten una menguada realización de las virtualidades de la creación nacional colectiva. Y la esencia del capitalismo merma todavía más las posibilidades de su apropiación individual. Por ello es posible hablar de un proceso formal, anárquico e inconcluso de nacionalización en la sociedad burguesa. Pero no de un proceso real y racional de nacionalización.

La forma de la nacionalización burguesa se asienta en la homogenización coercitiva a través del aparato de Estado clasista. Y dentro de él, a través de la articulación en la ideología dominante

de las manifestaciones todas de la cultura nacional. No se trata, por tanto, de una nacionalización real y racional. Esta supone la solidaridad de las relaciones económicas y de las expresiones culturales, no la homologación coercitiva de sus diferencias o contradicciones. Por ello podemos afirmar que ni aun en los Estados capitalistas ampliamente desarrollados la nación ha agotado sus posibilidades de realización y desarrollo. La burguesía si que ha liquidado su misión y proyecto nacionales. Pero en la emergencia de la socialización de los medios de producción y cambio las clases revolucionarias asumirán, en una dimensión cualitativamente distinta, su propia misión y su propio proyecto nacional. Por eso nos parece errónea la apreciación, frecuentemente sustentada, de acuerdo con la cual la nación es un fenómeno agotado en los países desarrollados, pero progresista en el mundo colonial y semi-colonial. Ni en las sociedades desarrolladas, ni en las subdesarrolladas, cabe identificar la nación con las clases que en su seno ejercen la dominación.

- 2 -

La idea de que la nación constituye un freno para la expansión de las fuerzas productivas (Kautsky entre otros) está en la raíz de enfoques como el que comentamos. Pero esta idea es de la más nítida filiación economicista. Ilegítimamente identifica, por lo pronto, el Estado con la nación. Es obvio que no es la existencia de naciones, pero sí la de los Estados, lo que podría constituir un freno para el desarrollo de las fuerzas productivas en un previsible pero lejano futuro. En la matriz de estas confusiones se encuentra por otra parte, el desconocimiento, o subestimación, de la dialéctica característica del fenómeno nacional: El enriquecimiento de la personalidad individual mediante la apropiación de la personalidad cultural colectiva, y la consecuente homogenización de la sociedad sin merma de la diferenciación creciente del individuo.

Desde estos miradores se aclara mejor el carácter economicis-

ta de la tesis que denuncia en la nación un freno al desarrollo de las fuerzas productivas. Pues se hace evidente que tal tesis sólo atiende a una supuesta homogenización creciente de la sociedad, a escala universal, divorciada de las dimensiones cualitativas e intensivas de cada específica totalización social. Ni la nacionalización, ni la intranacionalización, cabe pensarlas, sin embargo, en la perspectiva de una indiferenciación crecientemente extensiva de los individuos y de las sociedades. El auténtico nacionalismo, como el auténtico internacionalismo, sugiere más bien la emergencia de nuevas totalizaciones que en sus dimensiones cualitativas y diferenciales enriquecen cada vez más la intensidad de la vida individual y social.

Las consideraciones que preceden conducen a otra conclusión. Y es la de que la socialización de los medios de producción y cambio crea las condiciones materiales para el despliegue de la nación real y racional, por encima de la nacionalización formal, consumada y clausurada, esa sí, en la sociedad burguesa. Pero de la misma manera que no hay una cultura burguesa internacional, tampoco podría pensarse en una cultura proletaria internacional. La tesis de una cultura proletaria internacional reproduce para la superestructura aquel internacionalismo abstracto que afirma que la nación frena el desarrollo de las fuerzas productivas. No puede haber duda, sin embargo, de que la socialización de los medios de producción y cambio sí crea para la **nación**, y para la **cultura nacional**, nuevas escalas cualitativas e inéditas posibilidades de realización.

En ningún caso la nación es resultado de la agregación cuantitativa de las clases que se diferencian y confrontan en su interior. En ningún caso la cultura nacional podría ser resultado de la suma de manifestaciones culturales de las clases que se albergan en su seno. La cultura nacional es síntesis, no yuxtaposición; autonomía cualitativa, no dependencia cuantitativa. Por ello no sólo la cultura burguesa lo es siempre de una nacionalidad. Ese es también el caso de la proletaria, pequeñoburguesa, campesina, etc. Las clases que

promueven la socialización de los medios de producción y cambio reconstruirán, por cierto, la nación y reformularán la síntesis de su cultura. Se despejarán entonces los elementos culturales democráticos de los antidemocráticos, los racionales de los irracionales. Y se harán posible realizar cada vez más virtualidades de la cultura nacional que fueron ahogadas por las contradicciones sociales. Pero no sería posible pensar que las clases revolucionarias, y la clase obrera en particular, creen su propia cultura de clase para reemplazar y disolver la cultura nacional. Pues no hay cultura de clase "en sí" separada de una cultura nacional. Suponerlo implica autolimitación y empobrecimiento.

Son estas las razones que nos conducen a afirmar que con la socialización de los medios de producción y cambio se sientan las bases, y se inicia el empeño, de una nueva síntesis de la cultura nacional. Esa síntesis no puede ser compatible con la tesis del despliegue cultural de una sola clase: la de la clase proletaria. Esta tesis es directamente tributaria del internacionalismo abstracto que preveía, con el socialismo implantado a escala planetaria, la rápida disolución de las naciones.

Se suponía que la cultura proletaria internacional reemplazaría, entonces, las diferentes culturas de las burguesías nacionales. Pero aquellas previsiones, hoy es cada vez más claro, no han sido confirmadas por la historia. Por el contrario, son las culturas nacionales, y también las de las minorías nacionales, las que han ascendido a nuevas escalas cualitativas en razón de la socialización de los medios de producción y cambio.

3-

Las reflexiones precedentes nos permiten asentar en los siguientes enunciados algunas conclusiones:

- a) En tanto que comunidad de territorio, relaciones económicas, y expresiones culturales, la nación no puede ser reducida a ninguna de las dimensiones de la estructura o de la su-

perestructura. Es por ello que si sus orígenes históricos se relacionan con el ascenso de la burguesía, no se cancela en esta clase la naturaleza social de la nación. Ni, por extensión, la de la cultura nacional.

- b) La tesis de que la existencia de naciones frena el desarrollo de las fuerzas productivas a escala internacional es de la más típica filiación economicista. La nación, en sus expresiones culturales, integra espacios extensivos (cultura material) e intensivos (cultura espiritual). Esta integración, esta síntesis, es creación colectiva de cualidades y valores. Eleva la "etnicidad" a nuevas escalas. Al ignorar estas dimensiones de lo nacional, el economicismo postula el desarrollo del hombre en la sola homogenización, indiferenciación y extensividad.
- c) La socialización de los medios de producción y cambio sienta las bases para la reformulación de la cultura nacional. Pero esta reformulación no podría consistir en la autolimitación, en la amputación que significaría reducir la cultura nacional al desarrollo de las formas culturales de la clase, o clases, que forjaron la revolución. Por el contrario. La apropiación discriminada y racional de la cultura nacional e internacional, del pasado y del presente, se convierte, ahora, en una de las tareas inmediatas del proceso revolucionario. Este, y todos los esfuerzos, tienden entonces a la renovación de la cultura nacional dotándola de inéditos contenidos y superiores escalas cualitativas. Pero no a su negación.

Las proposiciones precedentes sugieren que si en los pródromos del capitalismo la coerción estatal se constituyó en mediación activa de la unificación nacional, esa misma coerción, socializados ya los medios de producción y cambio, ha de revolucionar sus contenidos para abrir cauce a la realización plena de las culturas nacionales existentes, lo mismo que a las actualmente en gestación. Pensamos, claro está, en los proyectos socialistas de los pueblos que luchan por su liberación. Pero también en culturas, como la de los chicanos, por ejemplo, que si se duda en calificar o no de na-

cionales se debe precisamente a las coerciones dislocadoras de los Estados en que se insertan. Por otra parte, desde el horizonte de las naciones consolidadas en una larga tradición, los proyectos socialistas para la unificación europea invitan a reflexionar, para nuestra América, en la vigencia de las propuestas bolivarianas y martianas.

Este variado espectro de perspectivas anuncia el surgimiento, creación y recreación de nuevas totalizaciones sociales. Estas serán nacionales en la medida que reproducirán su esencia: La diferenciación individual en el seno de la personalidad colectiva, y la diferenciación de la personalidad colectiva en el marco de la comunidad internacional. En todo caso, y para un largo futuro, es gracias al hecho nacional que el desarrollo social habrá de transcurrir trascendiendo la sola extensividad de la homogenización. Y es gracias a las culturas nacionales, con sus nuevos y revolucionarios contenidos económicos y sociales, que continuará acrecentándose la intensidad y diferenciación de la vida individual y social.

-4-

Los enunciados expuestos quisieran poner de relieve las razones que, a nuestro entender, legitiman para el presente, y para un indefinido futuro, las potencialidades profundamente humanizadoras del fenómeno nacional. En ellos ya se sugiere, por otra parte, que las penetraciones culturales exógenas no sólo dislocan la personalidad colectiva nacional, sino que vacían incluso de autenticidad y sentido, cualquier propuesta de universalización del hombre.

En el debatido problema relativo a la discriminación y apropiación de las expresiones culturales exógenas pareciera sugerirse, a veces, que a la substancia nacional que nos especifica no habrían de incorporarse aportes exteriores, negadores del propio pasado. Estos, se pretende, podrían alterar el "en sí" nacional. Creemos que este es uno de los peores planteamientos del problema, y que es directamente tributario de tradicionalismos tales como los que

en nuestra América del siglo XIX denunciaron la democracia liberal como penetración cultural, o los que hacen hoy otro tanto en relación con el marxismo.

Como viva realidad, como totalización en marcha, la nación, y la cultura nacional, se abren, por cierto, a los movimientos de continuidad y fracturas de discontinuidad que caracterizan los procesos históricos. Atendiendo, sin embargo, a las premisas establecidas, no podríamos asumir que cualquier continuidad, por asentada que esté en el desarrollo social, sea por ello garantía afirmativa de la nación y su cultura. Creemos que, a este respecto, la historia de nuestra América es bastante ilustrativa. Observemos, por ejemplo, para una primera etapa de nuestra historia, que la brutal irrupción de la conquista significó, en su hecatombe misma, la fundación de las premisas nacionales y culturales de los pueblos latinoamericanos. Muchos elementos de la cultura material y espiritual indígenas sobrevivieron a la conquista y hoy forman parte, incluso, de los perfiles nacionales de algunos países latinoamericanos. La exaltación unilateral de aquellos elementos ha dado origen, sin embargo, a formulaciones ideológicas que en modo alguno pueden ser consideradas nacionales. Tal es el caso del telurismo: la "mística de la tierra", de algunos ideólogos bolivianos, el de la noción de "Eurindia" del argentino Ricardo Rojas o el concepto de "indoamericanismo" formulado por el APRA. No deja de ser paradójico que estas formulaciones, que se pretenden las más genésicas y nacionales, revelen una de las formas más refinadas de penetración cultural. Pues en nombre de una cosmovisión "nacional" milenaria repudian como exógenas las luchas de los pueblos por alcanzar más elevados estadios de organización económica y social. Y sus concepciones, por ello mismo no dejan de aparearse con definiciones irracionalistas, protofascistas, del ser nacional. Como la del Conde Keyserling, por ejemplo, para quien nuestra América es el continente de la "gana".

El problema de la continuidad y sus rupturas en la cuestión de las culturas nacionales latinoamericanas adquiere una segunda y

extraordinaria gravitación en el momento de la emancipación. El imperativo de la organización nacional real, el de su institucionalización, determina y sobredetermina todos los empeños. José Cecilio del Valle, teórico de la Universidad Hispanoamericana, crea en ese entonces, para la lengua castellana, el verbo **nacionalizar**. En el marco de la democracia liberal se realizaron, a partir de aquellos momentos, los más extraordinarios esfuerzos para organizar la nación burguesa y reformular la cultura nacional. El proceso, deliberado, llegó a plantear, como en José Cecilio del Valle, y otros, el extremo de formular la conveniencia de abrir cauces al desarrollo de lenguas nacionales independientes del idioma castellano.

¿Implica una penetración cultural el proyecto nacional demoliberal del siglo XIX?

El primer prerrequisito de una imagen histórica correcta es el de la composición de lugar. Desde estos miradores precisa registrar las fuerzas dislocadoras democrático-liberales que desde Europa y Norteamérica se ejercían sobre nuestros pueblos. Como el libre-cambismo por ejemplo. No es menos cierto, sin embargo, que las mejores apropiaciones ideológicas del liberalismo y sus valores se constituyeron en Latinoamérica como poderosos instrumentos de afirmación nacional frente a las disgregadoras relaciones precapitalistas de producción y sus cosmovisiones arcaicas o falsamente ecuménicas. Es por ello que para nosotros, tras la ruptura de la emancipación, no se reformula la continuidad de la nación y su cultura en un Gabriel García Moreno, que en nombre de la tradición requirió el protectorado europeo. Esto es, obviamente, colonialismo y penetración cultural. Pero la apropiación mexicana de la democracia liberal europea en el contexto de la lucha liberadora contra el colonialismo francés, sí constituye, en Juárez, la reformulación de la continuidad nacional después de la ruptura independentista. De la misma manera que la exigencia antidogmática que en Martí, Hostos o Varona evidencia la invocación a Spenser, lejos de ser un ejemplo de penetración cultural, revela, por el contrario, la afirmación de un antillanismo que emerge en el cul-

to al espíritu científico.

Con el surgimiento del imperialismo, a finales del siglo XIX, enfrentamos el último y más agresivo esfuerzo de mediatización nacional y desarticulación cultural. Su primer triunfo, a escala latinoamericana, se señaló en la degeneración de los proyectos nacionales del demoliberalismo y en su desnaturalización por las burguesías endógenas, asociadas y dependientes. Quizás pocas veces en la historia de las ideas latinoamericanas se pueda discernir con tan cartesiana claridad los distintos contenidos históricos de procesos ideológicos sin embargo análogos. La significación nacionalizadora de la Educación Pública ofrece, a este respecto, un ilustrativo ejemplo.

A raíz de la independencia las teorías pedagógicas de Lancaster y Thomson se constituyeron en efectivos instrumentos progresistas, anticlericales, inmanentistas y culturalmente revolucionarios en el marco de un proyecto de organización nacional que abriera cauce a la expansión de las fuerzas productivas y al asentamiento de relaciones de producción capitalistas. Denunciar una penetración cultural en este contexto es hacer caso omiso de una historia que dialécticamente asume continuidades y discontinuidades en la dirección del progreso o de la reacción. Pero es esta misma dialéctica la que confiere distinto significado a la asimilación de James y Dewey en el contexto del capitalismo dependiente y la sujeción al imperialismo. El pragmatismo es, ahora sí, penetración cultural: porque diluye la especificidad nacional en el atomismo nominalista; porque erradica la razón de la vida histórica y social, porque hace de la experiencia un en sí y por sí ayuno de valores, porque convierte el éxito en fetiche presentado a pueblos que han de comprender, primariamente, por qué no han accedido a los primeros planos del desarrollo económico y tecnológico.

Estos ejemplos de la historia latinoamericana, es lo que deseáramos sugerir, nos retrotraen, una vez más, a la ineludible cuestión de que, en cuanto al problema de la penetración cultural, se bloquea toda investigación y toda valoración que se diluya en la

continuidad fáctica o se estanque en clausuradas discontinuidades. A cada momento enfrentamos la tareas de discriminar en el presente los elementos culturales que deprimen la autenticidad nacional de aquellos otros que la promueven. A este respecto el magisterio de los procesos históricos, que siempre expresan la unidad de lo discreto y lo continuo, seguramente que nos seguirá ofreciendo lecciones inapreciables.

DE LAS TRANSFORMACIONES LIBERALES A LA REVOLUCIÓN JULIANA. NACIMIENTO DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Tarquino Orrellana Soriano

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo constituye el primer intento de una investigación que interroga por el origen de las organizaciones políticas y el cambio ideológico que experimentó la sociedad ecuatoriana entre los años 1825-1844. Este objetivo general nos ha obligado a una reflexión más precisa sobre el desenvolvimiento económico y político del país durante el nacimiento de los partidos políticos, así como sobre maneras de cumplir su tarea propia por asociaciones, sindicatos y otros sectores de un momento que brotaban las necesidades de la sociedad civil se traduce en una acción militante hacia la sociedad política.

La posibilidad de comprender la capacidad que tienen ciertas organizaciones políticas para cumplir su rol en los tiempos asignados, nos obliga a una investigación que se plantea tanto del proceso de conformación y consolidación del Estado capitalista de producción en sus comienzos como de la acción del sector de producción en sus comienzos. Este estudio está dirigido a un público especializado en la historia de la política ecuatoriana y a las necesidades propias de la investigación de la época.

DE LAS TRANSFORMACIONES LIBERALES A LA REVOLUCION JULIANA: NACIMIENTO DE LOS PARTIDOS POLITICOS

Tarquino Orellana Serrano

INTRODUCCION

El presente trabajo constituye el primer avance de una investigación que interroga por el origen de las organizaciones partidarias y el camino histórico que delinean en su desarrollo dentro de la sociedad ecuatoriana entre los años 1925-1944. Este objetivo general nos ha obligado a una reflexión más precisa sobre el desenvolvimiento económico y político que en el país precede al nacimiento de los partidos políticos, en tanto estos intentan cumplir su tarea propia: ser suscitadores, generadores y canalizadores de un consenso que brotando de las necesidades de la sociedad civil se traduce en una acción mediadora hacia la sociedad política.

La posibilidad de comprender la capacidad que tienen nuestras organizaciones políticas para cumplir el rol que les hemos asignado, nos obliga a una investigación que de cuenta tanto del proceso de conformación y consolidación del modo capitalista de producción en sus particularidades especiales como del nacimiento concomitante de una forma de dominación estatal que responda a las necesidades propias de reproducción de la clase

que ejerce el liderazgo económico. Sólo el que miremos esta doble dimensión de la vida social del país nos permitirá entender tanto las posibilidades que históricamente se disputan las clases sociales con sus fracciones como la capacidad que tienen las organizaciones partidarias para cumplir la representación política a la que aspiran.

Hemos tomado dos hitos de nuestra historia para analizar el proceso aludido: la Revolución Liberal que nos informa de las características propias del desarrollo burgués en nuestro país y la llamada "Revolución Juliana" que irrumpe en un camino de modernización estatal para nuestra sociedad y que coincide con la emergencia de las organizaciones partidistas.

Sobre el estudio del proceso que conecta a estos dos acontecimientos históricos concentramos nuestro análisis, que ensaya un entendimiento del desarrollo capitalista dependiente en nuestro país y que remata en un señalamiento de las determinaciones objetivas que provocan el nacimiento de los partidos políticos, proponiendo entonces una delimitación de las posibilidades históricas que deben jugarse en un futuro inmediato.

I. LA FORMACION ECONOMICA Y SOCIAL ECUATORIANA: 1895 - 1925

La historia de las sociedades puede reconstruirse o recrearse válidamente siempre y cuando ese volver los ojos sobre el pasado nos invite a una reflexión sobre el presente, que es al mismo tiempo nuestro futuro. Esto es posible si partimos de un reconocimiento: la historia se juega en el terreno donde se interrelaciona lo posible con lo necesario. Llamamos posible a las distintas alternativas objetivas que las clases en sus luchas pueden plantearse a un determinado nivel de su desarrollo; necesario llamamos al salto que desde sus posibilidades, las clases eligen hacer concretamente. Posible, lo que las clases pueden objetivamente hacer; necesario, lo que hacen efectivamente. Desde luego ésta es una distinción analítica, válida como descomposición que permite la investigación científica; la historia real es la de la interdependencia y compenetración dialéctica de los niveles fijados.

Qué pueden hacer las clases en un período histórico, qué tareas está en sus manos el cumplir, es lo que en este momento investigamos para la sociedad ecuatoriana en el período comprendido entre 1925 y 1944. Esta respuesta resulta de indagar las condiciones concretas en que se desarrollan las clases y los medios con que cuentan para lograr los objetivos que se plantean.

El análisis que nos permite reconocer lo que las clases pueden hacer en un momento dado de su historia nos conduce a juzgar la conciencia que tienen de esas posibilidades y, en esa medida, estimar y explicar los errores que cometen a la hora de resolver las determinaciones y contradicciones a las que se encuentran sujetas.

Responder por las posibilidades objetivas de las clases es entonces, indagar su situación, su desarrollo, en términos de volverse poseedoras de un "destino" histórico. En esta línea de comprensión comenzamos a interrogar por las determinaciones objetivas, por el grado de desarrollo, por la dominancia y determina-

ción económica que se impone a una sociedad. Para decirlo en otras palabras, interrogamos en principio, por el modo de producción dominante que determina a la formación económica y social ecuatoriana en el período fijado.

LAS RELACIONES DE PRODUCCION Y LA DOMINANCIA ECONOMICA DE LAS CLASES. La sociedad ecuatoriana en sus determinaciones económicas hunde sus raíces en la época colonial; desde entonces se impuso la destrucción de la propiedad comunal indígena y el establecimiento de un régimen de producción que concentra en el monopolio territorial el sustento de su poder y el ejercicio del mismo. La aristocracia criolla, heredera del colonialismo español, funda estados territoriales que en alianza natural con la Iglesia y los ejércitos independentistas, continúan la forma de dominación antes impuesta.

El régimen de producción que liquidaba a las comunidades indígenas y a las economías campesinas está concentrado sobre todo en la sierra centro-norte; el centro y el sur, a más de las grandes haciendas, desarrolla profusamente el minifundio; en la costa, la concentración territorial lleva aparejadas relaciones salariales, dada su vinculación al comercio exportador. Este panorama funciona sin posibilidades mayores de reproducción y desarrollo, encerrado en sí mismo, manteniendo la desintegración nacional y sin impulsar la conformación de un mercado interno, hasta el momento en que tocan techo las contradicciones que harán estallar la Revolución Liberal.

La vinculación al comercio exterior de la costa ecuatoriana, promueve un incremento de la producción para el consumo interno de los centros urbanos; la descomposición del sistema hacendario tradicional alienta la fuga y migración campesina a los centros urbanos; la ampliación en la producción de trigo, cebada, papas y los inicios de una pequeña industria licorera y conservera, se remontan a esa determinación y a esa época. Los terratenientes serranos asentados en las ciudades y viviendo de lo que pro-

duce el campo, crecen en esta ambigüedad que, para decirlo simplídicamente, los conforma con cabeza citadina y estómago feudal; aristócratas criollos que refinados, miran allende el océano y que no pueden romper las amarras que los mantienen ligados a su hacienda, de la que sobreviven a costa de extraer renta en trabajo de los huasipungueros y renta en productos de los aparceros.

El campesinado indígena, víctima de la sobrexplotación en el campo y atraído por el desarrollo de la costa, abandona paulatinamente las haciendas, amenazando su ampliación y sobrevivencia. Sin embargo de ello, el campesinado, desarticulado y sin perspectivas, mantiene una lucha localizada en las haciendas, convirtiéndose de ese modo en eventual aliado de una burguesía que, liderada por Alfaro, propone cambios estructurales al régimen de producción que mostrara signos visibles de decadencia e imposible desarrollo.

Así sucede que la burguesía asentada en los centros urbanos se alimentaba del campo costeño vinculado al comercio exterior y del campo serrano que miraba su reproducción y sobrevivencia en la ampliación del comercio interior. En la base de este desarrollo no resuelto se encuentra el campesino indígena, a quien no le puede interesar otra cosa que no sea una transformación radical que le permita acceder a la tierra como propietario o jornalero, sin ataduras que lo mantengan fundido con la hacienda.

La Revolución Liberal de 1895 intenta resolver las contradicciones anotadas y logra entre sus realizaciones económicas concretas la ampliación del mercado interno, la promoción y el desarrollo del comercio importador y la consolidación de la burguesía agroexportadora. El asocio establecido entre la burguesía comercial y la burguesía financiera, por la utilización usuraria de los dólares provenientes de la exportación cacaotera, refuerzan los lazos de una burguesía creada en unidad simbiótica con el capital internacional.

Lo monopolios internacionales no solamente están interesa-

dos en la compra de la producción nacional, sino que forman parte integrante de las cooperativas exportadoras y que trabajan conjuntamente en las tareas de producción y exportación de la ya famosa "pepa de oro".

Vistas así las cosas, los triunfos y fracasos de la Revolución Liberal —que programáticamente aparecía como liderando una transformación democrática burguesa—, logran la constitución de una fracción hegemónica de esa clase, fracción a la que la literatura histórica ecuatoriana conoce como oligarquía: alianza entre burguesía comercial y burguesía financiera en articulación directa con el capital monopolístico internacional. Luego de la disputa imperialista de la primera guerra mundial, la articulación de nuestra oligarquía se logra fundamental y casi únicamente, con el capital monopolístico norteamericano; desde entonces los Estados Unidos juegan un papel protagónico en nuestro ejercicio económico y político.

La primacía económica de los grupos comerciales y financieros subordina a sus intereses al decadente régimen hacendario serrano que, sin embargo de perder su rol político protagónico, económicamente se articula con el control centralizado que promueve el capital dependiente que se desarrolla en el Ecuador. De este modo, las transformaciones agrarias se producen naturalmente y con ligeros empujes venidos de las necesidades del capital agroexportador e importador que amplía el mercado interno.

Aunque en el tiempo de la Revolución Liberal, el campesinado indígena pudo precipitar una transformación radical al desarrollo del capitalismo en el agro, su debilidad organizativa y el control tradicional que ideológicamente lo mantenía sumido a los dictados de la aristocracia y la Iglesia reaccionaria a las transformaciones sociales, hicieron que la hacienda tradicional se transformara lentamente en función del mercado interno que crecía amparado en una acumulación que sentaba sus bases en el comercio exportador.

Así las cosas, nuestro examen se concentra en el estudio de la

crisis de acumulación que sufre nuestra oligarquía a la hora en que declina el comercio exterior.

OLIGARQUIA Y CRISIS. Luego de la derrota de los alfaros, liberales jacobinos quemados en "Hoguera Bárbara" en 1912, la burguesía ecuatoriana allanaba el camino para un desarrollo reaccionario y vinculado al mercado internacional. La transformación del aparato estatal y los consecuentes cambios jurídicos en los aparatos de dominación garantizaron un proceso centralizador de la economía que beneficiaba tanto a la burguesía agroexportadora, importadora y financiera. "El capitalismo ecuatoriano a través de la Revolución Liberal, aseguró la creación de esa base política e ideológica, cuyos objetivos fundamentales fueron la creación y expansión de las bases de circulación, reproducción y acumulación de capital comercial, dependiente de los centros metropolitanos, y, la transformación acelerada de la fuerza de trabajo en mercancía" (1).

La integración de los sectores agrarios de medianos y grandes productores a la burguesía importadora y exportadora, a través del desarrollo del sistema bancario, hizo que el dominio de la oligarquía se consolide, logrando el control casi completo de la economía. Era tan grande el poderío de la burguesía dependiente en su fracción financiera, que el mismo estado contraía deudas con ella, convirtiéndola de ese modo en líder del dominio oligárquico.

La vinculación y articulación de los viejos gamonales serranos al proceso que consolida a la oligarquía ecuatoriana, se hacen claras si reparamos en que la producción cacaotera había formado un mercado atractivo para la producción agrícola hacendaria que, continuando con sistemas productivos atrasados, logra una acumulación de grandes proporciones. De esta época data precisamente la acumulación de grandes fortunas tanto en la sierra como en la costa.

Para 1920, en un período de 25 años, la burguesía ecuatoriana había consolidado su poderío; el desarrollo concentrador de la

riqueza se lograba a través de la centralización ofrecida por los organismos de crédito privados (Banco Comercial y Agrícola y Banco del Ecuador). La integración a las nuevas formas de producción económica de los terratenientes serranos que ampliaban su radio de acción y participaban en la circulación mercantil, la liberación de la fuerza de trabajo a partir de la confiscación de tierras a las comunidades religiosas, la ampliación de las relaciones salariales en la costa que provocaba enfrentamientos con los señores de las haciendas serranas —quienes debían obligatoriamente modernizarse o asumir el riesgo de perecer—, son los peligros que, por la modernización, enfrentan a la burguesía ecuatoriana con los viejos terratenientes serranos, quienes paulatinamente son desplazados por el poderío que alcanza la burguesía ligada al capital monopolio.

Siendo líder de un despegue económico sin precedentes y debiendo solucionar ciertos conflictos de orden político, la burguesía ecuatoriana descubre pronto su esencial debilidad: haberse formado al impulso del capital imperialista. La cojera congénita de la burguesía ecuatoriana se evidencia con la caída brusca de los precios del cacao en el mercado internacional. La baja en el volumen de las exportaciones y en el precio de las mismas hizo tambalear la economía nacional; el cacao que se vendía a 26.75 dólares el quintal en marzo de 1920, bajó a 12 dólares, en diciembre de ese año y a 5.75 dólares, en 1921.

Ante estos hechos, la devaluación monetaria practicada mediante la emisión de circulante sin respaldo, hizo que se trasladaran los efectos de la crisis a la masa de trabajadores y empleados del campo y la ciudad. Para el conjunto del pueblo se había reservado un incremento en la tasa de plusvalía que silenciara en parte la crisis de los agroexportadores.

La crisis económica también sacó a flote las contradicciones secundarias y nunca resueltas entre la burguesía y los terratenientes serranos. La emisión indiscriminada de dinero sin valor por parte del Banco Comercial y Agrícola, representante directo de los in-

tereses de los agroexportadores, asestó un golpe al Banco del Ecuador, aliado de la fracción burguesa importadora y al Banco del Pichincha representante de los gamonales serranos. Incrementando las dosis de extracción de plusvalía, desvalorizando la acumulación lograda por importadores y terratenientes, la fracción burguesa agroexportadora intentaba salir de la crisis sin un solo rasmiellón.

La respuesta no se hizo esperar: la gran masa del pueblo que se encontraba en la desocupación por la ausencia de trabajo en las plantaciones, infla las urbes con subocupados; los gremios artesanales y el reducido proletariado que a esa época se había conformado, hizo sentir sus protestas; los comerciantes importadores y los terratenientes serranos aprovechan la emergencia popular y logran que se disponga la incautación de giros. El objetivo central de la lucha era limitar el poder concentrado en manos de la burguesía agroexportadora. Finalmente la solución encontrada fue a ensayar un proceso de modernización del estado que estableciera reglas claras para dirimir las controversias del bloque en el poder. Este camino se ensayó a partir de la Revolución Juliana de 1925 y se continuó con firmeza en el gobierno de Isidro Ayora.

Las posibilidades de industrialización mediante la sustitución de importaciones no se realizaron, dada la depresión del capitalismo mundial en 1929 y, sobre todo, por la incapacidad o debilidad de la burguesía exportadora e importadora. La carencia de iniciativas de parte de los terratenientes serranos que diseñaron una política económica dirigida más a salvar la crisis de la burguesía exportadora antes que a proponer un programa de acumulación interna, evidencia que el poderío económico continúa liderado por la burguesía agroexportadora, verdadera vanguardia de nuestro desarrollo capitalista, articulado a los avatares del capitalismo monopolio.

La crisis del capitalismo mundial debilitó el poder que intentaba consolidar el estado ecuatoriano; la baja en las exportaciones del cacao mermó significativamente la capacidad de gasto públi-

co. El estado ecuatoriano que modernizándose se había burocratizado, para salvarse debía negociar directamente con la burguesía agroexportadora en crisis. El presupuesto del estado bajó considerablemente, de 64 millones 400 mil sucres en 1929, a 4 millones 842 mil sucres en 1932.

La crisis económica se transforma inmediatamente en crisis política y la burguesía agroexportadora consigue que se impongan las medidas devaluatorias que harían pagar la crisis a los sectores más desposeídos: pequeños artesanos y comerciantes concentrados en los centros urbanos, asalariados y campesinos a quienes se redoblaba la explotación.

Las medidas devaluatorias, si bien provocan levantamientos populares, éstos siempre son utilizados para dirimir las controversias propias del bloque en el poder, que sufre los oleajes de la construcción de un modelo capitalista reaccionario: escasa acumulación interna, débil crecimiento industrial, mantenimiento de relaciones precapitalistas y sujeción al capital internacional.

El camino reaccionario de desarrollo que resuelve los conflictos internos por la imposición de medidas opresivas para los sectores populares, hace que el bloque en el poder se vaya solidificando, adquiriendo identidad ante la emergencia popular, aunque los problemas de la hegemonía continúen sin resolución dentro del bloque dominante.

Somos testigos de una época que se conforma con soluciones emergentes y cambios imprecisos que no logran definir una alternativa para salvar la crisis; las alternativas sólo podían venir desde la emergencia popular, ya que la burguesía ecuatoriana para ese tiempo había definido con claridad su modelo reaccionario de construcción del capitalismo. Los problemas de la burguesía se debían a que no alcanzaba a delinear la construcción de un estado moderno que se adapte al modelo elegido para lograr su desarrollo; el tipo de estado moderno no encajaba con un capitalismo construido en los moldes de la dependencia y que no resolvía el lugar preciso que habrían de ocupar las fracciones dominantes den-

tro de la pirámide del poder.

La salida capitalista hacia la sustitución de importaciones se volvía casi imposible, dados los vínculos concertados con el capital monopólico; si bien se ensayaron débiles intentos encaminados hacia la creación de un modelo de desarrollo industrial, este proceso no logra modificar cualitativamente la formación económica ecuatoriana que continúa desarrollándose sin destruir los privilegios del pasado y afianzándose desde el estado y el comercio internacional.

La gran masa de desocupados continúa creciendo irremisiblemente por el incremento de las relaciones salariales provocadas en la ampliación del mercado interno, la creación de las ramas técnicas y el abandono paulatino del campo por parte de los campesinos que se refugian en las urbes: "El capitalismo ecuatoriano sobrevivió despilfarrando trabajo por todos los poros, engendrando la desocupación como una cualidad inherente a su propia naturaleza" (2).

Las luchas populares del período, en la lógica burguesa, precisaban una mejor consolidación del estado, que debería intervenir no sólo en la economía sino que también estaba obligado a regular el enfrentamiento de las clases, que en medio de la crisis radicalizaban sus posiciones, aunque no alcancen a definir una identidad alternativa. Son las capas medias las que logran canalizar la emergencia popular y trabajan como mediadoras funcionales que instalan el lugar preciso desde donde los aparatos estatales, con su racionalidad, deciden sobre las disputas en los marcos estrictos de la represión y la legalidad. Claro que medidas tendientes a una redistribución del ingreso y a un mayor control económico, desde las esferas estatales, demuestran el impacto de la lucha popular al mismo tiempo que revelan la mayor capacidad burguesa para funcionalizar e incorporar los enfrentamientos de las clases a su propia racionalidad.

La incapacidad de la burguesía ecuatoriana --que había definido con claridad su desarrollo reaccionario-- nos inhibe de pen-

sar en una alternativa de corte burgués democrático para esa época. Los problemas propios de la clase dominante deciden en su incapacidad para cohesionar un estado que las represente y contenga en los límites propios de sus contradicciones secundarias; es ese el dilema que tratan de resolver desde la derrota alfarista y la construcción pasiva del modo de producción capitalista.

La emergencia popular surge espontáneamente ante la prepotencia oligárquica: un proletariado poco desarrollado, un movimiento campesino desarticulado en luchas regionales que logra conformarse unitariamente para enfrentar la imposición oligárquica, condicionan un referente histórico que ha de tomarse en cuenta para juzgar las alternativas de la época.

¿Cuáles son entonces las posibilidades de la formación económica ecuatoriana en este período? ¿Qué opciones se pueden plantear el proletariado, el campesinado y la incipiente burguesía industrial? ¿Qué nos pueden ofrecer los terratenientes que han transitado en el vagón de la oligarquía?

Económicamente, el destino burgués dependiente se ha afirmado; resulta por lo tanto muy difícil pensar en un modelo burgués nacionalista. Un proyecto que lideren los sectores populares: obreros y campesinos, sectores amplios de desempleados, pobladores urbanos y capas medias, es tal vez lo que está en juego.

La discusión precisa de las posibilidades anotadas nos obliga a dar el salto en el análisis: desentrañar la forma concreta en que se ha conformado la sociedad política en nuestro país, y, sobre esa base, definir el lugar propio que ocupan las organizaciones partidarias en tanto mediadoras del hacer de las clases portadoras de su conciencia y creadoras del consenso que promueve un proyecto a disputarse en la lucha de las clases.

II. CONFORMACION DEL ESTADO MODERNO EN EL ECUADOR

Una vez hecha la revisión de lo que hemos llamado las "posi-

bilidades objetivas" presentes en la formación económica y social ecuatoriana en el período elegido para nuestro estudio, conviene un análisis detenido de la relación que mantiene la FES con el estado que se constituye. Como ya lo habíamos anotado en el título precedente, el papel que cumple el estado en la constitución de las clases sociales en sociedades dependientes como la nuestra es de gran valor, por lo que una revisión y explicación de su desarrollo ilustra en la comprensión global de la sociedad estudiada. El análisis que intentamos del desarrollo de los partidos políticos, supone precisamente una comprensión del proceso de separación entre sociedad política y sociedad civil, separación que informa del grado y posibilidades de mediación que intentan y cumplen las organizaciones partidarias cuando se conforma el estado moderno, el mismo que funda la separación y contradicción entre lo público y lo privado.

Nuestra investigación se vertebra en una conceptualización que interroga en primer lugar por el tipo de dominación o tipo de estado que se va conformando. En este sentido sostenemos que el tipo de estado responde a la dominación histórica que impone una clase, entendida ésta en términos de la preponderancia económica que adquieren ciertas relaciones de producción; en otras palabras: el tipo de estado se corresponde con la dominación económica reinante.

Para sociedades dependientes como la nuestra —siguiendo el hilo de la reflexión de Juan Carlos Portantiero— sostenemos que en el caso ecuatoriano asistimos a la presencia de "semiestados", de forma que "no logra establecer plenamente las condiciones ni de soberanía hacia el exterior ni de hegemonía hacia el interior, no logra cumplir a plenitud con la doble función estatal del capitalismo, o sea proyectarse hacia afuera como una unidad de autonomía y centralizar hacia adentro una unidad de hegemonía" (3). Esta paradoja no resuelta por la dominación que vivimos es lo que debemos esclarecer al interrogarnos sobre el proceso constitutivo de la dominación burguesa en nuestro país.

El desarrollo del imperialismo hacia finales de las últimas décadas del siglo anterior, que coincide con la ampliación de las exportaciones en nuestro país, no es casual sino que sienta las bases necesarias para la emergencia de la fracción burguesa agroexportadora que aspira al poder político del estado. Este proceso se inicia con anterioridad al triunfo de la Revolución Liberal y lo encontramos gozando de una presencia importante en la época de los regímenes garcianos.

El que tradicionalmente se haya mirado al régimen garciano como la antítesis de la dominación liberal resulta de un error analítico que cegado por la lucha ideológica no descubre el terreno económico común que aliente y constituya el enfrentamiento. Sin duda, la época garciana se asienta en robustecer los procesos de acumulación al promover la vinculación del país al comercio exterior, hecho éste que alienta el robustecimiento económico de la burguesía agroexportadora en camino de solidificación, como la fracción de clase en la punta del desarrollo capitalista ecuatoriano; el compadrazgo se manifiesta en un incentivo a la agricultura que servirá a la ampliación del mercado interno. En esta dirección se encuentran también los intentos de integración nacional por el desarrollo vial y la comunicación entre las dos regiones principales del país: sierra y costa. El impulso a la minería, a la industrialización y a la educación técnica ilustran claramente el empuje hacia el capitalismo que promueve el régimen de García Moreno.

La concentración del poder, su centralización y el robustecimiento institucional que configura el absolutismo garciano nos coloca en situación de afirmar que: no es el garcianismo un aliado de los tradicionales terratenientes serranos, sino más bien el intento por establecer un modelo autoritario y represivo, brutal, de imposición del capitalismo en el país; modelo que plantea construir el consenso nacional y la legitimidad ideológica necesaria a su reproducción bajo el mando de la Iglesia. Las bases de la acumulación se afianzan en la sobreexplotación y la legitimidad, en el control ideológico directo y omnipotente por parte de la Iglesia.

Sucediendo que el desarrollo capitalista se presentaba con urgencia para el país, tanto por las determinaciones internas que hacían imposible la sobrevivencia de formas productivas atrasadas como por las determinaciones externas que allanaban el camino para la penetración imperial, la disputa liberal conservadora no se da en términos de negar las necesidades de modernización del país sino más bien en los modos, los caminos para acceder al preciado progreso. En esta disputa, la concentración del poder en manos del estado, su ampliación y su intervención directa en la planificación económica, nos permiten constatar que la clase que pretende históricamente constituirse como hegemónica, precisa del estado, lo utiliza como el instrumento idóneo que permite tanto el desarrollo de la clase como la construcción de un estado moderno acorde a sus necesidades de reproducción y desarrollo. De este modo, el drama del estado y de la clase burguesa que aspira a la hegemonía corren paralelos: los avatares del estado que postula su modernización y las indefiniciones de la clase burguesa que se configura y construye su hegemonía, se dan la mano y nos informan del desarrollo general de la sociedad ecuatoriana.

La revolución alfarista de 1895 surge de la contradicción anotada y del intento por solucionarla. Sin entrar en detalles, debemos afirmar que la dominación liberal impone, robustece y profundiza las medidas que ya se iniciaron en el régimen garciano; una salvedad importante de analizar es la disputa ideológica presente y que ahora se dirime en favor de lograr la independencia del estado frente a la Iglesia, de lograr su separación y, sobre esa base, afirmar el proceso de distanciamiento entre sociedad civil y sociedad política. En este aspecto, las consignas libertarias proclamadas por la revolución alfarista se traducen en transformaciones de orden democrático cuya más alta expresión se encuentra contenida en la constitución política de 1906. En efecto, la separación y subordinación de la Iglesia frente al estado quedan establecidas; los derechos fundamentales de ciudadanía son reconocidos al tiempo que se expresan disposiciones especiales tendientes a la

protección de la "raza indígena", declaración esta última que se implementa en términos de eliminar la contribución territorial, el trabajo subsidiario de los indígenas y la prisión por deudas.

La Revolución Liberal, en los términos en los que la venimos analizando, nos lleva a sostener que lo que está propiamente en disputa a la hora de las transformaciones anotadas, no es en ningún caso el tipo de dominación a implementarse, ella ya se ha definido con anterioridad y lo que ahora se ha hecho es otorgarle carta de ciudadanía: la dominación capitalista se reconoce, legítima y afirma con el triunfo liberal.

Ahora bien, la imposición del tipo de dominación no soluciona todavía la forma de su realización; es decir, habiéndose establecido qué clase ha de pilotear el proceso de desarrollo, quedaba por resolver el pacto de esa dominación, la manera en que las distintas clases articularán su proyecto propio de reproducción y sobrevivencia y, en esa medida, el establecimiento de la fracción de clase que lidere y controle la forma de reproducción del capital.

Desde nuestra manera de analizar el período, sostenemos que en la hora de las transformaciones liberales se luchaba con vigor por definir la forma concreta de imposición del capitalismo en nuestro país, de ahí que en ese momento estaban en juego las transformaciones democráticas que harían el terreno para un posible desarrollo nacional del capitalismo o la limitación de esas transformaciones que abrirían el paso a un lento y reaccionario modelo de dominación burguesa. Esto último es lo que efectivamente sucede en razón de la hegemonía lograda por la burguesía ecuatoriana articulada al capital extranjero y por la ausencia de una burguesía nacional que lidere un proceso de acumulación interno.

Nuestra afirmación se evidencia si miramos que, luego de la derrota de los alfaros en 1912, es la dominación en su forma oligárquica la que lidera el proceso. El estado adjetivado como oligárquico supone una compenetración profunda entre clase hegemónica (burguesía agroexportadora) y estado constituido bajo un

modelo que, por una parte impulsaba un conjunto de transformaciones requeridas por la clase en general y, por otra parte, una política económica proteccionista del sector primario exportador, articulado al dominio imperialista.

Las medidas económicas que favorecen el mantenimiento y reproducción de la clase en su conjunto significan una continuación del modelo económico que encontramos en el garcianismo, que se continúa en la etapa conocida como progresista y que ahora se desarrollaba en el más alto nivel con el liberalismo. Las medidas de protección al sector agroexportador y que muestran la dirección hegemónica de una burguesía decididamente articulada al capital internacional, se reflejan al revisar las políticas de endeudamiento fiscal con la banca privada y al constatar el volumen de exportaciones e importaciones que, dada la vulnerabilidad del estado ecuatoriano frente a la exportación del cacao, obligan a un crecimiento económico basado en los réditos arancelarios de la exportación cacaotera.

A pesar del crecimiento industrial registrado en los primeros años del régimen liberal, las políticas económicas del estado ecuatoriano están dirigidas a la protección del sector agrario exportador. Es por esta misma razón que desde un ángulo económico se expresa una contradicción que obliga a que, en función de orquestar un proteccionismo a la burguesía dependiente, se imponga un impulso a la autonomización relativa del estado.

Es la crisis de exportación del cacao la que viabiliza, entre otros factores, el readecuamiento de la dominación en función de salvar a un estado que se construía sin marcar su independencia relativa frente a la clase hegemónica. La propia necesidad de la clase dominante que cobra conciencia con la emergencia del movimiento popular en el año 1922 y la crisis cacaotera que se inicia aunque atenuada en esos años, promueven una modernización del aparato estatal que se hace presente con claridad a partir del gobierno de Isidro Ayora a finales de la década del 20.

Por lo dicho debemos concluir que la pugna interburguesa en

aquel período no es propiamente la de una confrontación entre burguesía dependiente y una burguesía nacional industrialista que posibilitara una acumulación interna de capital. Las reformas y correcciones en el sistema cambiario, arancelario y monetario, no hacen más que garantizar la distribución de los escasos ingresos provenientes de una exportación en decadencia, de manera tal que se asegure la sobrevivencia de la clase hegemónica, de la mantención del bloque en el poder, lo cual desde luego no sucede sin conflicto.

En aquel período no están en juego dos formas concretas de hacer el estado. La burguesía dependiente sin lugar a dudas había probado su empuje y su fuerza tanto a la hora de la Revolución Liberal como en los momentos de crisis de la exportación cacaotera. El estado ecuatoriano en ese sentido siempre ha sido un estado interventor: para definir la dominación de la burguesía al momento de la revolución, para asegurar la reproducción y consolidación de la burguesía dependiente en los tiempos del auge cacaotero y para salvar sus sostenimientos o sobrevivencia en los tiempos de crisis; interventor en este único sentido, lo que le conduciría a la propia modernización del aparato estatal pero que en ningún momento le haría actuar en la economía en términos de organizar el desarrollo de un capitalismo autónomo o nacional clásico.

Envuelta en la construcción de un modelo de desarrollo dependiente, la gran debilidad del estado ecuatoriano se traduce en la obligatoria necesidad de construir su hegemonía hacia el interior, sin contar para ello con un sustento económico que lo respalde. Las alianzas con los terratenientes serranos ilustrarán esa debilidad de la clase dependiente hacia el exterior y dominante pero no dirigente hacia el interior. Las constantes crisis de legitimidad y representatividad política por las que está atravesada la sociedad ecuatoriana del período indican precisamente esta contradicción y la necesidad de su solución.

III. NACIMIENTO, DETERMINACION Y POSIBILIDAD DE LOS PARTIDOS POLITICOS.

La sociedad ecuatoriana luego del triunfo liberal en 1895 como lo hemos visto, inicia su proceso de organización con un estado moderno que separa la vida pública de la vida privada. Este proceso de un desarrollo desigual, por las mismas características de crecimiento y reproducción del capital dependiente que no alcanza a legitimar su hegemonía hacia el interior de la sociedad construida, señala los límites de la mediación que están llamadas a cumplir las organizaciones partidarias.

En términos estrictos, la voluntad de crear un estado moderno, conforme a los postulados y los lineamientos de inspiración francesa y norteamericana, no pueden cumplirse a cabalidad en un país que no ha vivido una transformación democrático-burguesa; es más, las posibilidades mismas de esa transformación son prácticamente imposibles dada la vulnerabilidad de la burguesía ecuatoriana articulada al capital internacional y carente de fuerza propia en el interior del país que le permita sostener un proceso centralizador e integrador a nivel nacional.

Las alianzas que se establecen entre las clases dominantes ecuatorianas constituyen un poder distante de la sociedad civil que en su inmensa mayoría no mira al estado como el lugar a donde o ante quien debe jugar su propia realidad. El pueblo campesino indígena, en su gran mayoría analfabeto y los campesinos migrantes que llegan a las ciudades, constituyen una inmensa población separada y ajena a la disputa política. Son las élites dominantes, los pequeños núcleos de artesanos y obreros y, sobre todo, las capas medias, las que instalan el ejercicio político en el país como una actividad que se viabiliza a través de la acción de los partidos políticos. No debe olvidarse, sin embargo, que las élites dominantes, por su propia experiencia del hacer político, son mucho más proclives al ensayo de un poder autoritario e impositivo, alejado de los mismos principios democratizadores a los que ideal-

mente aspira. Súmese a esto la presencia de un militarismo caudillesco que cruza la historia patria desde la emergencia de la república y que actúa como garante del sistema que se constituye, sobre todo a partir de la Revolución Liberal.

Hablamos de una sociedad en la que las transformaciones democráticas burguesas no han podido cumplirse y donde el ejército, a más de garante del poder político de los civiles, interviene y define directamente los conflictos que se presentan dentro del bloque dominante. Los intentos legitimadores del ejercicio del poder en el país, en el orden interno, desde la perspectiva de las clases dominantes, no se ejecutan a través de los partidos políticos. Vivimos más cerca de la imposición y el autoritarismo, alejados de la democratización; las tareas de legitimación siguen en manos de la Iglesia o de la presencia de personalidades fuertes y atractivas que obren el consenso sobre el conjunto del pueblo multiforme y disperso; si esto falla, siempre está abierto el camino para las dictaduras militares.

En la realidad presentada, las posibilidades de una intermediación política a través de las organizaciones partidarias no se logran en el país bajo el impulso de la clase dominante. Hasta antes de la década de los veinte no podemos hablar con propiedad de la existencia de partidos políticos en nuestro país. Los núcleos liberales y conservadores nacidos del conflicto anterior a la Revolución Liberal constituyen más corrientes de opinión, clubes doctrinarios o, en el mejor de los casos, organismos militares y revolucionarios, como sucede con el liberalismo machetero, pero en ningún momento se presentan como organizaciones políticas de carácter nacional que aspiren a construir el consenso del pueblo con miras a la toma del poder político y su ejercicio. Enfrentados a la lucha del momento, la divergencia liberal - conservadora plantea a las élites dominantes lo que consideran las mejores formas de organización del poder y de dirección a la sociedad por parte del bloque que lucha por definir el liderazgo en su interior.

Entre los conservadores destaca una posición que aspira a la

conformación de una forma autoritaria del hacer político, con un ejecutivo fuerte y un parlamento sin mayor capacidad de decisión; la creación y el mantenimiento del consenso siempre está confiado a la Iglesia, y es en este punto donde la distancia ideológica con los liberales se torna más tirante y antagónica. Es preciso reconocer, sin embargo, que entre los conservadores obran corrientes como la progresista que reconoce los peligros del autoritarismo y está más dispuesta a sostener procesos que lleven a una mayor democratización de la vida política en el país. Los tibios progresistas en torno al problema religioso se oponen a una intolerancia ciega y abogan por una protección especial del estado a la Iglesia. Las tendencias conservadoras anotadas plantean al país un reconocimiento a García Moreno como su máximo predecesor y líder; claro que las tendencias moderadas que serían poder con Antonio Borrero Cortázar en 1875 o las que fundarían el Partido Católico Republicano en 1883, prefieren no ser confundidos con el despotismo de su predecesor.

Entre los núcleos liberales es preciso reconocer por lo menos dos tendencias: una doctrinaria-intelectual que reclamaba profundas transformaciones en el ordenamiento jurídico-político y que sostuviera el debate ideológico por la laicización del estado, fracción ésta que, dependiendo de las circunstancias, estuvo dispuesta a la solución pacífica de las controversias dentro del bloque dominante o que también estuvo dispuesta a reclamar el apoyo hacia la corriente revolucionaria o "machetera" liderada por Alfaro; es esta corriente del liberalismo la que reclama una acción popular concertada a nivel nacional para derrotar al conservatismo y que, en esa medida, constituye el referente más explícito que nos permite hablar del partidismo en nuestro país. Sin embargo, su límite principal está en no haber delineado un proyecto político claro y coherente o, aunque lo haya prefigurado, en la lucha por el poder no habría logrado definir qué haría con él; es por ello que la burgue-

sía comercial y agroexportadora que los apoyaba impuso pronto los límites a esta vertiente que postulaba transformaciones democráticas de mayor y profundo alcance.

La fundación del Partido Liberal que intenta condensar las distintas corrientes que actúan a su interior con gran autonomía, se remonta a una época de estabilidad política y de tregua en el bloque en el poder: 24 de Julio de 1890. Con este hecho formal no se solucionan las discrepancias internas y es por ello que la corriente doctrinaria y civilista está siempre dispuesta a trazar con los gobiernos conservadores; el liberalismo machetero por su parte reclama una toma violenta y revolucionaria del poder; ésta es la tesis que triunfa históricamente cuando se produce la Revolución Liberal en 1895. Pero si bien se llegó a hacer gobierno y se lograron transformaciones de gran alcance histórico, no se puede hablar propiamente de una revolución democrático-burguesa sino de una gran transformación superestructural que coloca al estado en situación de intervenir y garantizar la dominación de la fracción burguesa agroexportadora en el proceso de consolidación del capitalismo dependiente en el país.

Establecida la hegemonía burguesa, los núcleos liberales carentes de unidad en los postulados de su acción, se dividen y multiplican en propuestas que reclaman transformaciones radicales en la sociedad o reformas moderadas, propuestas que se reflejarán en los distintos caudillos liberales: Eloy Alfaro, Leonidas Plaza, Manuel Franco, Carlos Concha, Flavio Alfaro, Pedro Montero, etc. Aunque es preciso una investigación de las diferencias políticas que animan a los líderes liberales, vale resaltar que: más allá de las ambiciones personales que de hecho pudieron existir entre los cuadros que hicieron la Revolución Liberal, de fondo están las discrepancias en torno a la manera precisa de construir el desarrollo y el progreso del capitalismo en el Ecuador.

La dominación oligárquica, tanto económica como política, lograda sobre las cenizas de Alfaro y la alianza que establece Leonidas Plaza con Francisco Urbina Jado, gerente del Banco Comer-

cial y Agrícola; las luchas internas libradas entre los caudillos liberales, a las que antes nos referimos; las reformas jurídicas establecidas: ley de registro civil, ley de cultos, abolición del concertaje y de la prisión por deudas; los intentos de alianza entre liberales y conservadores que se reflejan en el apoyo a la candidatura del liberal Carlos Rodolfo Tobar, en la incorporación de un conservador en el gabinete de José Luis Tamayo y los acercamientos a que aspira Plaza en 1913 y con motivo de los triunfos del General Concha en Esmeraldas, nos informan de las aspiraciones de la burguesía agroexportadora a la que no le interesa nada más que constituir un sólido bloque en el poder, que lleve adelante las reformas necesarias a su reproducción y desarrollo; nos informa además de la inconsistencia de la organización partidaria liberal que no cumple otro papel que el sostener las discrepancias internas bajo los límites que permite el aparato construido.

Las tareas legitimadoras y suscitadoras del consenso siguen en manos de la Iglesia, la misma que es enfrentada por la fuerza del poder que con el apoyo del ejército en franco proceso de profesionalización luego de que se dictara su ley orgánica en 1906, sostiene al gobierno plutocrático que promueven los grupos liberales.

Los grupos conservadores, ante la derrota sufrida por el ascenso liberal, tratan de recomponer su imagen durante las primeras décadas de este siglo introduciendo reformas a su ideario. Estas reformas son el producto del antagonismo generado por la acción fraudulenta que practica la oligarquía en aquellos años. En esta perspectiva se abanderan de un discurso que reclama la vigencia de las garantías democráticas y el respeto a las libertades públicas, utilizan como siempre su invocación religiosa para ganarse el respeto del pueblo. Sin embargo de esto, se mantienen discrepancias con recalcitrantes conservadores o se intenta sostener una alianza más estrecha con los grupos liberales en el poder, razón esta última que les hace ocupar puestos en el ministerio de relaciones exteriores en la época de los gobiernos plutocráticos.

Los hechos relatados que nos dan cuenta de la acción de liberales y conservadores, de sus intentos de alianza, de sus discrepancias públicas y de sus acercamientos en el momento del disfrute del poder, señalan la medida propia en la acción de estos grupos aliados en tareas que los acerquen al reparto de los fondos que se canalizan a través del estado. Su actuación no está interesada o dirigida a construir organizaciones con representatividad y estructura nacional, que organicen el consenso y que propongan proyectos definidos para las tareas políticas y económicas que enfrenta el país. Alejados del pueblo y enfrascados en las luchas intestinas que se dan al interior del bloque dominante, negocian la sobrevivencia de los grupos de poder y presión económica a los que representan, sin apelar jamás a la organización popular. Hablamos entonces de alianzas y pactos de dominación, de clubes electorales, de figuras con ascendiente social, pero en ningún caso de organizaciones políticas que se planteen copar el espacio de mediación entre sociedad civil y sociedad política, tanto más que ese espacio se llenaba por la negociación directa dentro del bloque dominante y en alianza con el militarismo en proceso de consolidación al interior y en medio de los conflictos del bloque dominante.

Mientras se resolvían las divergencias entre liberales y conservadores y se consolidaba el dominio plutocrático que garantizaba la hegemonía burguesa agroexportadora, el movimiento popular había librado su propio crecimiento organizativo que se iniciara a fines del siglo anterior y que se robusteciera bajo el amparo de la misma Revolución Liberal. Las organizaciones mutuales, de artesanos, los sindicatos de los trabajadores de servicios, un pueblo descontento y unas capas medias frustradas por la inconclusa Revolución Liberal, con un ímpetu sorprendente en 1922, año en el que también la burguesía en el poder resuelve sus temores librando una demostración de fuerza que saluda con bala el primer gran estallido del 15 de Noviembre. Desde entonces ya no es posible encerrarse en peleas domésticas dentro del bloque dominante; está presente una nueva fuerza social que abre un boquete de esperanza

en la historia nacional.

Las huelgas artesanales, obreras y de ciertas ramas de empleados privados se registran en el país desde el inicio mismo de los gobiernos liberales. Existía ya una cierta organización sindical que se manifestaba sobre todo en el puerto principal. Es la sociedad cosmopolita de cacaoteros "Tomás Briones" la que denunciando una práctica conciliatoria de parte de la Confederación Obrera del Guayas, logra la conformación de la Federación de Trabajadores Regional Ecuatoriana (FTRE) en su primera asamblea general que se realiza el 15 de octubre de 1922 bajo el lema "Pan, Libertad, Amor y Ciencia".

El avance organizativo registrado es el producto del profundo descontento que se generó por las medidas devaluatorias y el consecuente encarecimiento de la vida promovidos para solucionar la crisis de exportación cacaotera; es también el resultado del fecundo trabajo de grupos que autoproclamados como anarquistas y socialistas libran una batalla por la organización popular que no tiene precedentes en el Ecuador; dichos grupos son: el Centro Socialista Nacional (1920), el Centro Gremial Sindical (1920), Verbo y Acción (1921), Centro de Propaganda de Ideas Libertarias —resultado de la fusión de los dos primeros nombrados—, Centro Feminista Rosa Luxemburgo (1921), entre otros. Los hombres dedicados al trabajo por la organización popular son: Alejo Capelo, Jorge Briones, Amadeo Rojas, Luis Maldonado, Narciso Veliz, Manuel Echeverría, Abel González, Aurelio Romo, Alejandro Atiense y Genaro Elías entre los más destacados.

El 15 de Noviembre de 1922 no puede ni debe considerarse como una respuesta organizada del pueblo contra el capital. Los dirigentes de ese movimiento fueron arrastrados por el empuje popular que luchaba por dos objetivos muy precisos: alza salarial y respeto a la jornada laboral de 8 horas; se trata, eso sí, de la primera exhibición de capacidad organizativa, de poder de convocatoria y de solidaridad clasista que interrumpe bruscamente la luna de miel oligárquica. En este mismo sentido, se debe reconocer que la

dirección para el pueblo que hizo presencia en noviembre de 1922 se reclamaba con urgencia.

La práctica organizativa librada por los pequeños núcleos "anarquistas" y "socialistas" no demuestra ninguna claridad ideológica que delineara un objetivo político definido para la lucha popular; se trata más de rabiosos y románticos coleccionistas de ideas libertarias que pueden cuajar en un pueblo sin tradición política y ante la ausencia de un referente político que logre dirigir su descontento.

Por los motivos aludidos, la emergencia popular de esos años, aunque sufriera inmediatamente un revés organizativo, abrió el camino para la preocupación seria de liberales, conservadores y de los primeros grupos de adhesión ideológica con la izquierda. A partir de entonces, la acción partidaria debe extenderse hacia esa nueva fuerza social que ha crecido en la orfandad creada por los grupos dominantes.

El espacio de una multiforme y variada gama de sectores sociales desposeídos y ausentes de la escena política debe llenarse con la presencia de las organizaciones partidarias. Es por este hecho que podemos afirmar que el nacimiento partidario en nuestro país es el resultado de la lucha popular que exhibe su reclamo para discutir el poder con el bloque dominante. Efectivamente y como resultado directo de esos hechos se remozan el Partido Liberal y el Partido Conservador y se funda el Partido Socialista. La llamada "Revolución Juliana" también contiene entre sus determinaciones los hechos reseñados. Resaltemos de estos acontecimientos algunas consideraciones de importancia.

Desde que se dictara la Ley de Elecciones en 1900, el fraude electoral había sido el trampolín preferido para que los liberales se mantengan en el poder. Este hecho de la política que acompañara al sostenimiento en el poder de la burguesía agroexportadora costeña y de la plutocracia bancaria, había concitado el repudio popular cuya máxima expresión se hiciera sentir el 15 de Noviembre; la vida partidaria, como lo hemos anotado, no rebasaba el

círculo estrecho del bloque dominante; el ejército que se había profesionalizado durante los gobiernos oligárquicos, pero que mantuvo como herencia revolucionaria la defensa de las instituciones democráticas que funcionaron como pantalla para el desarrollo burgués dependiente, estuvo presto para dirimir las controversias dentro del bloque en el poder.

Luego del fraude electoral que entregara el gobierno en manos de Gonzalo Córdova contra el Coronel Lasso y ante la ausencia de una acción partidaria que lograra legitimidad para el dominio burgués, las fuerzas armadas acometen en un golpe de estado dirigido a corregir los horrores de la dominación oligárquica y a instalar de una vez por todas, el funcionamiento de una democracia formal que garantice la reproducción estable del sistema capitalista. De lo que se trata es de conformar un estado moderno que configure un sistema de representación y discusión clasista dentro de los marcos formales que legitimen la reproducción de la clase burguesa con independencia relativa de las fracciones hegemónicas en el ejercicio del gobierno. En esta línea, la llamada Revolución Juliana aspira a cumplir decididamente el marco romántico y formal de la democracia burguesa. Esto lo comprobamos si reparamos en las declaraciones que hiciera el Mayor Juan Ignacio Pareja, presidente de la Junta Militar; dice entre otras cosas: "Entre Rusia y el Ecuador hay mucha diferencia; la condición del proletariado de allá era muy distinta a la de aquí. En el Ecuador nadie padece de hambre, ni a nadie le falta trabajo. Lo que precisa es reglamentación y sobre todo ilustrar a los obreros". Sigue la propuesta liberal por la educación y la cultura. Respecto a los partidos políticos manifiesta: "El liberalismo se ha desgastado, ha pregonado la libertad conquistada en 1895, que significa indudablemente una fecha gloriosa para el país, porque de allí se desprendieron innumerables conquistas civilizadoras, pero esa misma libertad tan pregonada ha servido para que con ella se oculten muchas ignominias. El conservadorismo no ha andado menos feliz, si bien es verdad que el conservadorismo garciano ya no existe, tanto ha evo-

lucionado, ideológicamente hablando. Pero sea de esto lo que fuese para el Ejército no hay partidos, lo que existe es la Patria y lo que quiere es su progreso, su bienestar, su engrandecimiento, que tengamos una República de verdad y no la que han ideado para aprovecharla en su beneficio los políticos" (4).

Sigue en pie la cantaleta del progreso y el desarrollo manejada desde los tiempos de la Revolución Liberal. Los llamados patrióticos no encaran en ningún momento la articulación y la dependencia al capital internacional, es más: la modernización estatal es dirigida inmediatamente por asesores norteamericanos. El interés patrio de la burguesía ecuatoriana no encuentra conflicto con los intereses imperiales. Desde luego, estas aspiraciones no pueden cumplirse de una vez y sin conflicto, dado el desigual y reaccionario desarrollo del capitalismo en nuestro país.

Es de anotar que el discurso patriótico, de convocatoria nacional y de diatriba antioligárquica también responde al desarrollo de la lucha popular. No está cuestionado el estado como una institución de dominio de clase, está cuestionada su organización; es hora de crear segmentos para la disputa entre las clases y para determinar reglas claras que decidan la hegemonía en el bloque dominante. Esta es la tarea y en esa línea apunta la historia. Son los conflictos que presenta la constitución de un estado moderno en una sociedad dependiente y desarticulada como la nuestra lo que está en juego en la historia posterior ecuatoriana. La burguesía debe decidir sus disputas económicas, las capas medias su sobrevivencia y los sectores populares, su organización y desarrollo alternativos.

Los conflictos al interior del bloque dominante eran paliados vía el fortalecimiento del poder público a través de regular las recaudaciones fiscales, lo que se traduce en un fortalecimiento orgánico del estado como aparato de dominio. Pero las relaciones entre la sociedad civil y la sociedad política quedaron sin resolverse; la organización popular con sus luchas obligaba a ciertas resoluciones que el estado las funcionalizaba a través de nuevas insti-

tuciones que para ese efecto se creaban. Las tareas por la legitimidad y el consenso en la dominación, estaban suspensas; es la hora de los movimientos políticos y las organizaciones partidarias.

EL FUTURO DE LOS PARTIDOS POLITICOS. Sin duda, la estabilidad de un sistema político está en estrecha relación con la fortaleza de sus organizaciones partidarias, que logran crear el consenso y mantenerlo a través de sus tareas propias de movilización, agregación-funcionalización y canalización de las demandas que brotan de la sociedad civil. Pero el desarrollo propio de nuestro sistema político hasta 1925 no ha permitido que esas funciones se hayan cumplido a través de los partidos políticos: la acción de la Iglesia y el militarismo siempre en acecho han logrado mantener la distancia entre el pueblo y su representación. La integración de los ciudadanos a la vida pública del país no se ha conseguido; es la dominación vertical la que siempre se ha impuesto, pero ahora la presencia popular exige nuevas respuestas. El estado acompaña a su propuesta modernizante una regulación de las relaciones capital-trabajo y una definición de los procesos de representación pública. Les toca a las organizaciones políticas el plantear su alternativa ante un estado que se construye en medio de la emergencia dispersa de un conjunto de segmentos sin representación que conforman la sociedad civil ecuatoriana creada por un desarrollo reaccionario del capitalismo.

El levantamiento popular de 1922 había por fin revelado la imposibilidad de los grupos dominantes para lograr el consenso de las grandes mayorías de la sociedad civil. Parece ser este el inicio del tiempo histórico para la izquierda que se encuentra dando los primeros pasos que configuren su identidad y camino histórico. La derecha liberal y conservadora, huérfana del respaldo popular, tiene que crear el espacio a través del cual promueva el empeño de legitimación del que carece.

Los conservadores y liberales, antes agrupados en torno a ciertos ejes ideológicos que apelaban a un referente católico o de-

mocrático para lograr la convocatoria necesaria dentro de la sociedad civil, estaban ante el reto de ampliar su base política de tal manera que se concitara el consenso de parte de la sociedad civil; esta empresa aglutinante se conjuga también con la definición de una respuesta que resuelva las controversias sobre la dirección económica y política que debe tener el estado ecuatoriano. Sin embargo la sociedad civil de un desarrollo desigual había creado un pueblo resultante de la suma de segmentos diferentes donde la única respuesta válida es la solución a sus precarias condiciones de vida. El poder resolver, aunque sea mínimamente esta situación, hace el espacio para la credibilidad de una propuesta política. Los grupos de presión económica que a ese tiempo controlan la vida pública del país, no están —por sus propios intereses— dispuestos a dar pasos en esa dirección; la crisis de las exportaciones cacaoteras les encerraba en esta paradoja: por un lado garantizar su sobrevivencia económica y por otro, ensayar su sobrevivencia política. Los dos extremos de la paradoja se tocan y es por eso que pese a la renovación doctrinaria que impulsan tanto conservadores como liberales, la capacidad de representación es casi nula.

Por las razones anotadas es que los grupos de poder económico utilizan las distintas tiendas políticas con el afán de garantizar su sobrevivencia en el ejercicio del poder. En este sentido las organizaciones políticas de la clase dominante se presentan como los comodines que en cada coyuntura aparecen para legitimar la existencia o permanencia en el poder de parte de los grupos de presión económica.

Es necio desconocer que entre aquellas fracciones de la burguesía y los latifundistas de la clase dominante existan discrepancias; lo que sí desconocemos es que esos grupos tengan la capacidad para ofrecer propuestas alternativas. El capitalismo dependiente ya había definido con solidez su reproducción en nuestro país.

La ausencia de representación política para los grupos hege-

mónicos había creado el espacio para las organizaciones políticas de izquierda; en ellos estaba la tarea por organizarse y construirse en un camino que defina una alternativa histórica viable y creíble para ese conjunto disperso que constituía el pueblo de esos años. La tarea era gigantesca: dar respuestas políticas y organizativas que orienten tanto un proyecto distinto al del desarrollo capitalista dependiente como una respuesta orgánica que unifique en una esperanza común la multiforme y segmentada realidad que hace el pueblo ecuatoriano.

Si bien se había decidido el desarrollo capitalista dependiente y no existía posibilidad para la construcción de un desarrollo autónomo del capital por la ausencia de una fracción de clase que lleve adelante esa tarea, no existe en el país un proletariado mayoritario ni una fuerza organizada que recoja los postulados que vengan de la izquierda; por eso el dilema que enfrenta a los revolucionarios ecuatorianos de ese período se resume en construir y construirse, la organización popular y el partido político. La urgencia es hacia las masas y ellas mismas están privadas de identidad y perspectiva.

Claro que la izquierda se encuentra con ventaja frente a los grupos dominantes en la posibilidad de generar hacia ellos el descontento popular existente, pero la inestabilidad política que se vive les coloca en situación de explorar a cada momento sus actitudes ante el poder. Un estado que se moderniza al calor de disputas internas dentro del bloque dominante hace que la izquierda tenga siempre en su mira el problema del poder. Esta es otra determinación que obliga a una resolución política que afronte con claridad tanto las perspectivas de gobierno como la toma del poder. De la capacidad que tenga la izquierda ecuatoriana para definir el dilema de participar en la política nacional y de jugarse allí su propuesta alternativa, depende también su crecimiento como propuesta histórica a la sociedad conjunta que hacen los dominados o que en la resolución de ese dilema sea envuelta y funcionalizada como mediadora de las contradicciones que amenazan al bloque

dominante; en otras palabras, de que se construya como fuerza revolucionaria o como tendencia reformista.

NOTAS

- (1) Moreano Alejandro, "Capitalismo y Lucha de Clases en la Primera Mitad del Siglo XX", en "Ecuador Pasado y Presente", p. 144. Editorial Universitaria, Quito, Ecuador, 1976.
- (2) Ibid, p. 194
- (3) Portantiero Juan Carlos, "Estado y Sociedad", en "Investigación Económica, Estado, Política Económica y Cambio social"; revista de la Facultad de Economía de la Universidad Autónoma de México, No. 152, abril-junio, 1980.
- (4) Ortiz Villacís Marcelo, "La Ideología Burguesa en el Ecuador", p. 69, sin editorial, año de 1977.

PROYECTOS HISTÓRICOS, NACIÓN Y CULTURA

María Augusta Vintimilla

El primer momento de constitución de una conciencia nacional en América Latina puede ubicarse a lo largo del proceso que desembocó en la independencia, cuando reivindicaciones de clase de muy diverso origen, surgidas desde los distintos estratos de la sociedad colonial, confluyen en un interés común: la ruptura del colonialismo. Sin pretender desconocer la heterogeneidad de objetivos de las clases y grupos que conforman el bloque independentista, es posible advertir la presencia de un elemento unificador que, sin anular las diferencias internas, se expresa en una conciencia de diferenciación frente a lo español; dadas las condiciones históricas específicas que configuraron ese proceso, ninguno de los sectores republicanos se concebía a sí mismo de otro modo que no fuera como "americano" puesto que no habían surgido aún las determinaciones que les permitieran pensarse como "mexicanos", "ecuatorianos" o "venezolanos". El primer germen de un concepto de nación autónoma aparece así como nacional hispanoamericano, a partir de la unidad forjada por una tradición histórica y cultural similar y un enemigo común. Bolívar es el más

coherente representante de este proyecto nacional y es quien lo formula de manera orgánica y precisa (1).

Pero el proceso no tuvo continuidad; la independencia de las antiguas colonias liquidó toda posibilidad de materialización de una nación latinoamericana desde el momento en que prevalecieron los intereses localistas de las clases terratenientes; la aristocracia feudal, usufructuaria de la independencia, levantó murallas y fronteras regionales que, a lo largo del siglo XIX, demarcaron los Estados republicanos, piso originario de los posteriores Estados nacionales.

Este proceso de balcanización configuró los espacios económicos y geográficos de la dominación terrateniente. Para los señores de la tierra, descendientes de los antiguos encomenderos, la cuestión del poder no aparece planteada bajo los términos de una necesaria dirigencia sobre el conjunto de sectores que formaban la sociedad republicana. La aristocracia terrateniente fue una clase numéricamente reducida cuyo poder reposaba en la propiedad de la tierra. El poder político, aún indiferenciado del económico, aparece como privado, es decir, derivado directamente y sin mediaciones del poder económico. La fuerte fragmentación regional y el predominio de relaciones precapitalistas que actúan como elementos centrífugos que impiden la consolidación de una verdadera sociedad nacional, determinan la dispersión del poder en espacios regionales y locales, con características feudales.

Aislada de las grandes masas por la ausencia de un sustrato histórico y cultural común, la aristocracia no constituye una clase nacional. La filiación colonial de sus orígenes, la conservación de sus privilegios de casta, y una ideología patriarcal y racista le llevan a elaborar un concepto de nación elitista y excluyente. Para la concepción aristocrática, el proceso de formación nacional aparece perfectamente definido: desde el descubrimiento y la conquista, la colonia y la independencia, la nación ecuatoriana existe sin rupturas; ella, la aristocracia, es la esencia y la encarnación material de la nación.

En síntesis, lo que interesa destacar es que la aristocracia terrateniente no necesitó elaborar un proyecto nacional, es decir, una propuesta de desarrollo histórico que presentara sus intereses particulares como generales, articulando a sus objetivos los de otras clases. Primero, porque la independencia dejó intacta la estructura económica precapitalista que sustentaba su poder y lo consolidaba en unidades regionales. Segundo, porque no había surgido aún una clase lo suficientemente poderosa como para poner en peligro su ejercicio absolutista del poder. Tercero, porque su filiación colonial le enraza ideológicamente en España y Europa, estableciendo una ruptura infranqueable con las masas populares, en su mayoría indias y mestizas.

Las transformaciones en un sentido capitalista que se derivan de la vinculación del Ecuador con el mercado mundial por la agroexportación cacaotera, generan cambios profundos en la economía y la sociedad ecuatoriana de las últimas décadas del siglo XIX. Estas modificaciones quiebran los fundamentos de la dominación terrateniente, resquebrajan su bagaje ideológico aristocrático y señorial, y comienzan a diluir ese sentido excluyente de nación que esa clase forjara. Al mismo tiempo, las nuevas condiciones generan el espacio necesario para la formulación de un nuevo concepto emblemático de nación de características radicalmente diferentes.

Si bien tales transformaciones se concentraban fundamentalmente en la costa, dejan sentir sus efectos, con diferente intensidad, en otras zonas del país. Brevemente ellas pueden ser resumidas en las siguientes:

Surgen nuevas clases, de carácter burgués, relacionadas con las nuevas formas de propiedad de la tierra, con el comercio de exportación e importación y con las actividades financieras. Es cierto que ellas se desarrollan sostenidamente allí donde las actividades vinculadas con la producción y exportación de cacao han generalizado las relaciones salariales, pero su aparición genera procesos que alteran el panorama social del país, e introducen

una nueva racionalidad en su funcionamiento económico global.

Se forma un incipiente mercado interno, en buena medida como producto de la especialización productiva regional, que erosiona lentamente la fragmentación interna de la república; aún cuando las relaciones precapitalistas que predominan en la hacienda serrana no desaparecen sino que se vuelven funcionales, la formación del mercado interno propicia la primera integración de un espacio económico nacional.

El significativo crecimiento de las ciudades abre el espacio para la aparición de nuevas clases relacionadas con las actividades urbanas: pequeños comerciantes, profesionales, burócratas, empleados del sector de servicios públicos y privados, artesanos, y un germen de proletariado que surge en relación con la circulación de mercancías (entre ellas, del cacao) y con las actividades propias de los procesos de urbanización.

Con las transformaciones que se venían procesando lentamente y que erosionaban las bases sobre las que se levantaba el dominio terrateniente, se generaron las condiciones objetivas para que una nueva clase irrumpiera en la historia ecuatoriana, una clase que además aspiraba al poder del Estado.

Por primera vez en la vida republicana era posible y necesario que una clase social formulara un programa político que movilizara a otras clases y sectores en torno a sus intereses fundamentales, es decir, que elevara su propio proyecto de clase a una dimensión nacional. La cuestión de la identidad nacional se presentaba como uno de los núcleos ideológicos fundamentales para la posibilidad de la dirigencia política, y se convirtió en uno de los puntos de disputa ideológica entre los proyectos políticos que se enfrentan a fines del siglo XIX: el conservador aristocrático y el democrático liberal.

EL CONCEPTO EMBLEMÁTICO DE NACIÓN

Las clásicas preguntas sobre el "ser nacional": ¿qué somos

como nación? ¿cuáles son nuestras raíces nacionales? ¿hacia dónde vamos? llevan implícito el intento de elaborar, en el plano de la ideología, la personalidad social de Ecuador a partir de ciertos rasgos específicos que definirían la esencia de la "ecuatorianidad", en una selección que está determinada por los intereses fundamentales de una clase.

Toda formulación sobre la identidad nacional tiene como centro el problema de la dirigencia política e ideológica de una clase que aspira a convertir su interés de clase en una propuesta orgánica y coherente para el desarrollo de la sociedad nacional.

Se construye de este modo un concepto emblemático de nación que identifica, en un plano simbólico, el interés nacional con el de una clase en particular. El concepto emblemático de nación opera como un símbolo de congregación; por él, la racionalidad que una clase impone a la dinámica histórica aparece como la concreción y el desarrollo de la "esencia nacional".

El planteamiento del concepto emblemático de nación encierra simultáneamente una doble perspectiva:

Una interpretación teórica de la sociedad ecuatoriana que considere los procesos que en ella ocurren como partes indisolubles y armónicas, procesos que además configuran instituciones y relaciones destinadas a garantizar la pureza de la tradición nacional. Una interpretación de esta naturaleza parte de una identificación de un conjunto de elementos —la raza, la religión, el idioma, la familia, una configuración social específica— abstraídos de los procesos sociales que los engendraron, y los postula como definitivos de la nación. Ciertamente que una selección así configurada, crea al mismo tiempo un espacio de diferenciación que aparece como lo no nacional, en él quedan relegados todos los elementos y procesos que atentan contra la racionalidad que preside el concepto emblemático de nación, y que no es otra que un principio clasista.

Y una perspectiva política que defina el lugar de cada clase y grupo social en la conformación de una alianza global de los sec-

tores constitutivos de la sociedad, bajo la dirigencia de una clase fundamental. El concepto emblemático piensa a la nación como un "sujeto colectivo" que resume la totalidad de las energías nacionales, en cuya virtud se disuelven las contradicciones internas de las clases en una voluntad colectiva nacional. El interés de clase aparece así como privado y particular, frente al interés superior y general de la "nación". Al presentar su interés como la fuerza motriz del desarrollo nacional, la clase dirigente puede movilizar a las clases aliadas y dominadas, y exigir la subordinación de todas sus iniciativas al "interés nacional".

A partir de esta doble perspectiva teórica y política, toda formulación específica sobre el "ser nacional" busca configurar una nueva organicidad para la sociedad, en una dimensión abarcadora no sólo del espacio (geográfico, económico, político) de la dominación de clase, sino también del tiempo. Por eso incluye:

Una reflexión sobre el **pasado** que se expresa en la pregunta por los orígenes. La suposición básica de la que parte es la de que el ser nacional existe desde algún momento mítico de fundación y se desarrolla en un proceso contínuo, exento de rupturas. La reflexión histórica se convierte en búsqueda y elección de los símbolos adecuados que puedan legitimar el concepto emblemático de nación por su enraizamiento en una matriz deshistorizada, donde las tradiciones nacionales son abstraídas de los conflictos reales que las engendraron y las transformaron, y remitidas a un espacio intemporal que sólo puede ser recuperado míticamente.

Un análisis del **presente** para definir la clase que encarna el ser nacional y que, como tal, debe ser el sujeto protagónico de la acción política. En esa virtud se justifica y legitima la dominación de clase al ser presentada como la conducción de la sociedad hacia su destino histórico natural, como la concreción y el desarrollo del ser nacional. Al mismo tiempo, se define el lugar que cada clase y sector social ocupa como parte de la nación, y la misión que le está encomendada en el cumplimiento de ese destino histórico.

Un proyecto hacia el **futuro** que cobra forma en una determinada lógica de desarrollo histórico, que se supone la lógica propia de la esencia nacional, cuyo germen estuvo ya contenido de algún modo en el momento de fundación, y cuya materialización aparece como el pleno despliegue de las posibilidades de reproducción de una formación social específica.

DE LO NACIONAL ESTATAL A LO NACIONAL POPULAR.

El concepto emblemático de nación es una construcción ideológica, por eso las formas de existencia efectiva de la nación no pueden reducirse a las expresadas en los conceptos emblemáticos sobre el ser nacional. Las formulaciones ideológicas sobre la nación siempre encubren los conflictos sociales que tuvieron lugar en los procesos históricos reales, que son los que han ido constituyendo la nación ecuatoriana y que están presentes en su configuración y sus contradicciones actuales.

El concepto emblemático de nación encubre las discontinuidades, las rupturas y las contradicciones internas en la ilusión ideológica de la nación como unidad.

Una reflexión de esta naturaleza nos lleva a distinguir dos direcciones diferentes en el concepto de nación, con todas las variaciones y matices que se derivan de la correlación de fuerzas y de las condiciones concretas de la lucha de clases en cada momento histórico: por un lado, una entidad emblemática formulada por una clase, que parte de la identificación entre nación y Estado, que se constituye en un símbolo de congregación que rebasa ideológicamente el marco clasista y que otorga un sentido y una racionalidad al desarrollo histórico de una sociedad, en atención a un interés de clase. Por otro lado, una nación que se va configurando en procesos históricos específicos marcados por la lucha de clases y por las formas que ella asume, en condiciones históricas concretas. Esta segunda concreción no se encuentra ya en el Estado, sino en la conformación real del pueblo

nación, que se abre en una multiplicidad de intereses, relacionados con las clases que se disputan la dirección política, relacionados también con la existencia objetiva de diversas nacionalidades que reclaman su derecho a desarrollarse como tales.

Entre el concepto emblemático de nación, formulado por una clase, y la forma real de existencia de una nación, existe una serie de mediaciones porque la cohesión interna y el desarrollo histórico de una nación depende del proceso histórico social bajo el cual se forma y del carácter de la clase que lidera tal proceso.

Cuando una clase asume el poder del Estado y se vuelve hegemónica, su particular formulación sobre la nacionalidad se convierte en dominante, y es capaz de imprimir su lógica al desarrollo histórico de un pueblo. La nación se va constituyendo así con el sentido dado por el proyecto dominante, a partir de la identificación entre nación y Estado. El concepto emblemático y la forma nacional concreta coinciden parcialmente. Sin embargo, en una sociedad cruzada por contradicciones de clase, la coincidencia nunca es total. Siempre escapan a la noción de "unidad nacional" las contradicciones internas que sólo formalmente aparecen resueltas en el "interés nacional". Las formas reales de existencia de la nación conservan latentes los procesos históricos que las configuraron, por eso expresan las formas de la dominación pero también las formas de resistencia a la dominación.

Diríamos, parafraseando a Lenin, que en cada nación existen dos naciones: la que existe efectivamente como dominante, bajo la forma de lo nacional-estatal, sustentada en el proyecto histórico de una clase, y que se mantiene como dominante por la subordinación, discriminación y persecución de toda expresión opuesta a su lógica particular; y los contenidos nacional-populares que existen en forma de elementos, todavía inorgánicos y disgregados, presentes en los modos de existencia del pueblo, que se han ido configurando en el proceso histórico de conformación nacional, expresados en las diversas nacionalidades y en las múltiples formas y manifestaciones de resistencia a la dominación.

En el primer caso, a partir de la identificación entre nación y Estado, el Estado aparece como el sujeto organizador de la coherencia interna de los elementos de la nación, como el espacio de concreción material de la nación y ejecutor del "interés nacional". El Estado nacional opera ideológicamente como el espacio donde la sociedad fragmentada recupera su unidad. Y esto en un doble nivel: en el de la resolución de las contradicciones de clase en nombre de una totalidad superior, y en el de la reconciliación entre Estado y sociedad civil, entre gobierno y pueblo.

La identificación de lo nacional-estatal encubre la relación entre el Estado y la clase de la que es instrumento, y genera la imagen ideológica del Estado ejecutor de una "voluntad colectiva", nacional.

Este proceso de constitución nacional organizado y dirigido por el Estado, toma una configuración específica que depende del carácter de las clases que ejercen el poder estatal, y de la correlación objetiva de las fuerzas en cada momento histórico. El sentido de la nacionalidad dado por el proyecto histórico de una clase que se ha vuelto dominante, puede promover, estancar o hacer retroceder las formas orgánicas de la constitución nacional, de tal modo que el grado de cohesión y desarrollo de una nación depende del proceso histórico social bajo el cual se forma y del carácter de la clase que lo lidera.

A partir de estas definiciones iniciales, podemos encontrar históricamente, al menos tres formulaciones diversas sobre el concepto de nación:

- a) Un concepto no-nacional, que se define en procesos excluyentes donde no existe participación popular, que tienden más bien a la dispersión y fragmentación interna del pueblo nación y cuyo núcleo de referencia ideológica es externo. Los conceptos de nación desarrollados por la aristocracia terrateniente, más tarde por la oligarquía agroexportadora, y modernamente por la oligarquía monopólica, participan de estas características.

- b) Un concepto nacional-democrático, que busca cohesionar internamente a los elementos constitutivos de la nación, incorporando amplios sectores a un proyecto histórico, y que funcionaliza los intereses y manifestaciones de las clases subordinadas al interés fundamental de una clase dominante.

A través del concepto emblemático de nación, se presentan los intereses de una clase como el motor de desarrollo de todas las clases, aliadas y dominadas y, por tanto, como representantes de los intereses del conjunto de la sociedad, es decir, como el "interés nacional".

Si bien la formulación nacional-democrática recoge algunos contenidos populares y los incorpora a su concepto emblemático de nación, esta adopción no está hecha a partir de una identificación real con las condiciones objetivas de existencia del pueblo nación; su identificación parte más bien de lo que Gramsci llama "un sentimiento puramente "subjetivo", no ligado a la realidad, a factores o instituciones objetivas" (2), sentimiento que tiene su base en la formulación ideal de un "ser nacional" al que deben incorporarse y fusionalizarse las manifestaciones populares.

Lo característico de lo nacional-democrático es la incorporación de amplios sectores a la vida política nacional, y la funcionalización de los intereses de las clases dominadas al proyecto de la clase dirigente, en un proyecto de homogenización social que armoniza las contradicciones internas.

Las revoluciones democrático-burguesas, o los movimientos de liberación nacional liderados por burguesías nacionales tienen este carácter.

En el Ecuador, el proyecto histórico formulado en el proceso que desembocó en la Revolución Liberal, participa de las características nacional-democráticas, aún cuando no pudo consolidarse efectivamente.

Ambas formulaciones, la no-nacional y la nacional democrá-

tica consagran al Estado como el depositario, el organizador y el ejecutor de la identidad nacional, de tal modo que la preservación de la esencia de la nación supone fundamentalmente la preservación del Estado.

- c) Finalmente, un proyecto nacional-popular que se identifica con las formas de existencia objetiva del pueblo-nación y hace de sus intereses fundamentales, el eje de la cohesión nacional y de la organización social.

A diferencia de los dos anteriores, el proyecto nacional popular no se deja encerrar en la concepción esencialista que encuentra la identidad nacional ya lista y formada en un conjunto de elementos sustentadores del ser nacional (la raza, la tierra, la religión, la "psicología"); tampoco consagra al Estado como representación de la nación como unidad, ni relega al conjunto del pueblo-nación a una posición de subordinación y sometimiento de sus acciones e intereses a aquellos definidos por el Estado.

La formulación nacional popular concibe la identidad de la nación como aquella que el pueblo-nación va forjando en su propio proceso histórico social de conformación y desarrollo, a partir del reconocimiento de los diversos intereses que brotan desde las clases, del reconocimiento de las contradicciones entre esos intereses, y de la comprensión histórica de las formas que obstaculizan y destruyen el proceso de formación nacional.

LA CONSTITUCION DEL PUEBLO—NACION.

En sociedades que —como la Ecuatoriana— han estado sometidas a la dominación colonial y en las que el desarrollo capitalista se ha dado bajo condiciones de dependencia, se configura un proceso de desarrollo deformado que incide grandemente en la conformación de las relaciones sociales, políticas e ideológicas.

Uno de los resultados de este desarrollo capitalista deformado es la fragmentación interna de las clases y grupos que conforman la sociedad ecuatoriana, derivada de la heterogeneidad

de las relaciones de producción que las configuran, y de sus diversas formas de relación con el capitalismo mundial.

La existencia de formas precapitalistas, y su larga supervivencia en la república, dan lugar a un rígido sistema de estratificación social que confina en el aislamiento a los estratos populares, impidiendo su constitución como pueblo-nación. Por su parte, la matriz colonial establece grandes rupturas étnicas históricas y culturales, con un cierto sentido de castas, entre las clases dirigentes y el conjunto del pueblo: indios, negros, mestizos, mulatos, cholos, montuvios.

El pueblo-nación, como resultado de la congregación de distintas clases y grupos sociales, objetivamente explotados y marginados del concepto emblemático de nación elaborado por las clases dirigentes, va constituyéndose por una serie de transformaciones de orden económico, político e ideológico, en procesos históricos concretos que tienen su propia especificidad en cada sociedad nacional.

A grandes rasgos, estas transformaciones pueden ser sintetizadas en algunos procesos: la paulatina y desigual imposición del modo de producción capitalista que tiende a homogenizar la sociedad civil bajo un mismo tipo de relaciones sociales, superando las abigarradas formas precapitalistas que actúan como factores centrífugos de dispersión y fragmentación interna.

Este es un proceso cuyos efectos no se reducen al ámbito de lo económico, sino que generan una serie de transformaciones necesarias en lo jurídico, lo político y lo ideológico, expresados en los principios liberales de la ciudadanía como primer reconocimiento de pertenencia a una nación, la igualdad jurídica que rompe el sistema de privilegios inherentes a una sociedad de castas, la libertad de trabajo que erosiona las relaciones serviles, el derecho de sufragio que incorpora a amplios sectores a la vida política, la centralización del Estado, que tiende a superar la fragmentación de la sociedad en poderes regionales casi autónomos.

Como consecuencia de estos procesos se produce una progresiva unificación formal de los integrantes de la sociedad nacional, al tiempo que se radicalizan las distinciones efectivamente clasistas.

Estas transformaciones -cruzadas de contradicciones entre las clases que se oponen a su realización y las que exigen su radicalización— sientan las premisas iniciales para cristalizar la unidad de intereses de los sectores constitutivos del pueblo-nación, y la progresiva —aunque discontinua— conformación de una conciencia colectiva, que en procesos posteriores podrá romper con el concepto emblemático de nación formulado por las clases dominantes y, a través de esta autonomía, postularse como el eje fundamental de la constitución nacional.

En este complejo y contradictorio proceso de formación nacional, juega un papel fundamental la cuestión de la cultura nacional, en tanto que ella está sujeta a determinaciones similares a las que dan forma al concepto de nación. La cultura nacional expresa el grado de integración y cohesión de los sectores constitutivos de la nación, pero al mismo tiempo, por ser expresión de la hegemonía de una clase, la cultura nacional actúa como principio unificador que contribuye a organizar normativamente la sociedad civil, con un sentido definido por los proyectos históricos de las clases que se disputan la hegemonía.

El propósito siguiente es el de discutir, con algún grado de precisión, las categorías fundamentales que nos servirán de base para una propuesta metodológica de análisis de las obras literarias, en tanto que ellas son indicativas de algunas concepciones sobre la nación, y en tanto que se inscriben en la conformación de una determinada forma de cultura nacional.

Esta discusión tiene todavía un carácter marcadamente teórico y hasta cierto punto abstracto, pero se hace necesaria para definir el uso de algunas categorías que nos permitirán después recuperar, en términos históricos más concretos, el problema de las diversas formulaciones de una cultura nacional, y la propuesta metodológica con que las abordaremos.

HEGEMONIA, IDEOLOGIA ORGANICA Y PROYECTOS NACIONALES.

Al tratar, en páginas anteriores, el problema de la constitución histórica real de una nación, y las incidencias que los conceptos emblemáticos de nación formulados por las clases sociales tienen en los procesos de formación nacional, habíamos señalado ya que en estas relaciones estaba de por medio la construcción de la hegemonía. Las categorías fundamentales que se desarrollan en este apartado, y cuyas relaciones intentamos establecer son: hegemonía, ideología orgánica, lucha ideológica y proyectos nacionales.

1. La hegemonía:

Nos interesa explicitar ahora los alcances del uso que haremos del concepto de hegemonía y las relaciones que guarda con el problema de la constitución nacional y especialmente de una cultura que es presentada como "la cultura de la nación".

Decíamos antes que todo concepto emblemático de nación se elabora desde la perspectiva política de formación de una alianza de clases que asume la forma de un "sujeto social colectivo", al que se supone depositario del "ser nacional" y ejecutor de su destino histórico.

Este "sujeto colectivo" se organiza bajo la dirección de una clase dominante que es capaz de presentar sus intereses fundamentales como representativos del conjunto de la sociedad, incorporando a las clases aliadas y sometiendo a las subordinadas a su proyecto histórico.

Este proceso determina el paso de las formas corporativas y gremialistas, a la plena constitución de una clase política.

A partir de algunas discusiones suscitadas por Lenin, y recogidas en los debates de los cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista, Gramsci retoma el concepto de hegemonía, que hasta entonces había sido utilizado fundamentalmente para re-

ferirse a la revolución proletaria y lo utiliza para explicar las formas que asume la dominación burguesa.

En sus análisis sobre la formación de las clases, Gramsci distingue tres momentos en el surgimiento de una conciencia política que define el tránsito hacia una clase plenamente constituida:

El momento económico primitivo, cuando los grupos sociales expresan sus intereses económicos restringidos a un horizonte gremial, no organizados aun como intereses de clase.

— El momento político, que supone ya la manifestación de intereses de clase pero en un nivel puramente económico reivindicativo.

— El momento de la hegemonía "en el cual se toma conciencia de que los intereses corporativos, tanto en su desarrollo presente como en el futuro, rompen el marco de los grupos puramente económicos y pueden y deben convertirse en intereses de otros grupos subordinados". Este es el momento específicamente político, que se caracteriza por una lucha ideológica que trata de establecer la unidad de objetivos económicos, pero también políticos, intelectuales, morales, en un nivel universal que rebasa el marco corporativo (2).

La hegemonía rebasa los límites de una alianza puramente instrumental en la cual cada clase mantiene su individualidad ideológica, y configura una fusión orgánica de objetivos (económicos, políticos, intelectuales, morales) que es expresión del proyecto fundamental de una clase. Una fusión de este tipo sólo puede conseguirse a condición de "tener en cuenta los intereses y tendencias de los grupos sobre los cuales se ejercerá la hegemonía, y supone que los grupos hegemónicos tendrán que sacrificar en parte su naturaleza corporativa", aunque conservando por supuesto las condiciones para su desarrollo máximo, y sin llegar a afectar sus intereses básicos. (3)

La hegemonía es, desde este punto de vista, la capacidad que tiene una clase fundamental para articular los intereses de otros

grupos a su interés básico, "creando las condiciones para una expansión máxima del grupo" y a esta expansión y desarrollo se los presenta "como la fuerza motriz de una expansión y desarrollo "universales", es decir, de todas las energías nacionales". Es evidente que la posibilidad del ejercicio real de la hegemonía (como organización general de la sociedad desde la racionalidad impuesta por un interés de clase) sólo puede materializarse desde el poder del Estado.

El mayor o menor grado de ingerencia de los contenidos pertenecientes a los grupos subalternos (aliados o dominados) depende de la correlación objetiva de las fuerzas sociales en cada momento; es decir, depende del nivel concreto que alcanza la lucha de clases.

De este modo, la hegemonía opera una síntesis ideológica fundamental, de tal manera que todos sus elementos constitutivos —pertenecientes a distintas clases y grupos— tienden a la conformación de una "voluntad colectiva" que da coherencia a una fuerza social, protagonista de la acción política, y que funciona como tal mientras dura la hegemonía.

En las revoluciones burguesas, por ejemplo, la burguesía en su fase ascendente puede movilizar a todas las clases y grupos antifeudales porque en ese momento es capaz de representar efectivamente el interés de todos los sectores opuestos al poder feudal, y constituir un poder alternativo expresado en una alianza de clases que forma un sujeto colectivo para desarrollar las transformaciones burguesas.

2. La ideología orgánica:

Pero la hegemonía no funciona solamente en el plano de los intereses económicos sino que incluye una dimensión organizativa general que abarca todos los ámbitos de la vida social, porque funde indisolublemente la dirección política y la dirección intelectual y moral.

Si la dirección política se plasma en el Estado, el lugar de la dirección moral e intelectual es la sociedad civil. La construcción de la hegemonía significa, siguiendo a Gramsci, un proceso que de ninguna manera se agota en la toma del poder del Estado; la actividad de transformación de lo clasista - corporativo en político-Estatal, se inicia en la sociedad civil, y uno de los requisitos indispensables es la creación de un sistema orgánico de creencias, concepciones y prácticas conformadoras de un sujeto social colectivo, dotado de "un sentido colectivo" para la acción.

A través de los sistemas de ideologías orgánicas los hombres adquieren sus formas de conciencia y se convierte en sujetos, en un proceso que nunca es individual sino colectivo. La ideología no es un conjunto de ideas sino que tiene una existencia material, en un conjunto de prácticas y de instituciones que las difunden con un sentido normativo, organizador de las actividades individuales y colectivas.

Cada clase fundamental crea "orgánicamente" rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de su propia función, no sólo en el campo económico sino en el social y en el político. Los intelectuales actúan como "funcionarios del grupo dominante" porque elaboran y organizan las "funciones subalternas de la hegemonía social (las fundamentales son las económicas) en el desarrollo del consenso "espontáneo" que las grandes masas otorgan a la dirección impuesta a la vida social por el grupo dominante".

Los intelectuales orgánicos recogen las manifestaciones de las clases y grupos que aparecen disgregados en la sociedad civil y, a partir de ellas, elaboran un sistema ideológico orgánico que constituye a la sociedad en sujeto colectivo.

Pero no existe un solo principio de determinación ideológica: el sujeto social se conforma a partir de múltiples principios de interpelación: En tanto miembro de una raza, de una religión, de un sexo, de una familia, etc. Estos principios no tienen, por sí mismos, una connotación intrínseca de clase. Pero existe un

principio articulador de todos ellos que es el que les confiere un carácter clasista, al incorporarlos a una ideología orgánica, con un peso relativo y una función determinada. Esto significa que existe un principio hegemónico que es suministrado por la clase dominante en función de sus intereses fundamentales, que organiza los elementos ideológicos no clasistas y los elementos ideológicos provenientes de otros grupos sociales, en una síntesis que da coherencia y otorga un sentido colectivo a las acciones individuales y sociales.

Esta síntesis ideológica constituida bajo la hegemonía de una clase es lo que Gramsci llama una ideología orgánica, y su carácter clasista le viene dado por el principio hegemónico articulador.

Sin intentar una definición rigurosa, es útil que retengamos aquí algunas características de la formulación gramsciana de "ideología orgánica" que van a servirnos después para la propuesta metodológica:

a) Un sistema ideológico coherente en el que están presentes elementos ideológicos que provienen de diversas clases y grupos sociales, b) y otros elementos que no tienen por sí mismos un carácter de clases que les sea intrínseco, c) organizados unitariamente por un principio articulador o "principio hegemónico", suministrado por la clase dirigente de acuerdo a su proyecto fundamental, y que confiere un específico carácter de clase al conjunto de la ideología orgánica, d) que depende de factores históricos nacionales y de la correlación objetiva de las fuerzas sociales en cada momento particular de la lucha de clases, e) que organiza la sociedad como sujeto colectivo y actúa como principio normativo de las actividades individuales y colectivas.

3. La lucha ideológica.

La formulación gramsciana de la hegemonía supera el análisis puramente economicista de las relaciones entre ideología y

clases, y abandona el reduccionismo que supone ver la ideología dominante sólo como imposición de la ideología de la clase dominante, como puro "reflejo" de su dominación económica. El campo de la ideología aparece como escenario de activas contradicciones, en una lucha continua que enfrenta a los principios hegemónicos provenientes de las clases fundamentales.

Al destacar el carácter ético-político de la hegemonía y la ascendencia cultural, moral e intelectual que debe tener la clase que pretende convertirse en hegemónica en todos los campos de la práctica social, Gramsci revela la importancia de la lucha ideológica en el seno de la sociedad civil, y la función que en ella cumplen los intelectuales orgánicos.

Esta lucha ideológica que subyace en lo que Gramsci llama la "reforma intelectual y moral", y que lleva a una clase a convertirse en hegemónica, consiste en un proceso de selección y combinación de elementos presentes en la sociedad civil, y que pueden pertenecer a otros grupos sociales, para darles una nueva "forma", es decir una función diferente en la nueva ideología orgánica, que se ajuste a la racionalidad impuesta por el principio hegemónico.

En este proceso juega un papel primordial la crítica que desarrollan los intelectuales orgánicos sobre las instituciones hegemónicas anteriores: "gracias a esta crítica se produce un proceso de distinción y de cambio en el peso relativo de los elementos de la vieja ideología; lo que era secundario o subordinado o incluso accidental, adquiere una importancia primordial, se convierte en el núcleo de un nuevo cuerpo ideológico. La vieja voluntad colectiva se disgrega en sus elementos contradictorios, de manera que los elementos subordinados pueden desarrollarse socialmente".

El carácter de la lucha ideológica no consiste en reemplazar una ideología de clase por otra, como si ambas tuvieran una configuración completa y acabada. La lucha ideológica por una nueva hegemonía consiste en un proceso de desarticulación crítica del sistema ideológico anterior, para desarrollar activamente sus con-

tradiciones internas y provocar su descomposición. Al mismo tiempo, se opera un proceso de selección y rearticulación de algunos de sus contenidos bajo un principio hegemónico distinto, con una nueva forma y una significación diferente a las asignadas en el sistema ideológico anterior.

Tomemos como ejemplo el elemento ideológico "nación"; no por estar articulada una ideología orgánica dominante debe ser rechazado a priori en la formulación de una nueva ideología. La lucha ideológica supone des-articularlo críticamente de ese sistema ideológico y rearticlarlo con una nueva significación, con otro "peso relativo" en la nueva forma ideológica, en función de un nuevo interés de clase. (4)

En consecuencia, la constitución de la hegemonía no anula la lucha de clases, ni siquiera en el terreno de lo ideológico; la lucha entre los principios articuladores provenientes de las clases fundamentales, subsiste siempre. El enfrentamiento entre el principio hegemónico y un principio articulador clasista dominado provoca una tensión permanente marcada por avances y retrocesos de uno u otro, de acuerdo a la correlación objetiva de las fuerzas en cada momento histórico, aún cuando, de modo general el principio dominante corresponde a la clase dominante.

4. Los proyectos nacionales:

La hegemonía asume siempre una forma nacional. Al romper su naturaleza corporativa, la clase que aspira a ser hegemónica se organiza en el plano nacional, y presenta sus intereses fundamentales como los del conjunto de la sociedad nacional.

La hegemonía tiene una doble dimensión: se inicia como "dirección moral e intelectual" en la sociedad civil, y adquiere una forma organizativa material e institucional que cohesiona la sociedad civil con un sentido prescriptivo; y se plasma como dominación política en el Estado. El ejercicio del poder político desde el Estado no exime la necesidad de la dirigencia, es más,

la requiere.

"El Estado retícula, controla, regula, supervisa y organiza la sociedad civil desde las más complejas expresiones de su vida hasta sus más insignificantes movimientos, desde sus modos de existencia más generales hasta la vida privada de los individuos".

Todo esto supone que las clases que se disputan la hegemonía —en medio de la lucha permanente que marca su tránsito de clases corporativas a clases políticas— deben elaborar una propuesta de organización de la sociedad en todas sus instancias, para dar coherencia y racionalidad a un modo de producción, a partir de las especificidades históricas de una realidad nacional concreta.

A través de la formulación de este proyecto histórico, una clase adquiere conciencia orgánica de sus propias tareas, al tiempo que señala el lugar y la función de todos los demás grupos y clases (aliados y dominados) en el desarrollo histórico de la sociedad.

El proyecto histórico se manifiesta como una propuesta global de organización social: desde las formas de relación del hombre con su medio natural, las relaciones que se establecen en la producción, en el Estado, en la política, en la familia, hasta las representaciones simbólicas, creencias y teorías que expresan las concepciones sobre sus modos de existencia (filosofía, moral, arte, ciencia, religión) y las formas institucionales que las organizan y difunden, subordinándolas a la racionalidad impuesta por un modo de producción específico.

Porque busca incorporar a todas las clases y grupos de la sociedad a un interés fundamental de clase, aparece como el interés común: el proyecto histórico debe presentarse como la forma organizada natural y espontánea de la sociedad. La necesidad de conseguir ese consenso nacional, y la posibilidad de que el proyecto sea históricamente realizable, exigen que la clase que lo formula, recoja los elementos presentes en la sociedad y los organice de modo que sean funcionales a sus intereses fundamentales.

Esta sistematización y elaboración aparece representada en el concepto emblemático de nación que recoge orgánicamente

un conjunto de ideologías y de prácticas que existen efectivamente en la sociedad, con una función y un peso determinado, conferidos por el principio hegemónico articulador. Así, la etnia, el idioma, la religión, el arte, la educación, la familia, las prácticas económicas, las prácticas políticas, son algunos de los elementos que conforman la materia prima a partir de la cual, y mediante un proceso de elaboración teórica e ideológica, se definen los fundamentos esenciales de la nación. Al mismo tiempo ellos configuran un terreno de disputa ideológica entre otros principios hegemónicos que intentan rearticularlos en su propia perspectiva clasista (5).

UNA PROPUESTA METODOLOGICA DE ANALISIS

A partir de los señalamientos teóricos anteriores, nuestra investigación busca reconstruir los proyectos históricos formulados por las clases en la perspectiva de constitución en clases hegemónicas.

Metodológicamente consideramos que un proyecto histórico se estructura en tres niveles:

- una propuesta de acumulación
- una propuesta de organización del poder político
- un concepto de nación y una propuesta de cultura que es presentada como la cultura de la nación.

Los dos primeros son desarrollados en otra parte de la investigación (?) En esta ponencia me limito a desarrollar la forma metodológica para un estudio de los conceptos emblemáticos de nación y las propuestas de cultura, en relación con los proyectos históricos, a partir del análisis de las obras narrativas. La cultura tiene una función organizativa de la sociedad civil. La unificación de las clases dominantes en el Estado —es decir, la consolidación de una clase como hegemónica— lleva consigo la producción de una forma cultural organizada por la clase hegemónica, que es presentada como la cultura de una nación. Esta forma cultural se configura como un sistema articulado de

concepciones que se convierten en códigos modeladores de las prácticas sociales, en normas de la conducta civil individual y colectiva. Para cumplir esta función organizativa de la sociedad civil, que es a la vez normativa y coercitiva, la cultura se difunde a través de una dimensión organizativa práctica. En rigor no existe hegemonía sin el desarrollo de una serie de instituciones que la hagan efectiva; al ser la cultura nacional una expresión de la hegemonía, ella se presenta como un conjunto de prácticas estructuradas materialmente y con una normatividad que es ejercida a través de distintas instancias.

Por un lado, los intelectuales actúan como “funcionarios” de las clases dominantes en la sociedad civil, al convertirse en los agentes organizadores de los sistemas ideológicos que se enfrentan por la hegemonía.

Por otro lado, la sociedad civil se estructura a través de una serie de organismos e instituciones considerados como “privados” que organizan materialmente la hegemonía de una clase y la cultura que la expresa: la escuela, la familia, la iglesia, los medios de comunicación, etc. Esta dimensión organizativa material cohesionada, impone y difunde el conjunto de concepciones y códigos de comportamiento que configuran una ideología orgánica.

Nuestra perspectiva metodológica de análisis de los conceptos emblemáticos de nación, y de las propuestas de una cultura nacional contenidos en los proyectos históricos que han formulado las fuerzas sociales en el Ecuador, aborda las obras narrativas de la literatura ecuatoriana porque considera que ellas son indicativas:

- a) Del modo de existencia de una sociedad en un momento histórico determinado, puesto que allí están presentes aquellos principios de determinación ideológica por los cuales se estructuran los sujetos; esto es: las relaciones que se establecen entre el hombre y su medio natural (geografía, paisaje, entorno natural, etc.); las relaciones sociales que conforman

a los sujetos en su cotidianidad, ya sean éstas familiares, políticas, productivas, institucionales, etc.; y las formas cómo los hombres conciben sus propios modos de existencia, a través de la filosofía, la moral, la religión, el sentido común, etc.

- b) De una determinada perspectiva ideológica que aparece en la percepción de esa realidad, de su historia, y de sus posibilidades futuras, y actúa como principio organizador de la selección y elaboración de determinados elementos de lo real que son considerados como "representativos" del momento histórico que vive.

Desde esa perspectiva ideológica, las obras narrativas elaboran una visión de la sociedad nacional que acepta, fundamenta, critica, idealiza o combate los códigos ideológicos, sus instituciones y las prácticas existentes en esa sociedad.

La literatura se inscribe así en ese proceso de dirección intelectual y moral que es inherente a toda hegemonía, e incide en las formas de existencia de una sociedad nacional en la medida en que contribuye a conformar un "pensamiento social" que reproduce o desarticula críticamente las formas de la hegemonía.

En este sentido, los autores funcionan como intelectuales orgánicos de las clases, adscritos, en forma más o menos consciente, a un proyecto histórico determinado.

A partir de estas consideraciones, analizaremos las obras narrativas para reconstruir a través de ellas los momentos de constitución de una concepción nacional y de una propuesta cultural que se adscriban a un proyecto histórico de clase en la disputa por la hegemonía. Para ello definimos dos ejes centrales de análisis, entendiéndose que ellos son interdependientes y que, aún en el análisis, cada uno involucra al otro. Estos aspectos son:

Los elementos de la realidad que están presentes en las obras,

puesto que su presencia en la literatura es indicativa de que son considerados como los más "representativos" de las formas de existencia de una sociedad nacional, y van a constituir la "materia prima" que será elaborada y organizada desde una perspectiva ideológica determinada, para construir a partir de ellos, un concepto de nación y una propuesta de cultura.

Así, los personajes (en tanto que son representativos de las clases y grupos sociales existentes en la nación, ya sea desde una perspectiva clasista o racial); los escenarios (que dan cuenta de las formas de relación del hombre y de la sociedad con su medio: como geografía, como paisaje, como medio de producción); las concepciones y los códigos de comportamiento que se encuentran articulando la trama, las situaciones, los conflictos, las reacciones de los personajes, y que aparecen bajo las formas religiosas, políticas, morales, etc.; las instituciones organizadoras de la sociedad civil.

La perspectiva ideológica desde la cual se analizan y se articulan los elementos anteriores y que la consideraremos indicativa de un principio ideológico clasista organizador de una ideología orgánica. El análisis nos llevará a determinar cuál es el peso, la función y la significación que cada proyecto histórico asigna a los elementos del contenido.

Podríamos plantear, metodológicamente, las siguientes posibilidades:

De aceptación 'natural' de las formas de existencia de la nación, no implicaría ni una posición crítica ni una exaltación de tales contenidos. Habría que determinar si obedece más bien a una cierta neutralización de determinados elementos, que, si bien no pueden (todavía) ser funcionalizados al principio hegemónico, tampoco pueden ser ignorados. (Por ejemplo en el costumbrismo y el criollismo).

- **De crítica activa** a las formas de existencia de la nación. Entenderíamos este cuestionamiento como inscrito en la lucha ideológica por desarticular determinados elementos de una determinada ideología orgánica, y articularlos a otro principio hegemónico.
- **De fundamentación** y justificación de determinadas formas de existencia de la nación. En este caso no se descarta la crítica, pero como perfeccionamiento de la ideología orgánica y no como desarticulación de sus elementos. Es decir, la crítica se ejercería al interior de la ideología orgánica, y no desde otro principio hegemónico. Tampoco se descarta la idealización y mistificación (deformación ideológica) de los contenidos.

A partir de esta doble perspectiva de análisis, es posible determinar el carácter de las tendencias presentes en un conjunto de obras literarias, y que son indicativas de una propuesta ideológica orgánica sobre la nación y la cultura nacional, entendiéndose que tales propuestas se identifican orgánicamente con el interés de una clase que busca convertirse o reproducirse como hegemónica, a través de la dirigencia.

Históricamente, estas tendencias podrían centrarse, con variaciones y matices, en tres núcleos ideológicos fundamentales:

- **Una tendencia no nacional:** cuya matriz ideológica fundamental es extranjera, porque sus determinaciones fundamentales están dadas desde fuera del espacio nacional.

Desde una posición deshistorizante, la tendencia no nacional se asienta sobre presupuestos biológicos—raciales para consagrar, en nombre de la tradición y el respeto a los orígenes, la identificación ideológica de los intereses nacionales con los de los grupos aristocráticos y oligárquicos.

Con el recurso de la deshistorización se postula una for-

ma de dominación correspondiente a una época histórica determinada como la forma 'natural' de organización social, consagrada por la tradición nacional.

Ante la imposibilidad de apelar a los elementos del presente ellos son remitidos a un pasado pre-histórico, a través del mito y la leyenda. O bien se limita a compatibilizar elementos aislados de la realidad con las estructuras sociales de la dominación.

De este modo, un conjunto de manifestaciones y prácticas culturales, aisladas e idealizadas, pasan a constituir expresiones de una "esencia" prehispánica, colonial, o del patriotismo independentista, como origen de la nacionalidad y la cultura nacional.

"Cumandá" de Juan León Mera, y sus "errantes hijos de la selva" que remiten un presente inconfesable a un pasado mítico, anterior a la conquista, es un buen ejemplo de esta ideología.

La nobleza de sangre que tiene su correlato en la nobleza de espíritu, el patriotismo, el cristianismo, el respeto a la tradición y a los orígenes son los rasgos predominantes que sustentan el concepto de nación formulado por esta tendencia.

Si bien la oligarquía aristocrática tradicional ha sido la principal portadora de esta ideología, en la perspectiva de consagrar un orden social correspondiente a una etapa de bajo desarrollo de las fuerzas productivas, hoy se reedita, bajo formas renovadas, en las formulaciones ideológicas de la oligarquía dependiente.

Una tendencia nacional: el momento histórico corresponde a los momentos de formación nacional, cuando la burguesía formula sus intereses con un sentido "universal", incorporando a otras clases y grupos a un proyecto de desarrollo nacional.

Frente a la disgregación nacional correspondiente a la tendencia anterior, esta tendencia combate los valores que consagran una conformación estamental de la sociedad y busca una conciliación de concepciones y prácticas pertenecientes a diversos grupos para cohesionar a los sectores populares a un proyecto de desarrollo capitalista.

El Estado es presentado como el lugar donde se condensan los valores nacionales y se delega en él la función de resguardarlos y promoverlos.

La tendencia nacional parte de una identificación idealizada y sublimada con los destinos del pueblo-nación como un ente histórico ideal; es un sentimiento "subjetivo" en la medida en que no está ligado a factores e instituciones objetivas.

El pueblo no es considerado como fuente y actor de su propia organización nacional, sino que es aludido como el "destinatario" de la acción estatal.

La característica de esta tendencia es la funcionalización de los intereses y expresiones populares al proyecto capitalista, exigiendo su subordinación a la lógica impuesta desde el Estado.

En el caso del Ecuador, los intelectuales orgánicos suelen provenir de las clases medias ilustradas que actúan como avanzada ideológica de los proyectos burgueses.

— Una tendencia nacional popular.

1. Relación cultura-pueblo-nación

La cultura nacional no se define solamente por sus características populares, sino también por sus características nacionales que la diferencian de las culturas elitarias y nacional populares de otros países. La medida de su autenticidad le da siempre la relación que se establece entre la forma nacional y el contenido popular.

"A diferencia de la cultura nacional, la cultura nacional popular es aquella en que los sentimientos del pueblo nación son revividos como propios por los autores; y cumplen una función ilustrativa general". (Gramsci).

Es decir que la cultura nacional popular devela no sólo la situación histórico social del pueblo nación, sino también su modo de concebir tal situación, cosa que hasta entonces no había sido objeto de otras manifestaciones culturales.

No es entonces un problema de los contenidos (entendidos como los principios de determinación ideológica) sino de la relación que se establece entre tales contenidos y la orientación, la perspectiva desde la cual se articulan, ésto es, del principio articulador que es el que otorga una significación y un peso relativo a cada uno de estos elementos.

No es entonces lo fundamental en la definición de una cultura como nacional o como nacional popular, —determinar quién la produce o bajo qué contenidos la produce, sino determinar a qué clase o conjunto de clases pertenece el principio hegemónico que los articula.

2. Las condiciones históricas.

Existe una relación causal entre el proceso de formación del pueblo nación a partir de su unidad, y la aparición de una cultura nacional popular.

Si bien no puede, en rigor, existir una cultura nacional popular mientras no exista el pueblo nación como una realidad (aunque sea en proceso de constitución) también es cierto que la existencia de una serie de manifestaciones de esa cultura contribuye, a su vez a desarrollar la unidad del pueblo nación, a dar organicidad y coherencia a su proyecto histórico en constitución.

Se establecen así una serie de determinaciones circulares entre la situación estructural del pueblo nación y la situación de desarrollo de la cultura nacional popular en el plano superestructural.

3. La heterogeneidad.

No existe una visión uniforme, única, del pueblo nación: la multiplicidad de perspectivas de una cultura nacional popular está dada por la variedad o heterogeneidad social que prevalece en toda colectividad nacional.

En el caso de la burguesía, porque ella es ya poder y está unificada en el Estado, su cultura es orgánica y coherente. En el caso de las clases subordinadas que constituyen el pueblo nación, los elementos culturales están disgregados en la sociedad civil, existen en forma no elaborada y asistemática, ya que el conjunto de clases subalternas de cada una de las formas de sociedad hasta ahora existentes, no puede tener concepciones elaboradas, sistemáticas y políticamente organizadas en la medida en que aún no se han unificado como clase en el Estado.

Significa esto que la categoría misma de pueblo nación está por constituirse, no sólo en tanto categoría teórica, sino como realidad concreta, como sujeto social colectivo, y esta construcción está ligada a la constitución de la hegemonía. En el caso de las clases subordinadas, la hegemonía se constituye en torno al proyecto histórico del proletariado como clase dirigente capaz de articular los intereses —inclusive culturales— de otros grupos sociales.

4. La comunidad cultural

La comunidad cultural que se alcanza en el proceso de constitución del pueblo nación y de la cultura nacional popular, no implica un conjunto de normas que unifique en un todo las manifestaciones de los diversos grupos étnicos y sociales que componen el pueblo nación, "las manifestaciones de la cultura nacional popular se limitan a recoger las diversas manifestaciones del pensar y sentir de los distintos estratos del pueblo nación". De manera que no es un programa unificador ni un modelo normativo, sino

que reelabora, en su conjunto "el estado espiritual del pueblo en un determinado momento de su proceso de constitución". (6). ?

5. Los nuevos lenguajes

La cultura nacional popular, en términos generales, continúa y desarrolla la tradición de la cultura nacional, pero la transforma en una cultura de nuevo tipo, en la medida en que logra articular los elementos de determinación ideológica en una nueva "voluntad colectiva" con un peso y una significación diferentes. Esta nueva forma requiere necesariamente de nuevos 'lenguajes' que la expresen.

El predominio de corrientes y estilos que no se corresponden con los módulos sensibles y expresivos del pueblo nación en la cultura nacional y no nacional, no es apto para expresar la nueva sensibilidad nacional popular.

"Toda rebelión de forma arrastra una rebelión de esencia" (Martí), porque la esencia no tiene otra forma de expresarse como no sea a través de la forma. La transformación de los contenidos requiere y determina una transformación de las formas expresivas, o no es tal transformación.

NOTAS

- (1) Para este punto véanse los trabajos de Ricaurte Soler, particularmente "Bolívar y la cuestión nacional americana", ponencia presentada en el Simposio Conmemorativo del Bicentenario del Nacimiento del Libertador en La Habana, y publicada en la revista *Santiago*, Revista de la Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, septiembre de 1983, No. 51.
- (2) "La supremacía de un grupo social se manifiesta como 'dominio' y como 'dirección intelectual y moral'. Un grupo social es dominante respecto de los grupos adversarios que tiende a liquidar o a someter (incluso con la fuerza armada) y es dirigente de los grupos aliados o afines. Un grupo social puede, y hasta tiene que ser dirigente ya antes de la conquista del poder gubernativo; y esta es una de las condiciones principales para la conquista del poder; luego, cuando ejerce el poder y se hace dominante tiene que seguir siendo también dirigente". Antonio Gramsci: "El problema de la dirección política en la formación y el desarrollo de la nación y el Estado moderno en Italia" en: ANTOLOGIA, Editorial Siglo XXI, México, 1977. p. 485.
- (3) En LA IDEOLOGIA ALEMANA, Marx señala la necesidad de la burguesía de organizar sus intereses en una dimensión nacional: "por el solo hecho de ser una clase y ya no un estrato, la burguesía se ve obligada a organizarse en el plano nacional y no ya en local, y a dar una forma universal a sus intereses comunes".
- (4) Carlos Marx, El 18 BRUMARIO. Citado en: Perry Anderson: LAS ANTINOMIAS DE ANTONIO GRAMSCI. Editorial Fontamara, Barcelona, 1879. p. 60.
- (5) En NOTAS CRITICAS SOBRE LA CUESTION NACIONAL, particularmente en las formulaciones sobre la existencia de dos naciones en cada nación, Lenin señala la permanente lucha ideológica y política por articular y organizar las prácticas sociales con un sentido clasista, y encuentra que su forma más alta de organicidad se encuentra cuando tales prácticas son parte del poder político estatal. En el mismo sentido, pueden comprenderse las reflexiones de Gramsci en "Observaciones sobre el Folklore".
- (6) Para algunos desarrollos sobre el significado de lo nacional-popular, especialmente en el caso cubano, véase: Jorge Ibarra: NACION Y CLASE, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983.

NOTAS PARA UNA INVESTIGACION SOBRE LA HISTORICIDAD Y LA ESPECIFICIDAD DEL ARTE Y LA LITERATURA

Cecilia Suárez

A MANERA DE INTRODUCCION

El presente trabajo está inscrito en las preocupaciones y desarrollos del proyecto de investigación "NACION, ESTADO NACIONAL Y CULTURA NACIONAL EN EL ECUADOR: 1895-1944", actualmente en curso en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Cuenca.

El interés central de nuestra investigación es determinar el contenido de los proyectos históricos que las clases sociales del país han formulado en torno de tres ejes centrales: la nación, el estado y la cultura, buscando convertirse en clases hegemónicas, dominantes y dirigentes, de las demás clases y fracciones.

Un vigoroso movimiento teórico y político, que bien puede encontrar sus raíces en el pensamiento social de Martí y Mariátegui, se desarrolla en Latinoamérica en torno de dos preocupaciones fundamentales: la formación de la nación latinoamericana y de sus culturas. Esta problemática constituye, sin lugar a dudas, uno de los mayores desafíos que este siglo presenta a la intelectualidad orgánica del continente y al proyecto histórico de las clases dominadas. En nuestro país, la reflexión sobre el Ecuador como

nación y sobre las culturas que lo expresan ha sido constante. A la manera de una permanente pregunta que aún espera respuesta, está presente en el corazón mismo del debate y la polémica y, por supuesto, de manera orgánica en los proyectos históricos que las clases sociales formulan. Pero más aún, se hace imposible comprender los procesos políticos de nuestros países sin entender la constitución de nuestras naciones y de sus culturas. Así como es imposible, a riesgo de perder de vista la totalidad, separar el estudio de nuestras literaturas de esos dos procesos constitutivos: el de la nación y el de las culturas cantonales.

Por lo tanto, cualquier investigación que pretenda desentrañar el significado histórico de las prácticas artístico literarias en América Latina no puede prescindir de la indisoluble ligazón de éstas con el proceso de construcción de nuestras naciones y de sus culturas.

En repetidas ocasiones, diversos estudiosos del fenómeno literario latinoamericano han constatado su "instrumentalidad" en el contradictorio devenir de la construcción nacional y cultural. Sin embargo, esta perspectiva dista mucho de ser hoy en día la dominante; al contrario, abundan los afanes positivistas y neopositivistas engolosinados en reducir nuestra literatura a "pura hazaña del lenguaje", hecho que ha impedido comprenderla en su totalidad.

Por lo tanto, una investigación que pretenda el estatuto de científicidad y busque descubrir el significado histórico de nuestras prácticas artísticas y literarias, no puede prescindir de la indisoluble ligazón de éstas con aquellos procesos de construcción de las naciones latinoamericanas y de sus culturas.

De ninguna manera esta ligazón es privativa de la práctica literaria del continente. Aunque de modo diferente, específico, se manifiesta también en otras prácticas como las del discurso filosófico y sociológico que desde su propia particularidad discursiva también se enrolan en los mencionados procesos constructivos. No se trata solamente de un compartir idénticos referentes socia-

les, históricos y económicos, sino de tareas históricas asumidas comúnmente, en el proceso de construcción de "voluntades colectivas", capaces de impulsar la toma del poder por fuerzas sociales determinadas, que precisan de ese concurso para hacerlo.

Por esta indisoluble ligazón, resulta insoslayable el análisis de la producción artística y literaria a la luz de un enfoque innovador y totalizador, donde junto a las explicaciones y precisiones sobre las determinaciones históricas, sociales, económicas esté también el análisis de la especificidad artística, en tanto el discurso literario es un lenguaje peculiar, sustantivo y específico, es decir, es un tipo especial de comunicación.

El presente trabajo, que aún se mueve en un nivel de abstracción, pretende aportar los necesarios elementos para la ubicación de las prácticas artísticas, como lenguajes específicos que precisan, por ello, de una metodología propia.

Buscamos dejar sentadas ciertas proposiciones fundamentales que servirán de referente para futuras investigaciones, donde ellas encuentren una operatividad mayor, en el estudio concreto e histórico de las prácticas artísticas en nuestra sociedad.

Ese es el objetivo de una primera parte; mientras que una segunda busca plantear, de manera provisional, una alternativa de una metodología operativa, que daría cierta concreción a los planteamientos teóricos.

Sólo el debate y la efectividad de la propuesta, cuando conduzca la investigación misma, nos permitirán valorar sus límites y alcances.

1. ESTÉTICAS IDEALISTAS Y DESHISTORIZACION

Desde la más antigua tradición platónica que concibió el arte como apariencia de la realidad hasta la perspectiva croceana que lo define como "intuición", ninguna de las escuelas de la estética idealista han desentrañado el sentido objetivo del arte.

En la contemporaneidad el mismo idealismo, vestido de nuevos ropajes, lo ha fetichizado intentando someterlo a una estancia obligada en el "mundo del espíritu", alejándolo de toda condición histórica de producción, circulación y consumo. La estética burguesa de la primera mitad del siglo XX se empeñó sobremanera en contraponer la historia social y el carácter activo y autónomo del arte, en nombre de una "especificidad" malentendida que, según ella, está fuera del proceso general de la historia social.

Ignorando una de las mayores conquistas de la estética, y en general de la ciencia del siglo XX, las estéticas deshistorizantes han pretendido negar la naturaleza y dinámica histórico-social del arte (1), volcándose desesperadas a la formulación de un abigarrado conjunto de definiciones como "ilusión o engaño conscientes" (Conrad Lange); "introyección o proyección sentimental" (T. Kipps y Vernon Lee); "satisfacción indirecta de un deseo reprimido" (Freud); "organización de la experiencia para que resulte más intensa y vital" (Dewey); "Fenómeno significativo o símbolo" (Susan K. Langer); "Lenguaje para comunicar valores" (Ch. Morris); "Expresión imaginativa de una emoción" (Collingwood) o, por último, "placer objetivado" (Santayana), (2).

(1) GORANOV, Krestio "ARTE Y SOCIOLOGIA", en revista *Criterios*, No. 3-4, págs. 69-111. Trad. Del búlgaro de Desiderio Navarro, La Habana, Julio-Diciembre, 1982.

(2) SANCHEZ VAZQUEZ, Adolfo "LA DEFINICION DEL ARTE", en "Estética y Marxismo", México, Ed. Era, Tomo I, p. 152, 1975.

Esta búsqueda infructuosa de "esencias invariables", de "universalidades abstractas", en América Latina, está emparentada con la progresiva implantación de la dominación imperialista que ha oscilado entre la proposición de falsos problemas (¿Existe un arte, una cultura, una filosofía latinoamericana? Y, más aún, ¿Existe Latinoamérica?) y la afirmación interesada e insistente del divorcio de nuestros procesos nacionales y culturales, como elementos supuestamente autónomos, distintos, opuestos.

Difícilmente, por no afirmar la imposibilidad final y rotunda de tal empeño, las investigaciones inscritas en esa línea deshistorizante y fetichizante pueden dar cuenta de la naturaleza del arte latinoamericano y de las sociedades históricas en que es producido, así como tampoco del papel activo y relativamente autónomo del arte.

La dominación de imperialistas y clases hegemónicas locales ha temido siempre la historia, la historización de los procesos, llegando incluso hasta la construcción de formas mitológicas ad hoc que sirven para evadirla. Ha desconocido las variaciones históricas de la estructura artística de una obra de arte, tanto como las modificaciones de las funciones artísticas y no artísticas y los procesos relacionales entre el productor y el público.

La historia general de América Latina, y dentro de ella la de su arte, se ha modificado tanto y con tal profundidad que ha provocado una eclosión en el pensamiento burgués, y en su estética, que resultan incapaces e insuficientes para explicar los procesos y los fenómenos que en el continente se suscitan. En el terreno del arte por ejemplo, ¿La estética burguesa ha podido dar cuenta de la función 'militar', del valor de uso, del arte popular en los procesos de liberación de los pueblos en que es producido? o, se ha resignado a exhibir los objetos de las culturas insurgentes bajo la inofensiva etiqueta de "cultura popular", convirtiéndolos en pieza de museo o mercancía de boutique. Pensemos, sólo a modo de ejemplo, en las máscaras de las fiestas que los habitantes de Monimbó (Nicaragua) usaron como resguardo de sus rostros de

combatientes en la lucha antisomocista; o en los poemas comunicados, en clave morse, de celda a celda, en las prisiones políticas del Uruguay. Qué cuenta ha dado esa estética de la ruptura de toda frontera entre los géneros, en su concepto clásico, operada desde la ya lejana mañana del modernismo; peor aún del retorno a la unidad del arte con la vida, al que asistimos en los pueblos que construyen su definitiva liberación.

Con optimismo, bien se podría pensar que asistimos a la caducidad definitiva de las visiones metafísicas, universalistas y cerradas del arte, porque a realidades nuevas les corresponde una teoría distinta, abierta y dialéctica. Pero el lento desarrollo de una estética contestataria, inscrito en el proceso más general de nuestra enorme dependencia, impiden aún considerarnos vencedores (3).

Particularizando más todavía, es preciso anotar que nuestras literaturas necesitan una teoría propia que las explique en su especificidad y en sus determinaciones concretas. Y todo proceso de conocimiento y producción teóricos lleva implícitos las necesidades de la historia y los pueblos. Ninguna actividad teórica se ejecuta al margen de un principio clasista articulador que confiere sentido al objeto de esas búsquedas.

Pero al innegable proceso ya iniciado de caducidad y obsolescencia de las visiones metafísicas y universalistas de nuestro arte, debemos agregar otro componente que se convierte en obstáculo y es el carácter fragmentario de nuestro saber científico-filosófico, cuyo peso se ha manifestado en una doble modalidad negativa en nuestro continente, generando el "espíritu de pereza del colonizado, repetitivo, poco creativo, cultor de rituales de subordinación a un pensamiento en el que por lo demás poco se pe-

(3) Ni siquiera la positiva influencia de la estética hegeliana, que al definir el arte como "forma de autoconciencia del espíritu y autoconciencia y objetivación del Hombre", operó como barrera que impida seguir reduciendo el arte a una forma históricamente determinada, como aquella que afirmaba que el arte *Es* el arte clásico.

netra" y el "espíritu de pereza que se niega a penetrar en los contenidos del saber con un sentido planetario, sin los cuales es imposible comprender nuestro ser histórico" (4).

Ante esta dialéctica, que signa el desarrollo científico filosófico de la América Latina, el reto se proyecta a la necesidad de iniciar la historización de los estudios de los procesos sociales, ideológicos, económicos, etc. que en el continente se suceden. Sólo esta dimensión histórica es capaz de analizarlos en su surgimiento, desarrollo, contradicción y ocaso; tanto en sus condiciones concretas como en sus especificidades.

En el arte, sólo es concebible una dimensión problematizante que lo ubique en las sociedades concretas donde es producido, como poseedor de propiedades específicas y distintivas; en suma, en cada momento histórico concreto qué es lo que hace a un objeto obra de arte, pues, definitivamente ya no caben aquellas viejas inquisiciones por un abstracto "¿Qué es el arte?".

2. RUPTURA Y PUNTO DE PARTIDA

Las largas e infructuosas polémicas entre subjetivistas y objetivistas, debatiendo en torno del elemento determinante en el hecho estético (el sujeto o el objeto), a más de consumir ingentes fojas, prescindieron también de la médula del problema, ignorando la historicidad de las relaciones que entre aquellos elementos del hecho estético se modifican permanentemente.

Cuando se ha tratado de precisar las cualidades de los objetos estéticos, en cada cultura y en cada sociedad, sus falencias y ausencias han sido mayores. Por parte alguna aparecen, ni siquiera sugeridas, las alusiones a las transformaciones que se operan tanto en el concepto cuanto en las prácticas de lo estético y en sus dimensiones social e histórica.

(4) CARVAJAL, Iván. "Anotaciones sobre el contexto histórico-cultural de la poesía ecuatoriana". Ponencia. Mimeo.

En el materialismo histórico y dialéctico, el momento que Marx reformula la concepción hegeliana del arte ("forma de autoconciencia del espíritu y de autoconciencia y objetivación del hombre") y lo define como trabajo, o creación conforme a las leyes de la belleza, se producen las condiciones científicas más óptimas para dar inicio a un proceso de producción teórico-estético realmente histórico, objetivo, dialéctico y abierto.

Al interior del cuerpo teórico de la estética marxista se conceptúan los problemas del arte de una manera científica, ésto es lejos del subjetivismo, pretendiendo siempre la visión totalizadora y dialéctica. El marxismo sostiene que el hombre se relaciona de formas múltiples con la realidad, desde las transformaciones que ejecuta en la naturaleza para satisfacer sus necesidades de alimento y abrigo, hasta las del conocimiento y comprensión del mundo. La propia realidad y la riqueza de las necesidades humanas son las determinantes de aquella multiplicidad de relaciones.

Precisa que las relaciones de los hombres con la realidad, sus necesidades, tanto como las relaciones de aquellos entre sí presentan un innegable carácter histórico. Pero a más de ello, todas estas relaciones están fundadas en la práctica, sustento de la historia de la humanidad.

Entre las múltiples formas de relación humana con la realidad, nos interesan particularmente aquellas que se ubican en la producción espiritual y, de entre ellas, la científica y la estética.

En el caso de la producción teórico-científica, el elemento distintivo, en opinión de Nedoshivin, sería la "capacidad de penetración ilimitada en la esencia de los fenómenos", en los que "se generaliza y formulan los rasgos esenciales, los múltiples fenómenos concretos que el hombre observa y con los cuales se halla en contacto prácticamente" (5). Por su parte, V.I. Lenin concede al

conocimiento teórico el rango de lo universal, por ello nos encontramos frente a un conjunto de elementos específicamente producidos por la abstracción y la generalización.

En tanto, en la producción estética estaríamos ante "la captación del objeto como un todo" y "la creación de imágenes concretas, a través de la riqueza de aspectos, propiedades y particularidades de las cosas singulares" (6).

Mucho más tajante es la afirmación de L. Althusser cuando responde a las inquietudes de André Daspré: "La verdadera diferencia entre el arte y la ciencia radica en la forma específica en que nos dan, de modo totalmente diferente, el mismo objeto; el arte en la forma de un "ver", "percibir", o "sentir" y la ciencia en forma de conocimiento (en sentido estricto mediante conceptos)" (7).

Sin embargo, en la misma década de estos planteamientos althusserianos Galvano della Volpe ya había sostenido la necesidad imprescindible de incorporar los progresos realizados por la lingüística y la semántica a la identificación de los lenguajes artísticos. Della Volpe sostuvo entonces que el carácter específico del arte no radica en su particular forma de conocer ni en su objeto, sino más bien en el tipo de discurso y lenguaje empleados, en tanto es un sistema de signos específicos(8).

Contemporáneamente, Yuri M. Lotman afirma que el arte es un lenguaje específico y "una obra de arte verbal es un modelo

(6) Ibidem.

(7) Respuesta a una carta de André Daspré a Louis Althusser, Una y otra fueron publicadas con el título de "Dos cartas sobre el conocimiento del arte" en la Nouvelle Critique, París, 1966. En "Estética y Marxismo". Op. cit.

(8) DELLA VOLPE, Galvano "El arte como lenguaje" en "Crítica del gusto", Barcelona, Seix Barral, p. 197-204, trad. de Manuel Sacristán. La primera edición italiana data de 1960.

(5) NEDOSHIVIN, G. A., "Fundamentos de estética marxista-leninista", Moscú, 1960, p. 177-190, trad. de A.S.V. En "Estética y Marxismo", ("La relación estética del hombre con la realidad"), págs. 137-148, tomo I, México, Ed. Era, 1975.

finito de un mundo infinito", al reproducir un objeto universal en otro singular (9).

3. EL ARTE COMO ACTIVIDAD TRANSFORMADORA (O PROCESO DE PRODUCCION DE UNA NUEVA REALIDAD, DETERMINADO SOCIALMENTE).

Buscando al hombre concreto, enajenado por el trabajo en la sociedad capitalista, Marx advierte en la práctica estética un reducto de la existencia humana no alienada y nos permite concebir el arte como una actividad transformadora, cuya génesis se encuentra en el trabajo.

Esta dialéctica de la negación/afirmación humanas en el trabajo en la sociedad capitalista (en la producción material y en la práctica estética, respectivamente) posee una importancia central: a partir de ella la estética idealista se revoluciona, pues, nunca concibió el arte como producto del trabajo humano objetivado y, además, Marx nos permite advertir la ausencia de objetos artísticos (10), al margen de un trabajo concreto (en condiciones de

(9) LOTMAN, Yuri M. "La estructura del texto artístico", Madrid, Ed. Istmo, 1978, 364 p.

(10) Un profundo error conceptual de los desarrollos de la estética idealista es el que atañe al semantismo de los términos estético y artístico, usados como equivalentes. Para la estética científica los objetos artísticos son únicamente aquellos productos del trabajo humano que los dotó de ciertas características nuevas que carecían antes del proceso de transformación, y suponen una relación consciente entre el sujeto-productor y el objeto producido, mediante un plan inicial que el sujeto diseña de antemano y conoce o proyecta, al menos, los probables resultados de su trabajo.

Los objetos estéticos suponen una relación del hombre con ciertos elementos de la naturaleza y la sociedad (un río, una montaña, un niño, una flor) sin que medie trabajo alguno. Se trata de relaciones estéticas sí, pero no de objetos artísticos que suponen trabajo y transformación. Estamos ante la percepción estética que también, obviamente, tiene una raíz y una determinación social, histórica y cultural. Sin embargo, en una sociedad de clases, la cultura dominante impone los cánones de lo estético y lo artístico, a través de la familia, la escuela, el gusto social y la función que asigna a los objetos.

producción también concretas), a través del cual el sujeto productor imprime ciertas características (según sea el caso de los lenguajes artísticos: el literario, el musical, el plástico) a un objeto determinado (poema, partitura, cuadro).

Y es el hombre el único ser capaz de producir tanto los instrumentos que precisa en las transformaciones que ejecuta, cuanto los propios objetos destinados a llenar sus múltiples necesidades y a materializar otra de las tantas que establece con la realidad.

En el caso concreto que nos ocupa, es la necesidad específica de comunicar artísticamente mensajes "peculiares", transmisibles únicamente por medio del lenguaje del arte.

Concebir la producción artística como actividad transformadora cuya génesis está en el trabajo, supone tratar los objetos artísticos como productos de la actividad humana, por lo tanto, con una existencia material. Ello implica, a su vez, afirmar la existencia de procedimientos a través de los que el arte da nueva forma a elementos primigenios.

¿Qué elementos transforma el proceso artístico? Bien vale insistir en este asunto, a menudo tan soslayado por quienes conciben el arte como mero reflejo especular de la realidad o "equivalente" de la práctica política o ideológica. Si no concebimos el trabajo artístico como dación de nuevas formas a una materia prima, como un proceso transformador en el que un objeto nuevo surge, fruto de un trabajo, estaremos hablando de cualquier proceso, excepto del artístico.

Entre esos elementos transformados, que ingresan en un texto artístico, están los sistemas de ideas presentes en una época determinada (ideas dominantes, subalternas, contestatarias); imágenes, símbolos, representaciones de la realidad real; impresiones, observaciones y sensaciones que el artista elabora en su conciencia e inconciencia; y el lenguaje que, a nuestro entender, deviene en objeto mismo de la transformación artística y en su instrumento material. No hay que olvidar que son las relaciones sociales de producción las que determinan el carácter del conjunto de estos

elementos.

La actividad transformadora y constructiva del proceso artístico supone, como ya hemos dicho, la existencia de procedimientos que transforman una materia prima en productos nuevos, originales, resultando el producto final, el texto artístico.

Al enfrentarnos con procedimientos y transformaciones estamos ante un nuevo concepto del arte, ante "una nueva realidad real, a partir de otro (también real), pero en el lenguaje de otra realidad (la del arte)". Esta tesis de Lotman implica la necesidad de examinar el arte también en las transformaciones que ejecuta por medio de los procedimientos, asunto que supone asumir la artísticidad del arte, función específica que lo distingue de la ciencia y la política y, nos permite inclusive, identificar un conjunto de elementos de la especificidad distintiva de cada uno de los lenguajes artísticos.

En este campo de la dación de nuevas formas a los objetos de la transformación artística, es de gran importancia señalar especialmente el ejecutado con el lenguaje (recordemos su doble carácter de objeto e instrumento).

El lenguaje natural, conciencia práctica de la especie humana, se transforma en lenguaje secundario al ingresar a un texto artístico verbal, asumiendo las características propias de su inicial condición (reglas sintácticas, morfológicas, fonéticas, etc.), sin las cuales la comunicación resultaría imposible, y las nuevas del lenguaje secundario que, en el caso específico que nos interesa, son la connotación, la ambigüedad, la polisemia, las estructuras versales o las del relato, para no citar más que algunas, generando un aumento en la información. En este sentido, también poseen un carácter histórico el ciframiento y desciframiento del texto.

En síntesis no se trata de los mismos lenguajes. Uno es el lenguaje natural de la comunicación habitual y otro, distinto, aunque construido sobre esa base, el de la comunicación artística, porque este último ingresa transformado al poseer y perseguir

fines artísticos, se trata de un lenguaje secundario. Sin embargo ambos, son conciencia práctica.

Por otra parte, todo el conjunto de transformaciones que se imprimen en el proceso constructivo artístico siempre está condicionado "por una determinada tarea ideo-estética que el artista aspira a resolver" (11).

Finalmente, las conceptualizaciones centrales de la estética marxista sobre el arte como "actividad transformadora", "producción", y "trabajo" ("Manuscritos. . ."), así como aquella de las obras artísticas como "objetos de una actividad sensorial humana" (I tesis sobre L. Feuerbach. . .), nos instalan necesariamente en las condiciones histórico-sociales que originan y en que se produce el arte, los procedimientos, los temas, que cada momento ofrece al artista quien, a través de la práctica específica los transforma en el espacio de las contradicciones y luchas clasistas.

La estética marxista-leninista, que aspira al estatuto de científicidad, rigor y cabalidad, supone una explicación que reuna dialécticamente en un único análisis las conexiones del arte con la estructura en que es producido y su especificidad, en tanto lenguaje artístico, es decir, en la medida que el arte crea una realidad distinta y relativamente autónoma de la realidad real (12).

4. ARTE E IDEOLOGIA

No poca polémica supone el sólo planteamiento del problema de las relaciones del arte y la ideología. De hecho, históricamente, al interior de la estética científica ya se ha suscitado y con ribetes de ácida confrontación nada gratuitos, porque es uno de sus problemas centrales; pues supone la definición de la naturaleza del arte.

(11) KAGAN, Moiséi Samóilovich "La Estructura de la forma artística", en Revista Criterios, Op. cit., pág. 37. Trad. del ruso de Desiderio Navarro.

(12) A Marx resultábale ajena la contraposición de la estética y la sociología del arte. Ver "Arte y sociología" de Krestio Goránov. En Revista Criterios, Op. Cit., p. 94.

Nuestro interés no se abre paso al interior de aquella polémica, como un puro ejercicio abstracto, mucho menos pretendemos sugerir la relación exclusiva o excluyente, privativa o equivalente, de estas dos realidades, el arte y la ideología, sino pretendemos afrontar una problemática surgida y derivada de las conexiones que ambos avocan en nuestra investigación en tanto se encarnan en textos literarios y proyectos históricos. (13).

Las formulaciones clásicas de Marx y Engels sitúan el arte en la esfera de la "producción espiritual", en la superestructura ideológica. Lo definen igualmente como una respuesta a intereses clasistas determinables y condicionado, en última instancia, por los cambios materiales ocurridos en la base. Esas mismas formulaciones precisan y remarcan el carácter de producto histórico que tiene el arte, en la medida que se relaciona tanto en las condiciones sociales en que es producido, cuanto con las ideas dominantes en una sociedad dada; en suma, el arte está condicionado socialmente y nutrido de cierta ideología.

Más tarde un conjunto de teorías sobre el arte lo consideran exclusivamente como un fenómeno social o superestructural, hecho que determinó la presencia del sociologismo (la búsqueda del equivalente social del arte) (14), y del ideologismo (poner en clave

(13) Nuestra investigación concibe la ideología no sólo como "falsa conciencia" o "ideas deformadas o mistificadas" sobre la realidad, o ideas instrumentales de los intereses de un grupo social dado. La concebimos también en su existencia material, en tanto constituye a los individuos concretos en sujetos también concretos, es decir, como práctica productora de sujetos colectivos.

(14) Por ejemplo, se aceptó de una manera bastante general la división de la literatura rusa de mediados del siglo XIX en literatura de la nobleza, de la gran burguesía, de los intelectuales procedentes de las clases no nobles (pequeños funcionarios), popular, pequeño burguesa y creación oral campesina. Lucien Goldmann distinguió más tarde que en la Francia del siglo XVII existían cinco clases (oligarquía, nobleza de corte, nobleza de funcionarios, tercer estado rico, pequeños artesanos y campesinos) que expresan su visión del mundo en cinco diferentes corrientes de la literatura y la filosofía. Citado por H. Markiewicz en "TEORIAS MARXISTAS DE LA DIFERENCIACION SOCIAL DE LA LITERATURA". Revista Criterios, Op. cit., p. 6.

ideológica la estructura formal del arte). Ambas deformaciones olvidaron o prescindieron del principio dialéctico de la totalidad y redujeron unas estructuras (artísticas) a otras (sociales o ideológicas).

Con el intermezzo de la producción teórica y los análisis del formalismo ruso de los años 20, quienes abandonaron ambos reduccionismos, advienen los trabajos de Mijael Lifshits y Georg Lukacs en los años 30. "En ellos se opone al relativismo y subjetivismo de clase (propios del ideologismo y sociologismo), algo que permanece y conserva un significado, más allá de la época que engendra al arte, y la ideología que lo impregna: la verdad de la vida en la representación artística de la realidad" (15). La teoría del reflejo se instalaba cómoda para conducir largamente las investigaciones marxistas de la literatura y el arte, provocando no menos de un obstáculo para el máximo desarrollo de una estética efectivamente científica.

Sin embargo, el problemático asunto de las relaciones del arte con la ideología en lugar de obtener una respuesta científica, en la década de los 50, y a raíz de un artículo de Stalin sobre la lingüística en que sostenía el carácter no ideológico del lenguaje ordinario, fue abordado negando el carácter superestructural del arte. La tesis stalinista, al asimilar el lenguaje natural al del arte, sirvió de base para las formulaciones de P. S. Trofímov quien "confirmó" al arte como un fenómeno "intermedio" entre la base y la superestructura, indiferente a los intereses clasistas, poseedor de formas perdurables y contenido ideológico percedero (16).

Un enorme movimiento teórico (que alberga en su seno a tendencias tan discímiles como la lukacsiana y la escuela italiana

(15) Sánchez Vázquez, Adolfo "LOS PROBLEMAS DE LA ESTETICA MARXISTA", Introducción General a "Estética y Marxismo", Op. cit., Tomo I, Pág.

(16) Trofímov apuntaló la supuesta ubicación "intermedia" del arte, a partir del arte griego que para él conservó su significación estética después de haber desaparecido su contenido ideológico, al desaparecer la base esclavista de la que surgió.

dellavolpiana e incluye a Lucien Goldmann, Ernest Fischer, Louis Althousser y Karel Kosik, se advierte al interior de la estética marxista; un movimiento cuya única posición común es el rechazo a las simplificaciones que pretenden reducir al arte a mera expresión de la ideología y en contra de aquellas que pretenden sustraerlo de la superestructura. El único vínculo de este movimiento es el afán por confirmar en sus desarrollos teóricos la peculiar relación del arte con la ideología. Sin embargo, el asunto medular recién empezaba a ser abordado concienzudamente por la estética a partir de la evidencia de que ningún marxista puede negar la relación e incluso la presencia de la ideología en el arte; lo importante y decisivo sería señalar su modo específico de presencia o relación con la obra artística.

En esta dirección dos aportes pueden considerarse como hitos, el de L. Althousser y el de Galvano della Volpe.

El planteamiento althousseriano se centra en tres aspectos fundamentales, a saber:

- a.- El arte no es ideología ni conocimiento sino una peculiar relación con ellos (formas específicas de "apropiación del mundo" Marx, "Introducción del 57"). Es una práctica en la ideología.
- b.- "Lo que el arte nos hace ver o nos da en forma de un "ver" un "percibir" y un "sentir" (que no es la forma del "conocer") es la ideología de la que nace, en la que se sumerge, de la que se destaca en cuanto arte o a la que hace alusión" . . . "Nos hace "percibir" (y no conocer) en cierto modo desde adentro, por una toma de distancia interior, la ideología misma en la que están prendidos".

- c.- Por otra parte, si bien el arte reposa sobre un fondo

ideológico indiscutible su fin último es provocar en la conciencia (o en los inconscientes) una modificación de la "relación con el mundo". Por lo tanto, toda gran obra de arte actúa en la ideología, se separa de ella para constituir una crítica en acto de la ideología que ella elabora. . . "y que liberándose de los mitos de la ideología existente, la superen" (16).

A su vez el planteamiento de della Volpe resulta más sugerente y lo resumimos en tres aspectos centrales:

- a.- No es admisible una adscripción indiferenciada del arte en la sobreestructura, fundamentalmente por la diversidad estructural de los signos de cada lenguaje artístico.
- b.- Aquellas artes que se articulan con signos verbales (la literatura) se inscriben en la sobreestructura en tanto poseen un significado poético, la idea-imagen posee un polisentido y en la medida que expresan las "ideas poetizadas de una sociedad".
- c.- Las artes construidas con signos no verbales (música, arquitectura, pintura, escultura) y sus técnicas, si bien son indiferentes a las ideas y valores expresos y sus signos poseen corporiedad, no articulan significados conceptuales-verbales (ideales históricos sociales) del mismo modo que aquellas artes construidas a partir de signos verbales. "La técnica de dichos signos (no verbales) se inscribe en la sobreestructura con una incidencia más profunda, y diversa en todo caso, de aquella con la cual

(17) ALTHOUSSER, Louis "DOS CARTAS SOBRE EL CONOCIMIENTO DEL ARTE" Carta a Michel Simón, (1965) y Respuesta a André Daspré, (1966) publicadas en la Nouvelle Critique, París, 1966. Trad. de ASV en "Estética y Marxismo", Op. cit., tomo I, p. 316-320.

se inscribe la técnica literaria" (17).

Ahora bien, una vez esbozado este brevísimo panorama del cómo la estética marxista ha concebido las relaciones arte e ideología, estamos en condiciones de enfrentar un poco menos desarraigados nuestra preocupación inicial que atañe a las relaciones de los proyectos históricos que las clases sociales fundamentales han formulado y formulan en el país y los textos literarios que los artistas, intelectuales orgánicos, producen en nuestras sociedades.

El arte es, para nosotros, una práctica humana y social específica poseedora de una sustantividad propia e integrante del conjunto genéricamente denominado "producción espiritual". Ese conjunto compuesto por prácticas artísticas, teóricas, políticas, se caracteriza, entre otras propiedades, por la interinfluencia de sus elementos constitutivos. Este carácter interinfluenciador no sólo atañe a los temas, como lo sugiere Françoise Pérus cuando se refiere a ellos en términos de "una literatura abiertamente filosófica, religiosa, política, moral, social, etc" (18), también se lo registra en las construcciones "formales" del arte, por ejemplo la poesía construida en series, a la manera de la música serial electrónica, o la narrativa "más cercana a las estructuras de la escultura que de la pintura".

Estas formas de la "producción espiritual" poseen también cierta autonomía de desarrollo y, a la vez, una capacidad de retroinfluencia activa sobre la base económica en la que se producen. (19).

(18) DELLA VOLPE, Galvano "Lenguajes artísticos y sociedad", en "CRITICA DEL GUSTO", Ed. Seix Barral, Barcelona, pp. 233-234 y 238-239, 1966.

(19) PERUS, Françoise "Literatura y sociedad en América Latina: El modernismo", Casa de las Américas, Premio ensayo 1976, La Habana, Cuba, 1976, p. 21.

(19) "El desarrollo político, jurídico, filosófico, religioso, literario, artístico, etc., descansa en el desarrollo económico. Pero todos ellos repercuten también los unos sobre los otros y sobre su base económica. No es que la situación económica sea la causa, lo único activo, y todos los demás efectos puramente pasivos. Hay un juego de acciones y reacciones, sobre la base de la necesidad económica, que se impone siempre, en última instancia" Carta de Federico Engels a W. Borgius, 25 I 1984. En Carlos Marx y Federico Engels: OBRAS ESCOGIDAS, Ed. Progreso, Moscú, 1969, p. 747.

Pero precisemos aún más, la "producción espiritual" está determinada en última instancia por la ideología y ésta a su vez, por integrar el todo social, lo está por la economía, sin prescindir tampoco del determinante social, histórico y cultural.

Ahora bien, la producción artística se relaciona con la ideología en tanto se ejecuta en la superestructura ideológica y se sustenta de manera material en el lenguaje (20). Esta ejecución en la ideología supone la transformación de elementos de naturaleza ideológica cuya función es articular el conjunto de relaciones sociales y garantizar su reproducción (o transformación). El artista da nueva forma (artística) a una materia prima ("lo vivido", "lo pensado"), por medio del proceso constructivo artístico; al hacerlo, toma cierta distancia de esa fuente nutricia (la ideología general), por intervención de numerosas mediaciones que incluyen desde las diferenciaciones y antagonismos clasistas, hasta el escogimiento de un determinado "género", pasando por las concepciones estéticas que articulan la construcción del texto.

Sin embargo, de cualquier manera, en todo texto artístico la determinación en última instancia pertenece al terreno de la ideología y la dominancia a la función estética. Debemos entender esta dominancia estética como "una forma específica de organizar los elementos diversos y el valor de todos ellos depende del que le otorga su posición dentro de esa estructura que la dominancia estética articula" (21).

Esta fuente original, nutricia, de la ideología general marca

(20) CARVAJAL, Iván "LITERATURA, IDEOLOGIA Y SOCIEDAD", Ponencia al I Encuentro de Literatura Ecuatoriana, Cuenca, Universidad de Cuenca, Noviembre 6-11, 1978, Mimeo.

(21) Estos conceptos marxistas de determinación y dominancia son tomados por el semiótico Jenaro Talens, profesor del Departamento de Lengua y Literatura de la Facultad de Letras de Valencia, para construir un modelo hipotético-deductivo científico de la producción artística. Los incorporamos a nuestro desarrollo por su alta operatividad en las explicaciones de las relaciones del arte con la ideología y en la determinación del lugar de la función estética del arte. La nota 22 precisa la fuente bibliográfica.

—a través de la mediación de la ideología estética— el carácter y tipo de relación estética del artista con lo real.

Todas estas afirmaciones nos conducen a sostener la irreductibilidad del arte a la ideología, así como a negar su equivalencia. Ello, sin embargo, supone enfrentar materialmente la existencia de otros aspectos en el arte cuya naturaleza no es ideológica in strictu sensu, aunque ella los determine finalmente. Por ejemplo, uno de ellos es el lenguaje, soporte material inmediato que posibilita que los textos se erijan en mensajes, razón por la que habrá que analizarlo como tal. Pero con una precisión, no a la manera de un análisis lingüístico que lo descomponga en unidades mínimas de los distintos niveles (fonemas, morfemas, sintagmas) como el que se ejecuta con un corpus proveniente del lenguaje natural (habla en términos saussureanos). Nosostros consideramos que el lenguaje del texto artístico-literario (verbal), al ser un lenguaje secundario construido sobre la base del lenguaje natural, y al ser doblemente redundante (posee las redundancias propias del lenguaje natural y las de su estatuto artístico), ya no puede ser sometido al análisis lingüístico que sólo daría cuenta de una de esas dos redundancias. Por ello, exige otro tratamiento más específico que consistiría en "producir sentido a partir de una estructura articulada a dominante estética" (22).

Si bien el proyecto de investigación "Nación, Estado nacional y cultura nacional en el Ecuador: los proyectos históricos de las clases (1895—1944)", actualmente en curso en el IDIS,

(22) TALENS, Jenaro "Práctica artística y producción significante", Notas para una discusión". En "Elementos para una semiótica del texto artístico", Varios, Cátedra, Madrid, 1978, p. 23.

Adicionalmente cabe agregar que esta perspectiva de buscar un análisis específico empieza a tomar cuerpo también en América Latina. Por ejemplo las investigaciones de Luis Rogelio Noguerras sobre la especificidad del signo cinematográfico (icónico e indicial) cobran fuerza, buscando la liberación de la tiranía del análisis lingüístico o narratológico. Cfr. NOGUERAS, Luis Rogelio "Imágenes en Movimiento, Signos-Lingüísticos: Aproximaciones y diferencias", En "CINE, LITERATURA Y SOCIEDAD", Selección y prólogo Ambrosio Fornet, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1982, 246 pág.

tiene como objetivo central la determinación de los contenidos de esos proyectos en torno de tres ejes (nación, estado y cultura), nuestra sublínea de investigación atañe a la determinación del carácter específico de los textos artísticos que se constituyen en prácticas materiales de la cultura nacional en el Ecuador. Por lo tanto, conviene definir que jamás pretenderíamos encontrar en los textos literarios (narrativos) el "equivalente" de aquellos proyectos históricos. Tratamos más bien de identificar, precisar y explicar cómo esos textos literarios son una práctica específica (artística), irreductible a la ideología, pero determinada por la práctica ideológico-política que generan los proyectos históricos que las clases sociales formulan.

Mientras los textos artísticos literarios construyen su especificidad y su autonomía relativa a través de la artisticidad (literariedad), los proyectos históricos la construyen en el carácter eminentemente ideológico de su discursividad. En el primer caso nos encontramos ante representaciones simbólicas de la realidad, ante imágenes y ficciones, en el segundo ante contenidos puramente ideológicos. Por ejemplo, una es la materialización de la ideología en un texto como "Don Segundo Sombra", en el que adquiere relevancia la construcción de su estructura misma, al referirse a las relaciones del amo y el criado (constante de la novela argentina de cuño oligárquico), y otra la que el mismo proyecto adquiere en un discurso político, una carta constitucional o un registro oficial de aquella época.

Es preciso anotar que en el arte existe una cierta "disposición" a la unidad con las ideologías políticas (no reductibilidad, sino "colaboración") expresadas y encarnadas por los proyectos históricos. Esta disposición, creemos, se profundiza con el advenimiento de las sociedades burguesas y modernas en que los antagonismos se perfilan con mayor nitidez y las clases fundamentales buscan construir su hegemonía en el conjunto de las prácticas sociales y en todas las instancias de la sociedad, la política, la cultura, la ciencia, etc. Esta disposición es histórica y está determina-

da, finalmente, por el carácter de la base material en que se produce el arte (23).

En este sentido creemos que aquella tan difundida concepción de los estructuralistas europeos de la década de los 60, que asigna a las artes un lugar "esencialmente complementario en el conjunto de las actividades institucionales de la sociedad" (24), carece de todo sentido. Más aún en el análisis de la práctica artística latinoamericana es poco menos que un desconocimiento de su historia, compartida con la práctica política y el núcleo mismo de la vida de nuestras sociedades clasistas y contradictorias y cumpliendo vigorosamente funciones no artísticas que en las grandes metrópolis ya le han sido arrebatadas.

José Antonio Portuondo, no en vano, ha destacado el rasgo predominante de la novela hispanoamericana, afirmando:

"El carácter dominante de la tradición novelística hispanoamericana no es (. . .) la presencia absorbente de la naturaleza, sino la preocupación social, la actitud criticista que manifiestan las obras, su función instrumental en el proceso histórico de las naciones respectivas. La novela ha sido entre nosotros documento denunciador, cartel de propaganda doctrinal, llamamiento de atención hacia los más graves y urgentes problemas sociales dirigido a las masas lectoras como excitante a la acción inmediata" (25).

(23) Esta "disposición" en el mundo greco-romano estuvo orientada al mito, mientras que en la Edad Media feudal y gran parte del Renacimiento a la institucionalidad religiosa. Véase PRESTIPINO Giuseppe "LA CONTROVERSIA ESTETICA EN EL MARXISMO", Siglo XXI, México, 1979.

(24) FRANCASTEL, Pierre "ARTE, FORMA, ESTRUCTURA", En *Revue Internationale de Philosophie*, año XIX, fasc. 3-4, No. 73-74, Bruselas 1965, En "ESTRUCTURALISMO Y ESTETICA", Nueva visión, Buenos Aires, Varios, 1971. Trad. de José A. Castorina, p. 75

(25) PORTUONDO, José Antonio "El rasgo predominante en la novela hispanoamericana", en "EL HEROISMO INTELECTUAL" México, 1955, p. 106. Citado por R. Fernández Retamar "PARA UNA TEORIA DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA", Ed. Pueblo y Educación, La Habana, 1984, cuarta edición, p. 56

Y casi dos décadas más tarde, el mismo Portuondo no sólo que confirma su criterio inicial sino que lo extiende al conjunto del proceso cultural latinoamericano:

"Hay una constante en el proceso cultural latinoamericano, y es la determinada por el carácter predominantemente instrumental - Alfonso Reyes diría "ancilar"- de la literatura puesta, la mayor parte de las veces al servicio de la sociedad (. . .) Desde sus comienzos, el verso y la prosa surgidos en las tierras hispánicas del Nuevo Mundo revelan una actitud ante la circunstancia y se esfuerzan en influir sobre ella. No hay escritor y obra importante que no se vuelque sobre la realidad social americana, y hasta los más evadidos tienen un instante apologético o criticista frente a las cosas y a las gentes" (26).

Tratándose de literaturas que se desenvuelven en condiciones materiales específicas que les confieren una fisonomía particular, no podemos menos que afrontar su relación con los proyectos históricos en una dimensión exactamente justa: esto es, la precisión de aquellas determinantes (históricas, sociales, culturales, nacionales y económicas) que hacen de ellas (de las literaturas latinoamericanas) "instrumentos" de expresión de las ideologías políticas pero también desde su propia sustantividad artística.

Y precisamente la relación efectiva, real, objetiva e identificable entre los proyectos históricos y los textos literarios de Nuestra América, y en concreto de nuestro país, vendría a materializarse en el tipo de función no artístico que éstos últimos cumplen, en tanto objetos con una función objetiva en la historia y

26 PORTUONDO, José Antonio: "LITERATURA Y SOCIEDAD", en "América Latina en su Literatura" Siglo XXI, México, 1969, p. 391.

en las sociedades en que han sido producidos, jamás desde las declaratorias del "compromiso", peor en las "utopías sociales" a que se refiere Gramsci, cuando habla de la supuesta "autonomía" que los intelectuales tradicionales dicen mantener respecto de la clase dominante.

Desde esta perspectiva objetivadora podemos evaluar la función efectiva de los textos literarios, dejando atrás los subjetivismos de la crítica impresionista, que no los analiza nunca por su funcionamiento real en las sociedades concretas, pero superando también la perspectiva "formalista" que al descontextualizarlos de las condiciones materiales de su funcionamiento, se preocupa sólo de su "estructura material".

Por último, queremos afirmar que a la relación arte e ideología se agrega así un elemento más que abunda el abigarrado conjunto de las mediaciones que la caracteriza. Sin embargo, bien podemos hablar de que esta relación posee rasgos de opacidad y claridad, determinados por el tipo de cultura dominante y, en última instancia, por la naturaleza de la base material en que se efectúan las prácticas artísticas. En esta medida podremos hablar de funciones más o menos ocultas o visibles, aunque esta cuantificación por sí misma es inútil si no fuese porque realmente importa precisar las tipologías de ellas (religiosas, míticas, filosóficas, políticas, etc), que sólo el análisis de las ideologías estéticas, en su contradictorio devenir histórico de lucha y enfrentamiento, puede proporcionarnos. El análisis de los textos particulares puede alimentar otro más globalizante de las ideologías estéticas, en tanto éstos son objetos que las materializan.

5. HACIA LA ESPECIFICIDAD DEL LENGUAJE ARTISTICO

Aunque adquiera los tonos de una reiteración innecesaria, resulta imprescindible recalcar una vez más el carácter histórico y social que poseen los procesos de relación del autor y su público

tanto como las estructuras artísticas que los relacionan. En otros términos, resulta imposible prescindir de la historicidad de la codificación y decodificación del arte en las distintas sociedades y culturas. En vista de ésto, cualquier perspectiva científica que pretenda el estatuto de tal, tenga como objeto la búsqueda de la sustantividad artística y prescinda del elemento histórico será una visión metafísica y universalista de un arte que sólo existe en la cabeza de sus analistas.

Sin embargo, esto no puede conducirnos al renunciamiento de la necesaria abstracción científica que dé cuenta del arte como realidad específica.

Toda perspectiva universalista y metafísica se preguntará el problema en términos de una abstracta inquisición: "¿qué es el arte?" cuando sólo podría ser formulado en términos y definiciones sociales e históricos como "¿Qué es lo que hace a un objeto obra de arte y permite diferenciarlo de los demás?, ¿Cómo esas características se manifiestan en momentos históricos concretos y culturas diferentes?.

¿Qué características son esas y cómo se manifiestan para permitirnos valorar y definir un objeto como artístico? "ya que los sistemas productivos y el modo cómo lo estético se ha ligado a lo práctico, a lo religioso, a lo mercantil, a lo político, también está regulado por demandas sociales y por la organización general de la satisfacción de las necesidades, fijada por cada modo de producción" (27).

Pero si lo estético no reside en una esencia de ciertos objetos ni en la disposición estable de la "naturaleza humana", ¿dónde puede una estética científica ubicar su objeto de estudio?

Si convenimos, más bien, que lo estético es un modo de relación de los hombres con determinados objetos que cumplen una

(27) GARCIA CANCLINI, Néstor "Arte Popular y Sociedad en América Latina", Siglo XXI, México.

función objetiva marcada no por sus esencias mismas (punto de vista metafísico) ni por el voluntarismo del artista, sino por la efectividad en el proceso de luchas clasistas, desde donde se decide qué es arte, para qué y para quiénes sirve; si estos caracteres relacionales varían según las culturas, los modos de producción y las clases, habremos encontrado un camino que puede conducirnos con seguridad.

Pero también los procesos productivos teóricos y cognoscitivos están marcados por las necesidades y posibilidades históricas concretas de la práctica científica.

En América Latina el panorama científico relativo a nuestro campo específico ha estado dominado por un sector de la teoría literaria que ha construido modelos explicativos de su objeto de estudio a partir de concebirlo como mera "hazaña del lenguaje", minimizando graciosamente todo lo que en él supone de "concreción histórica precisa". Esta práctica sustentada en la prescindencia del elemento histórico recibirá un fuerte sacudón con los sucesos políticos y sociales de la década de los sesenta que inician la modificación definitiva de la historia y la ciencia del continente.

Paralelamente, otro sector, no menos importante que el anterior, recargó las tintas en la concepción de un arte y una literatura como mero reflejo especular de la realidad o su equivalente social, histórico o ideológico.

Ambas perspectivas cruzadas de reduccionismo y ausencia de perspectiva totalizadora, no ofrecen al contexto científico del continente ninguna posibilidad de elección de instrumentales teóricos que contribuyan a formar una teoría explicativa de nuestros procesos culturales y artísticos.

Ante este horizonte creemos que un importante aporte, su-

gerente y totalizador, y por esto último inscrito en una visión materialista dialéctica, constituye el desarrollado por la escuela de semiótica de Tartu, en Estonia, (28), que busca explicar "la estructura del lenguaje artístico y su relación con la estructura del texto artístico, sus semejanzas y diferencias respecto a categorías lingüísticas análogas, es decir, explicar cómo un texto artístico se convierte en portador de un determinado pensamiento, de una idea, como la estructura del texto se relaciona con la estructura de esta idea", como lo afirma el propio Lotman, sin prescindir del papel fundamental y determinante que tienen las condiciones históricas en la producción artística y en la relación entre los artistas y los receptores de sus obras.

Lotman concibe como lenguaje específico al lenguaje artístico, diferente del lenguaje natural, aunque construido sobre su base y, por ello, secundario, pero además modelizante porque a pesar de estar construido sobre la base de la lengua natural, no nos remite a ella para su decodificación, sino que construye, al construirse, su propio modelo, (29).

En este sentido el texto artístico es un objeto concreto, con una estructura propia y diferente del discurso científico, del lenguaje cotidiano, del discurso político, religioso o moral, aunque elementos de ellos se manifiestan transformados en el texto lite-

(28) En efecto, no sólo las categorías fundamentales de este capítulo pertenecen a los desarrollos de la escuela de Tartu, sino que el espíritu que lo guía está signado indeleblemente por ella. CFR los aportes de Yuri M. Lotman, dispersos en revistas especializadas y sistematizados en obras fundamentales como "La estructura del texto artístico", Ediciones Istmo, Madrid, 1978, 364 p. CFR Adicionalmente "Elementos para una semiótica del texto artístico", Op. Cit., y "La poética de Lotman", Adolfo Sánchez Vázquez, Universidad de Cuenca, Ciclo de Conferencias, Noviembre 1984, Inédito.

(29) Lotman en la "Estructura del texto artístico", Op. Cit., concibe el lenguaje como cualquier sistema organizado de signos que sirva para la comunicación entre dos o varios individuos, incluyendo la autocomunicación en la que el mínimo requerible está representado por un solo sujeto cumpliendo dos funciones (emisor y receptor a la vez). Op. Cit. P. 17 y ss.

rario por la intertextualidad que se presenta en ellos, signados también por un evidente carácter histórico, nacional y cultural.

Esta estructura específica, en el caso del texto artístico verbal, tiene entre sus múltiples componentes una estructura jerárquica que se formaliza en niveles fonético, léxico, gramatical y fraseológico, poseedor cada uno de su propia organización.

Si decimos que el texto artístico está construido sobre la base del lenguaje natural, ello implica que está condicionado por las reglas constructivas que éste posee y por las propias de su carácter secundario, "convenciones" o "determinaciones formales codificadas" del arte. (En el caso del lenguaje literario los géneros, la métrica, las divisiones internas en capítulos, escenas, etc., etc.).

Y si hablamos de construcción de un lenguaje secundario, y mencionamos la existencia de reglas o convenciones tanto para el lenguaje natural cuanto para el secundario, suponemos que en la base de esta definición está presente la concepción del arte como actividad humana, fundada en el trabajo de quien codifica ese lenguaje artístico con intención comunicativa, consciente, proyectiva, deliberada. E igualmente de quien la decodifica, quien desarrolla también un trabajo determinado por la accesibilidad al sentido del mensaje artístico (30).

Al analizar el lenguaje artístico nos encontramos con una estructura doblemente redundante cuyo nivel estético está caracterizado por la ambigüedad, la polisemia y la connotación. En este sentido una estructura doblemente redundante, como la del texto artístico, en lugar de disminuir la información del texto, la aumen-

(30) En las sociedades capitalistas, y con rasgos más dramáticos en las sociedades de capitalismo dependiente la clase dominante, minoritaria y privilegiada, al tener acceso a la instrucción y a la difusión e incluso a la posesión del arte, es capaz de ejecutar la doble decodificación artística (la de sus elementos de base y la propiamente estética), mientras que el público mayoritario apenas llega, en un porcentaje bajísimo, a la decodificación de los elementos de base, siendo marginado del acceso a su uso connotativo, abiertamente estético, convertido en patrimonio de la minoría.

ta, distinguiéndose una vez más del lenguaje natural donde "a mayor redundancia, menor información".

Al hablar de información materializada en un texto tenemos que reconocer en el arte un sistema comunicativo complejo que contiene y transmite información. Lotman afirma que la "complejidad del carácter de la información transmitida implica inevitablemente la complejidad del sistema semiótico utilizado" con lo que, al analizar el texto artístico, estamos ante un sistema semiótico complejo al extremo.

Entre las características de este sistema semiótico artístico están su irreductibilidad a otros lenguajes a riesgo de que, al trasvasarlo, deje de existir como arte. Otro asunto, absolutamente distinto, es aquel que supone las relaciones extratextuales que más bien agregan información y más aún, contribuyen a fijar la historicidad de los elementos del texto y sus relaciones con lo social.

En el sistema semiótico del arte, todo signo empleado en su construcción es portador de sentido, con lo que el significado del signo adquiere un sentido nuevo y distinto del que se lo conoce en la lingüística. Dejando de existir en el signo artístico la gratuidad y el capricho. Todo signo "textualizado" o ingresado al texto, transmite información al formar parte de una estructura artística característica y necesaria, proyectada por el artista. Por ello, ya no podremos referirnos al signo artístico como la dicotomía del significado y el significante (de filiación saussureana) o del plano del contenido y el plano de la expresión (desarrollado por la escuela hjelmsleviana) sino de un signo cuyas relaciones son icónicas, donde el qué es el cómo y viceversa, donde finalmente, la arbitrariedad deja de existir. (31). "En el texto poético, dice

(31) Chejov, Poe, Horacio Quiroga y Julio Cortázar, al teorizar en su momento, sobre la estructura del cuento han recalcado incansablemente en el carácter necesario, "ad hoc", de los elementos que ingresan en un texto narrativo. Juan Bosch ha sostenido que toda palabra que no sea esencial al fin que se propone el autor, resta fuerza dinámica al relato.

Lotman, la estructura de la expresión se convierte en estructura de contenido."

Por estas razones, el conjunto de la estructura del texto artístico es portador de información, porque supone la existencia de una estructura sintagmática jerarquizada (32), que, al ser electa por el artista, de entre otras opciones estructuralmente similares, supone una determinada relación con esos códigos artísticos, históricamente elaborados. De aquí proviene la posibilidad de determinar la información que esa selección (del tipo de lenguaje, de un género, de una ideología estética) supone, pues, ésta implica fijar ya una determinada relación con la realidad que en el devenir del texto se materializa. Lotman afirma, apoyándose en la teoría de la información, que cuanto mayor es la posibilidad de elección de lenguajes, tanto mayor es la cantidad de información que una determinada estructura comporta y mayor la nitidez con que se presenta uno u otro "modelo" del mundo.

Esa función del texto, la modelizante, que va emparejada a la comunicativa, implica la modelización simultánea del punto de vista del sujeto productor del texto y del objeto artístico, a través de su estructura.

(32) Cuando hablamos de "estructuras sintagmáticas jerarquizadas" en el lenguaje del arte, no debe confundirse con las estructuras sintagmáticas de la cadena que existen en la lengua natural. R. Jakobson, en 1960 formuló la siguiente tesis que define al lenguaje poético: "La función poética —decía— traslada el principio de equivalencia de eje de la selección al eje de la combinación". En "EL LENGUAJE Y LOS PROBLEMAS DEL CONOCIMIENTO", Rodolfo Alonso Editor Barthes Jakobson Mores y otros. Buenos Aires, 1971, 141 p. El texto original fue publicado en inglés "CLOSING STATEMENTS: LINGUISTICS AND POETICS" en T.A. Sebeok, ed., "STYLE IN LANGUAGE", Nueva York, 1960. El texto de Jakobson corresponde a una participación suya en una conferencia interdisciplinaria sobre el estilo, que se llevó a cabo en la Universidad de Indiana (E.U.), y que reunió a lingüistas, antropólogos, psicólogos y críticos literarios.

6. HACIA LA PRECISION DE LOS ELEMENTOS QUE CONFIGURAN LA ARTISTICIDAD DE LOS TEXTOS, DISTINGUIENDOLOS DE OTRAS PRACTICAS SIGNIFICANTES.

Integrante de un esfuerzo colectivo ya iniciado, pero inconcluso aún, nuestro punto de vista se inscribe en la perspectiva teórica que cree en la necesidad y la posibilidad de definir las características históricas de los lenguajes literarios y, dentro de ellos, el narrativo.

Esas características, aunque parten de los rasgos individuales de un texto o un escritor, superan ese estatuto y parten hacia la generalización y la abstracción. Precisamente, nuestra meta final es la construcción científica de rasgos generales que caractericen los lenguajes literarios de distintas épocas, ideologías estéticas, movimientos y corrientes que nos permiten hablar de una tan buscada literaturidad. Y es una necesidad impostergable e irrenunciable, dado el objeto de nuestro análisis, porque identificando aquellos rasgos abordaremos la especificidad concreta, histórica, del discurso literario.

En este sentido pretendemos señalar solamente algunos, a cuya naturaleza dominante se articulen otros rasgos cuyo peso posee relevancia ciertamente pero pueden considerarse como incorporados en un nivel de mayor generalidad.

Estamos conscientes de la implícita complejidad que supone el ingreso a los terrenos de la Poética (33), en tanto es una ciencia

(33) La transgresión de la norma de las lenguas naturales es posible. Concebimos la Poética como la ciencia que "da cuenta del fenómeno literario general y poético en particular... cuya finalidad reside en explicar y dar a conocer una esfera de la realidad de las prácticas significantes: la constituida por la producción verbal. Este arte verbal o literatura le otorga un espacio a partir del cual la Poética construirá su objeto teórico o literaturidad" (Literaturnost) Cfr. TALENS, Jenaro, Op. Cit., p. 65-108. "Teoría y Técnica del análisis político".

en proceso de desarrollo y producción de conceptos, categorías y nociones con un efectivo sustento científico. No en vano los teóricos se refieren a ella como una disciplina que tiende a ser científica, con el avance de sus propios desarrollos.

Ahora bien, empecemos definiendo el concepto mismo de LITERATURA como "toda manifestación de arte verbal, esto es todo lenguaje modelizante secundario no incluíble en las categorías del mito y la religión y que utilice como elementos de base los provenientes de la lengua natural" (34).

Lotman al definir el arte como un lenguaje secundario construído sobre la base de la lengua natural, se preocupa permanentemente de identificar y precisar las características que lo distinguen de los demás sistemas de comunicación no artísticos. En este sentido advierte en los metalenguajes de las descripciones científicas un carácter sistemático y, por ende, monosémico. Y en el lenguaje artístico destaca, en tanto, una sistematicidad distinta a la de las ciencias y de las lenguas naturales, caracterizada por la polisemia. En las lenguas naturales rige la presencia de una gramática previa (por ello, no es informativa por sí misma) que dota de sistematicidad a cada uno de los elementos integrantes del sistema. Cualquier transgresión de la norma que esa gramática supone imposibilitaría la comunicación. Esta es una razón que provoca la tendencia a excluir todo elemento que en las lenguas naturales se convierta en extrasistemático.

La transgresión de la norma en las lenguas naturales es posible sólo como un "error" o ruido en el canal de la comunicación. (Desde el punto de vista de la Teoría de la Información se denomina ruido a la irrupción del desorden, a la desorganización en la esfera de la estructura de la información. El ruido en las lenguas naturales disminuye e incluso anula la información).

En los sistemas de comunicación artísticos (lenguajes secundarios) la relación entre sus elementos constitutivos y el sistema es

(34) Op. cit., pág. 65

totalmente distinta. En el arte un elemento que no ingresa en un determinado conjunto de relación de "sistematicidad", construye otro distinto en el que adquiere un nuevo significado.

Y más aún, en el arte existe una dialéctica entre elementos sistémicos (35) y extrasistémicos que se convierte en el fundamento de la polisemia ("una de las propiedades más profundas del texto artístico", escribe Lotman).

Esta dialéctica supone la posibilidad, más bien la necesidad, de la transgresión de la norma establecida tanto en los grandes niveles (ideologías estéticas), cuanto en los textos particulares, al interior de sí mismos, como sistemas menores que son. De este modo, un elemento que es extrasistémico en un nivel crea otro sistema del que formará parte e ingresará en relaciones con otros sistemas.

En el lenguaje del arte un mismo elemento transita de un significado a otro, porque ingresa en diversos sistemas, hecho que provoca la presencia de dos características fundamentales del texto artístico: sistematicidad transgresora, distinta de la de otros sistemas de comunicación y la polisistematicidad, creando múltiples sistemas al interior del texto.

En el arte una significación no anula otra (como ocurre en la ciencia, cuyos significados son monosémicos) sino que coexisten y se presentan de modo simultáneo (36) reafirmando la polise-

(35) El término "sistémico" en la teoría de Lotman es empleado como diferente o sistemático o sistematizante. Estos últimos suponen un estado o una función, el primero indica simplemente una pertenencia a. Sistémico no valora, ni prejuzga el sentido de la pertenencia, únicamente señala.

(36) Incluso, esta presencia simultánea de varios significados crea un efecto lúdico, que no consiste en la coexistencia simultánea e inmóvil de diversos significados, sino en la conciencia permanente de otros significados distintos de al que se percibe en un momento dado. "El efecto lúdico" consiste en que los diferentes significados de un elemento no coexisten inmóviles sino que titilan" Cfr. Yuri Lotman, Op. cit., p. 92.

mia, cuyo fundamento último residen en la mencionada polisistematicidad de la estructura del texto artístico.

Gracias a la presencia de un mecanismo automatizador, que tiende a someter todos los elementos del texto al sistema, y gracias también a otro mecanismo desautomatizador de la gramática del texto artístico, éste aumenta su información.

Un buen número de lectores podrían incurrir en una incompreensión de buena fe, justificada por los prejuicios provocados por las aberraciones del método neopositivista y la ausencia de una discusión científica más totalizadora, al pensar que la teoría semiótica de Lotman ve en el arte sólo una "estructura" y como tal lo analiza a la luz del estudio exclusivo de sus "procedimientos", olvidándose de todo aquello que supone el significado, el problema del contenido, el valor ético-social del arte y el de sus relaciones con la realidad. Incluso el propio Lotman está consciente de este prejuicio muy extendido.

Sin embargo, una buena prueba de que la teoría semiótica de Lotman no se encasilla en una perspectiva inmanentista y esteticista es el hecho de asignar a la polifuncionalidad del texto artístico un idéntico valor en la escala de elementos que caracterizan un texto. Este hecho, según Lotman, debe conducirnos al reconocimiento de la evidencia innegable de que "en el arte no sólo hay arte", o en otras palabras, una obra de arte puede cumplir funciones artísticas y no artísticas.

Esta polifuncionalidad del texto artístico no es, sin embargo, una cualidad intrínseca sino se trata de funciones que cumple, determinadas por las condiciones históricas y nacionales en las que se produce y funciona socialmente un texto determinado.

La polifuncionalidad del texto artístico, derivada de su compleja estructura, de su sistema semiótico, supone la dependencia mutua entre un tipo y otro de las denominadas funciones artísticas y no artísticas. A tal punto llega esa dependencia que ninguna función puede darse si es que no se da la artística y viceversa. Sólo la conjunción plena y cabal de ambos tipos de funciones y su

dependencia mutua es la garantía de que el arte sea arte. Jamás la exclusión de una de ellas, siempre su complementariedad. Otra cosa es la dominancia de una de ellas sobre la otra.

Esa conjunción de funciones, la artística con la mágica, la jurídica, la moral, la filosófica, o la política constituye un rasgo inseparable del funcionamiento social de un determinado texto artístico.

El modo cómo esas funciones se conjugan y su preminencia varía históricamente, dependiendo del tipo de cultura dominante en una sociedad dada. En cierto momento la función artística aparece "oculta" a los ojos de los contemporáneos, bajo el peso de las funciones no artísticas; pero en otros, determina las funciones no artísticas (mágica, jurídica, moral, filosófica, política, religiosa, etc.)

Ahora bien, si podemos detectar en el texto artístico dos grandes tipos de funciones (artísticas y no artísticas), si convenimos en la dependencia mutua de estas y si deshechamos la idea de presencias excluyentes, es preciso preguntarse por el sentido de ellas.

La artística tendría como objeto fundamental la organización de una estructura cuyo objetivo final es la comunicación artística y el conceder un valor determinado a las restantes funciones, organizándolas de una determinada forma electa por el artista. Es decir, esta función articularía el lugar concreto que en el texto ocupan las funciones no artísticas, confiriéndolas el peso deseado por el artista en virtud de su ideología estética y del sentido partidario que pretenda imprimir a su texto, que finalmente se materializará en el funcionamiento efectivo de la obra, en su adhesión social y en la retroinfluencia activa que ella ejerza sobre la base material.

Las funciones no artísticas, a su vez denotan, con mayor nitidez el funcionamiento social del texto. En ellas se expresan las relaciones inter y extratextuales así como también el carácter de la cultura dominante en la sociedad en la que el texto es producido.

PROPUESTA METODOLOGICA

Nuestra investigación busca dos objetivos centrales: en primer lugar demostrar el papel activo de la literatura en el conflictivo proceso de construcción de la nación y de sus culturas; y en segundo lugar, demostrar fehacientemente la especificidad del lenguaje artístico literario que lo distingue de otras prácticas discursivas.

El primer objetivo parte de la hipótesis de que nuestras literaturas han cumplido a lo largo de la historia funciones no artísticas, instrumentales o anclares, de muy diverso tipo: religiosas, pedagógicas, morales, políticas, etc. Estas funciones actúan como elementos conformadores de sujetos y voluntades colectivas que, a su vez, impulsan determinados proyectos históricos.

Un proyecto histórico, al ser una propuesta global para el conjunto de la sociedad, incluye entre sus formulaciones contenidos de carácter estético donde se pone de manifiesto determinadas concepciones en torno a una forma específica de relación del hombre con la realidad.

Estas formulaciones estéticas, tomadas en un sentido orgánico y estructurado, devienen en ideologías estéticas: concepciones normativas y rectoras del tipo de relación estética que dentro de un determinado proyecto histórico se consideran como las adecuadas. Abarcan la relación estética entre los artistas y la realidad, de ellos con sus obras y el carácter y funciones de éstas. Evidentemente la naturaleza de estas formulaciones es ideológica pero generan prácticas y productos artísticos concretos (poemas, relatos, cuadros, partituras, etc.) que funcionan objetivamente en ese complejo proceso de construcción de la nación.

De aquí que para cumplir nuestro primer objetivo conviene no sólo determinar la adhesión de los productos artísticos a un proyecto histórico (a través de la tendencia manifiesta en la obra), sino además demostrar qué clase de voluntad colectiva construyen (a través de la naturaleza de sus funciones no artísticas) y su inclusión efectiva en la lucha por la hegemonía de determinada fuerza

social.

Desde el punto de vista operativo es posible constatar este funcionamiento no artístico a través de las relaciones de las obras con los intereses de diversos sujetos: la iglesia, el estado, determinada fuerza social, los partidos políticos, etc. Pero también desde el "valor" que todos estos asignan a las obras. Es decir, desde el funcionamiento objetivo de los productos pero también desde los criterios valorativos que la sociedad pronuncia sobre ellos, en una suerte de relación dialéctica que da como resultado un "valor" total.

En segundo lugar buscamos demostrar fehacientemente cómo la literatura es un lenguaje específico, un tipo especial de comunicación, de mensajes únicamente transmisibles por ese medio y distinto de otras prácticas discursivas. Esta especificidad distintiva es posible encontrarla en su estructura discursiva interna y en sus funciones estrictamente artísticas.

Las funciones artísticas son cumplidas por la literatura en tanto se ubica en un determinado devenir cultural contradictorio, donde asume posiciones y produce sus obras frente a una 'traditio' cultural latinoamericana y planetaria; posiciones de continuidad o de ruptura y se plantea como meta la invención de realidades artísticas originales, dentro de un campo competitivo de formas literarias continentales y mundiales. En este sentido cabe un análisis valorativo de la singularidad artística que generan determinados productos artísticos, dentro de un abigarrado conjunto de obras de distintas culturas y naciones.

Desde este punto de vista las obras literarias poseen una lógica interna propia y relativamente autónoma del desarrollo material de la sociedad; aunque evidentemente son un producto histórico concreto, de una sociedad también concreta, determinado en última instancia por la base material. Sin embargo, construyen su propia realidad artística, distinta de la realidad 'real' y poseen su propia lógica de desarrollo, naturalmente, inserta en la historia general.

Por otra parte, la estructura discursiva interna del lenguaje artístico literario (verbal-narrativo, en nuestra investigación) tiene también una manera específica de construcción y objetivación.

Operativamente convendrá ubicar el carácter de la ficción, pilar fundamental de toda obra narrativa, es decir, la construcción de una nueva realidad (la artística), a partir de la realidad real pero que, una vez textualizada artísticamente, no precisa indispensablemente de ella para su decodificación que deviene autónoma.

La configuración y construcción de la ficción se hace a partir de muy diverso tipo de elementos, que también deberán ser motivos de nuestro análisis. Sin pretensiones de exhaustividad, sino destacando aquellos más recurrentes, merecerían ser analizados: la creación de ambientes (escenarios), la de personajes y el nivel de manejo de la lengua de éstos; su carácter representativo e indicador de situaciones que enfretan, tipicidad, fuerza artística innovadora; la arquitectura de los contenidos, etc.

Desde otra perspectiva, analizaremos las operaciones intelectuales y literarias que los artistas ponen en funcionamiento para la construcción de la artisticidad del texto literario, fundamentalmente a través de la imaginación, como uno de los soportes más importantes de la connotación y la polisemia. En este sentido conviene efectuar un análisis que se refiera a su naturaleza, sus fundamentos y sus relaciones extraliterarias.

Naturalmente que estas operaciones intelectuales y artísticas no se agotan en la construcción de la imaginación, sino que abarcan otras esferas de los que usualmente se denomina 'recursos y técnicas'. Por otra parte esas operaciones, si bien tienen una autonomía relativa, responden y se ubican en un determinado contexto histórico y cultural. Se ubican en un cierto momento del desarrollo cultural y nacional y se generan en el cauce de una determinada ideología.

Es decir, el significado completo de una determinada práctica artística sólo es comprensible a través de una perspectiva globalizante, donde tengan cabida las relaciones de ellas con las ideolo-

gías generales, las ideologías estéticas, los proyectos históricos presentes y en juego en una sociedad concreta, así como con la historia de las contradicciones culturales, políticas y económicas.

Por ello, conviene evaluar los vínculos de la invención artística, en todos sus componentes, con la problemática nacional, cultural y política que predomina en cada momento histórico, en cada período donde se instalan las prácticas artísticas concretas.

Tanto el carácter activo como la específica estructuración interna del discurso literario (narrativo) están determinados por una ideología estética. Ninguno de ellos se dan al margen de una cierta concepción estética, porque ellas rigen el carácter de las relaciones que establecen los artistas con la realidad, el tipo específico de discurso artístico que construyen y el funcionamiento de las obras en la historia general.

El carácter de estas ideologías estéticas es eminentemente histórico:

- Su surgimiento no está librado al azar; al contrario, responde a determinadas necesidades artísticas y demandas sociales que conjugadas reclaman su presencia y crean las condiciones para su acción: tanto como formulaciones ideológicas cuanto como prácticas artísticas objetivas.
- En sociedades de antagonismos clasistas, como la nuestra, es imposible hablar de una coexistencia creadora de diversas ideologías estéticas; más bien se da una lucha permanente que reproduce en la arena del arte las luchas sociales y clasistas, que reflejan intereses de clases antagónicas que pugnan por establecer su hegemonía en todas las esferas y prácticas sociales.
- La implantación en América Latina de las distintas fases del desarrollo capitalista opera modificaciones sustanciales en el campo de la cultura y el arte. A juicio de Françoise Pérus se producirían las siguientes transformaciones:
 - a) Una reubicación estructural de los grupos productores de

literatura;

- b) La consiguiente redefinición del estatuto social del escritor; y
- c) Un cambio en la función de la literatura y en su representación específica de la sociedad que ella ofrece.

Estas modificaciones objetivas, actúan sobre las ideologías estéticas generando reformulaciones en su discurso y conceptos centrales, sobre todo en torno de tres núcleos:

- a) La forma de concebir la representación de la realidad en el arte.
- b) Las funciones que se asigna al arte.
- c) La función social del artista.

En torno de estos tres núcleos ideológicos se libra la lucha entre las ideologías estéticas opuestas, en sociedades de antagonismos clasistas.

LUIS VARGAS TORRES: COMBATIENTE EJEMPLAR*

La compilación en el libro que hoy presentamos sobre el pensamiento y acción de Luis Vargas Torres, profeta y mártir de la revolución liberal, contiene algunas semblanzas biográficas elaboradas por destacados pensadores liberales azuayos como José Peralta y Manuel J. Calle que presenciaron y condenaron su asesinato y, por ilustres historiadores contemporáneos como Jorge Pérez Concha, Oswaldo Albornoz y Elías Muñoz.

Ignominia del juzgamiento es un capítulo destinado a probar, documentadamente, el execrable crimen perpetrado por el gobierno de José María Plácido Caamaño con la complicidad de las autoridades locales y, con un amañado Consejo de Guerra como lo prueba Moisés Arteaga, abogado defensor de Luis Vargas Torres.

En otra parte substantiva del libro se incluye el pensamiento del héroe como su diario de campaña, proclamas militares, cartas a su

* Discurso pronunciado por el Econ. Leonardo Espinoza con ocasión del lanzamiento del libro "LUIS VARGAS TORRES - HOMENAJE", realizado el 29 de octubre de 1987, en la ciudad de Cuenca.

madre y su fundamental escrito político "La revolución del 15 de noviembre de 1884".

En base de estos materiales y de nuestras investigaciones hemos preparado una caracterización de la historia nacional y local de los años 80 del siglo pasado para explicar los nefastos acontecimientos que truncaron la juventud del combatiente ejemplar y que, siniestra y trágicamente, se reproducen en el Ecuador de nuestros días.

La vida política de Luis Vargas Torres transcurre en un proceso histórico caracterizado por una rapaz y expoliadora acumulación originaria de capital producto de una concentración monopólica de las tierras del litoral para implantar un régimen de plantación cacaotero o azucarero, régimen que posibilitó el surgimiento de la oligarquía con todo su poder económico basado en la superexplotación de los trabajadores indígenas que descendieron del callejón interandino, desarraigándose de sus comunidades o de sus minifundios. Este proceso de acumulación de riqueza viene articulado al establecimiento de un sistema neocolonial succionador de nuestros recursos naturales, agrícolas y mineros, por el naciente imperialismo capitalista mediante los mecanismos del intercambio desigual, las inversiones y el financiamiento de empresas comerciales, bancarias, de servicios urbanos o productivas; los empréstitos al Estado o el tráfico de armas vendidas por igual a conservadores o liberales. En síntesis el advenimiento del sistema oligárquico y la penetración imperialista en la década de los 80 del siglo pasado destila sangre, sudor, fanatismo y corrupción.

El primer auge económico que se produjo en el Ecuador, a consecuencia de la exportación del cacao, al momento de las luchas del héroe liberal, no significó ningún cambio importante en el orden social, político e ideológico lo cual explica precisamente las razones del combate liberal. La estructura social continuó siendo profundamente desigual y combinada bajo la clásica forma piramidal, característica de toda sociedad clasista, con un puñado de oligarcas y gamonales en su cúspide, mientras en la aún estrecha franja media se ubica una pequeña y mediana burguesía urbana, débil aún, ya que estamos

en presencia de una sociedad eminentemente rural; en tanto que, en la base, sobre la cual se levanta este tipo de estructura superviven bajo las formas más atrasadas y despiadadas de explotación de la fuerza de trabajo los campesinos siervos, el emergente proletariado agrícola y manufacturero, los artesanos, los peones y jornaleros urbanos.

En lo político primaban las formas tiránicas o despóticas de las camarillas gobernantes que torturaban, encarcelaban o asesinaban a sus opositores, mientras campeaba la corrupción administrativa como una forma fácil de enriquecimiento a través del saqueo de los ingresos fiscales o la recepción de coimas por el otorgamiento de contratos estatales. En el plano ideológico persistía el fanatismo religioso y el oscurantismo clerical cuya función primordial era el de enajenar el sentir de las masas populares en beneficio del gamonalismo eclesial que era la práctica de opresión económica y social más reaccionaria y atrasada.

En este contexto de auge económico, explotación social, corrupción política y sumisión ideológica emerge el idealismo liberal liderado por Eloy Alfaro, teniendo en Vargas Torres a un apasionado y heroico militante, a tal extremo de ofrendar su vida por el triunfo de la causa liberal alfarista no sin antes participar en la organización y el financiamiento de varios proyectos políticos de derrocamiento de las tiranías en el poder, de combatir en múltiples batallas militares y civiles en contra del veintimillismo y caamañismo; de denunciar la opresión clerical conservadora.

Las luchas contra Ignacio de Veintimilla el dictadorzuelo que aprovechándose de la bonanza cacaotera, llevaba una vida cortesana de opereta, frívola, mojigata y corrupta, enfrentó dos corrientes de oposición política, con concepciones ideológicas diferenciadas: la Restauradora, de corte conservador que pretendía el retroceso de la historia al despotismo eclesial garciano; la Regeneradora, propiciada, por el liberalismo burgués que aspiraba el saneamiento de la administración pública combatiendo a la inmoralidad entronizada como práctica política. Estos proyectos forjaron dos ejércitos que, al mando de Sarasti y Alfaro, derrotaron finalmente al dictador el 9 de ju-

lio de 1883, en la batalla de Mapasingue.

Si bien en el campo militar los triunfadores fueron los regeneradores, en el campo político los aprovechadores fueron los restauradores. Una vez derrocado Veintimilla, quien fugó al exterior luego de asaltar y saquear bancos guayaquileños, se instaló en Quito un Congreso amañado por los conservadores y corrompido por José María Plácido Caamaño, el déspota propietario de la hacienda Tenguel, la hacienda cacaotera más grande del mundo. Caamaño transforma a la Asamblea Constituyente del 83 en un "congreso de viles" comprando votos por intermediación de los restauradores más inescrupulosos, logrando que ciertos regeneradores se degeneren traicionando a su candidato Eloy Alfaro, obteniendo de esta forma mayoría para conquistar la Presidencia de la República. Concedor de su derrota electoral, el líder liberal exclamaría: "luego de la victoria me conduje como un recluta".

Los múltiples combates militares que se libraron en las provincias del litoral para derrocar a Veintimilla contaron, a partir de 1882, con la valiente, leal y conductora participación del joven oficial Luis Vargas Torres, quien, al abrazar la causa del liberalismo montonero, coloca su fortuna y su vida al servicio de los ideales libertarios proclamados y defendidos por el general Eloy Alfaro. Triunfante en el campo de batalla es elegido, por sus altos dotes intelectuales y morales, diputado a la Asamblea Constituyente del 83, observando con profunda indignación y rebeldía la venta de conciencias, la traición a los principios del liberalismo radical, avisorando el advenimiento de un gobierno corrupto al cual, igualmente, había que derrocarlo. La lucha armada de las montoneras debía continuar hasta la victoria final del alfarismo; así lo comprendió la conciencia libertaria de Luis Vargas Torres.

De la fusión de intereses de una oligarquía costeña, que nacía corrompida políticamente y de un gamonalismo serrano opuesto a toda transformación del liberalismo radical anatematizada apriorísticamente como "impía y comunista" según la expresión de Juan León Mera, surge el gobierno de Caamaño eufemísticamente calificado co-

mo "progresista" o "liberal católico", pero que tan sólo fue el gobierno más corrupto y corruptor del siglo XIX.

Conformado por una camarilla o argolla de truhanes políticos que llegaron incluso a vender la bandera, garantizaron a sangre y fuego la acumulación económica de los gran cacao de los banqueros y grandes comerciantes; de los inversionistas extranjeros, mientras que, en el campo ideológico permitieron la restauración de la inquisición clerical dominante en el período garciano y que, al momento que estamos enjuiciando, sirvió para perseguir y justificar el asesinato de combatientes alfaristas calificados como "anticristos". ¡Qué tiempos aquellos!. La República parecía un vasto cementerio... habían ya caído algunos hombres generosos en el patíbulo político impiamente asesinados por aquel verdugo con banda presidencial, sentencia Manuel J. Calle. Sin embargo aún no había llegado la hora del crimen del coronel Luis Vargas Torres.

En 1884, mientras el terror clerical imponía el miedo colectivo que se traducía en una parálisis de la protesta y el rechazo a la explotación social y al acosamiento político e ideológico; el coraje y la audacia guerrillera de un puñado de montoneros alfaristas, entre los que se contaba Luis Vargas Torres, escribieron el primer 15 de noviembre, en la historia de las luchas populares del litoral ecuatoriano. Nuevamente el enfrentamiento armado se hace presente en las provincias de Manabí y Esmeraldas, combatiendo los liberales radicales "con heroísmo sin ejemplo en la historia de nuestras revoluciones", en desigualdad de condiciones bélicas frente al ejército del gobierno caamañista. Finalmente son derrotados los grupos rebeldes, y Vargas Torres marcha al exilio a la capital peruana.

Los meses que vivió en Lima los dedica al estudio de la realidad política y social de su Patria; a escribir sobre la revolución del 15 de noviembre de 1884, ese escrito que, según José Peralta, fue la causa verdadera para su asesinato; a fraguarse moral y espiritualmente en las logias masónicas liberales, a organizar una expedición militar para penetrar por el sur del Ecuador acorde con las instruc-

ciones impartidas por el general Alfaro. Fiel a sus convicciones liberales y su ineludible espíritu de lucha, Luis Vargas Torres comanda los pelotones libertarios que penetran en la provincia de Loja a fines de 1886, ocupando primero Celica y luego la ciudad capital. Era una acción militar audaz, temeraria, con pocas probabilidades de éxito, tan sólo acometida por aquellos hombres que, como Vargas Torres, están sublimados por el idealismo, convencidos de que su victoria o su derrota, su vida o su muerte contribuyen por igual a la realización de su causa.

En Loja, nuevamente el combate fue completamente desventajoso para los soldados alfaristas, no sólo desde el punto de vista militar, ampliamente superados por los batallones del comandante Antonio Vega, militar conservador, desplazado desde Cuenca para liquidar las fuerzas rebeldes; sino desde el punto de vista del apoyo popular inmovilizado por las pastorales y sermones contrarrevolucionarios del clero, cuyo cruzado bendecido era precisamente el coronel cuencano. La derrota de los seguidores de Vargas Torres fue total; los que no fueron masacrados se los engrilló y espasó, para someterlos al insulto soez, a la burla sarcástica, a la tortura. Entre ellos estaba el combatiente ejemplar.

Bajo estas condiciones los prisioneros fueron llevados a Cuenca "la ciudad de las sombrías intransigencias clericales"; la ciudad garantizada por los sayones conservadores, Vega Muñoz y Muñoz Vernaza, para montar la farsa de un Consejo de Guerra y justificar el asesinato del líder rebelde; la ciudad con cofradías, monasterios y conventos vigilantes para contener la indignación popular siempre latente y opuesta a las múltiples mojigaterías, inmoralidades, atropellos y crímenes cometidos por el gamonalismo eclesial azuayo en nombre de una farisaica defensa de la religión. Y comenzó el Consejo de Guerra contra Luis Vargas Torres y sus lugartenientes. ¡Qué farsa más indecente aquella! montada por jueces ignorantes e inescrupulosos en su mayoría; tribunal de esbirros asalariados como lo calificara la víctima de la infamia, reclutados por el caamañismo para que dicten la orden de fusilamiento. "No era

necesario un juicio, era indispensable una sentencia de muerte" nos dice Manuel J. Calle en su "Historia de un Crimen".

En medio del sainete, se eleva con dignidad, convicción y patriotismo el pensamiento liberal y libertario del Coronel de las montañas revolucionarias en defensa de su derecho a la insurrección, a liderar la rebeldía de un pueblo oprimido por un gobierno corrupto y fanatizado. Vargas Torres convierte el proceso judicial en una instancia de denuncia contra la argolla: "hemos visto amordazar la prensa liberal y disolver nuestras asociaciones políticas, nuestros derechos han sido pisoteados e ilusorias nuestras garantías!... y las persecuciones del gobierno no han tenido límites. ¿Con que no creéis que no tenemos sobradas razones y mucho derecho para defender con las armas en la mano lo que tiene de más caro un ciudadano republicano?", les dice a los miembros del Consejo de Guerra refiriéndose a los derechos de libre pensamiento y asociación defendidos por el idealismo liberal y por los cuales, continúa el héroe alfarista, "no hemos vacilado en flamear nuestro glorioso pabellón".

La putrefacción gobernante y la intolerancia conservadora clerical cuencana, ante las declaraciones acusadoras del prisionero, decidieron acelerar su muerte con el protervo propósito de acallar la voz rebelde y liquidar el supuesto liberalismo anticristiano. Inútiles fueron las protestas de sus coidearios, las solicitudes de indulto, los alegatos jurídicos, las gestiones diplomáticas para dejar sin efecto la sentencia de muerte. Luis Vargas Torres debía ir al patíbulo y, cuanto antes mejor, murmuraba o gritaba la beatería morlaca al unísono con los dirigentes conservadores con Muñoz Vernaza a la cabeza. "Pero esos caníbales fueron pocos, muy pocos:... el pueblo protestó contra la inhumanidad de los verdugos, el pueblo derramó lágrimas sobre el infortunio de sus hermanos, ¿Qué más pudo hacer el Azuay digno pero inerme; altivo pero maniatado por el terror; compasivo y humano, pero comprimido por el fanatismo?" exclama desgarradoramente José Peralta.

«Cinco días antes del infamante crimen, el indomable Coronel

pudo salvarse por acción de sus coidearios residentes en Cuenca que planearon su fuga de la cárcel, pero más pudo la solidaridad fraternal de un compañerismo fraguado en la batalla, negándose Vargas Torres a huir sin sus soldados y oficiales también presos, y para los cuales anhelaba su libertad, aún a costa de su propia vida.

Horas antes de su sacrificio, comulgó su fé en el amor y en la libertad con su madre y con su Patria y, en su última carta filial y en su opúsculo "Al Borde de mi Tumba" eternizó su espíritu superior, su singularidad de combatiente ejemplar. Subió al patíbulo altivo y valeroso, saludando a sus engrillados compañeros obligados a presenciar su fusilamiento. Las descargas asesinas llegaron, doblegando el cuerpo desgarrado y sangrante del mártir y, "un inmenso clamor se levantó del pueblo, como una maldición sobre los verdugos, como una protesta contra el asesinato que acababa de perpetuarse", lo atestigua José Peralta, el más grande pensador del liberalismo combatiente.

Su muerte produjo vida. Su sangre fecundada recorrió por las venas de los revolucionarios. La República se inflamó, la indignación se convirtió en rebeldía contra "esos hombres que se desviven por ultrajar la sociedad y degradar al pueblo con tal que les reporte utilidad" escribió el héroe minutos antes de sucumbir. Nuevos combatientes se juramentaron por la causa liberal, nuevas vidas se ofrendaron hasta el triunfo de la revolución que se produjo años más tarde del holocausto, reconociendo el Viejo Luchador que "los vencedores recogen el fruto de lo que han sembrado los mártires con su sacrificio".

La simiente libertaria de Luis Vargas Torres fructificó, aunque transitoria e inconclusamente con la revolución alfarista del 95. Con su triunfo se abrieron los surcos de un proceso democrático basado en la quiebra de un sistema elitista y reaccionario de educación, monopolizado por el clero. El Estado liberal inició un movimiento emancipador de conciencias aunque el ser social perma-

neció sumido en la insatisfacción de sus necesidades materiales por la persistencia de una formación económica atrasada y dominada que reprodujo, con el asesinato del Viejo Luchador, las transacciones entre conservadores y liberales antialfaristas, vale decir entre gamonalismo serrano y oligarquía costeña.

A los 100 años de la proclama insurreccional de Luis Vargas Torres contra la tiranía y la corrupción del gobierno de Plácido Caamaño, ésta vuelve a cobrar vigencia en la lucha de jóvenes soñadores que han ofrendado sus vidas por una Patria Nueva en la solidaridad del movimiento cristiano y una iglesia católica comprometida con los pobres, y en las huelgas y manifestaciones de nuestro pueblo por el derecho a ser libres en su ser, para ser libres en su conciencia.

Cuenca, octubre 29 de 1987.

REVISTA IDIS No. 12 y 13 de agosto de 1987
El mes de agosto de 1987, siendo Director del IDIS
el Dr. Pedro E. Vialmonte.

43 2/22